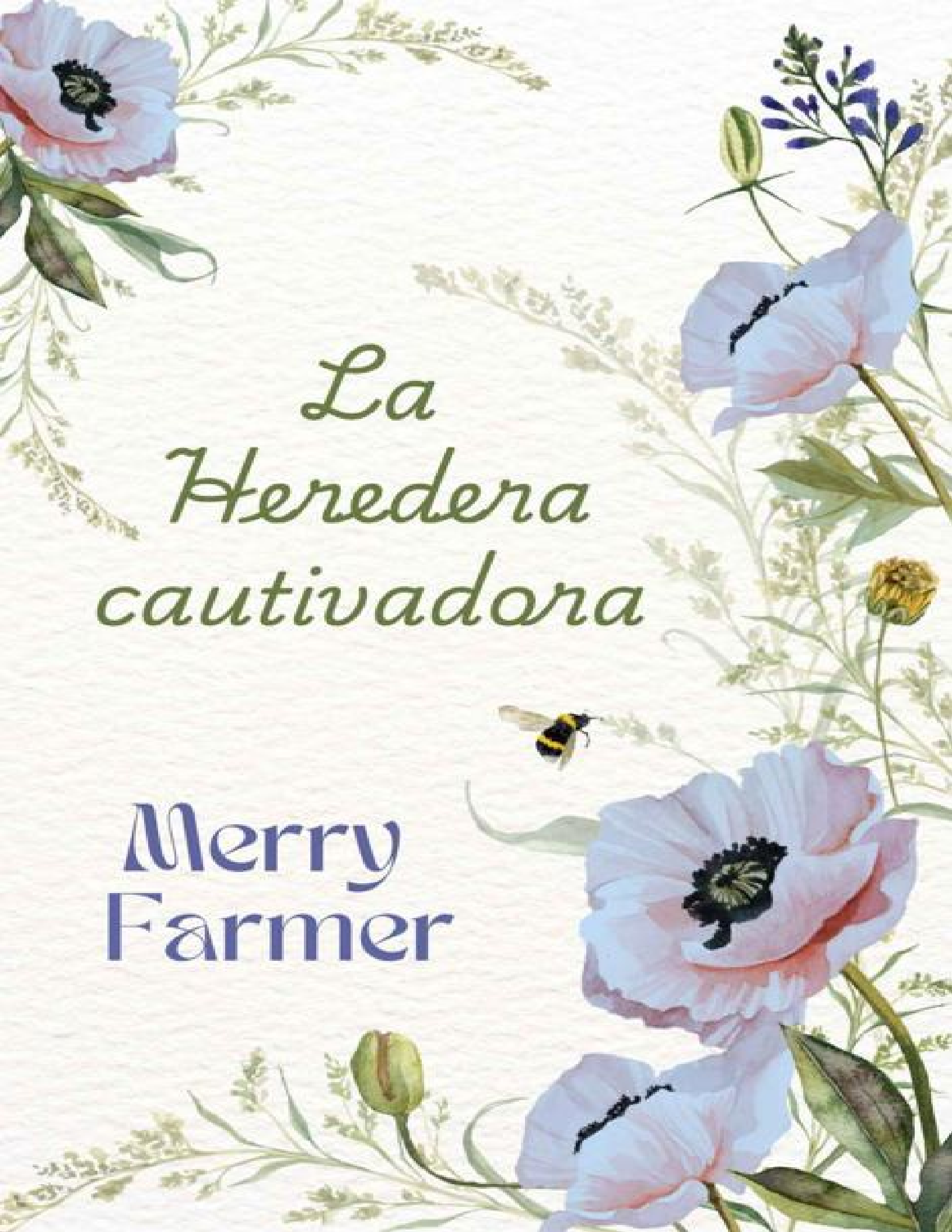
La Heredera cautivadora

Merry Farmer



La Heredera cautivadora

UNA NOVELA ROMÁNTICA VICTORIANA

LOS SECRETOS DE NEDWORTH HALL

LIBRO DOS

MERRY FARMER

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Acerca del Autor

Capítulo Uno

Lady Angeline O'Shea estaba acostumbrada a tener miedo. Había pasado la mayor parte de su vida en un estado de miedo de un tipo u otro. A veces, había sido el miedo a que lloviera cuando quería reunirse con sus primas salvajes, Shannon, Marie, Colleen y Chloe, y probar una de sus nuevas bicicletas —y siempre llovía, porque vivía en Irlanda. A veces había sido el miedo a que su amado padre sucumbiera a su larga enfermedad —y había sucumbido apenas seis meses antes. Y a veces, simplemente había sido el miedo a perder su aguja de bordado entre los cojines —y normalmente perdía sus agujas, porque las agujas eran tan pequeñas y resbaladizas. Angeline siempre intentaba poner buena cara a las cosas, a pesar de sus miedos, y hasta ahora, se consideraba una experta en sonreír cuando su corazón temblaba.

Pero caminar hacia la gran puerta principal de Nedworth Hall para unirse a la primera fiesta veraniega a la que había sido invitada, sabiendo que los otros invitados eran mucho más grandiosos que ella, infundió en Angeline un tipo de miedo completamente nuevo para el cual no estaba segura de estar preparada.

—¿Y si no les gusto? —susurró a su hermano mayor, Lord Avery O'Shea, el nuevo Conde de Carnlough, mientras él la ayudaba a bajar del carruaje que la Condesa de Cambourne, su anfitriona durante las próximas semanas, había enviado para llevarlos a Nedworth Hall desde la estación de tren en Cambridge.

Avery se rió con naturalidad. —Por supuesto que les gustarás, Angel. Haces honor a tu apodo mejor que cualquier otra persona que haya conocido. Eres toda dulzura y luz. Cualquiera que diga no adorarte a primera vista es un mentiroso.

Angeline le lanzó una mirada desabrida a su hermano. —Exageras, Avery —dijo Angeline en voz baja. Mientras esperaba en el camino de grava a que Avery rodeara el carruaje para hablar con su ayuda de cámara, el señor Crymble, que había hecho el viaje con ellos, añadió—: No soy ni de lejos tan buena como supones.

Al menos, eso era lo que pensaba de sí misma. Era muy consciente de que no era el tipo de persona que causaría un escándalo, y había sido casi imposible meterse en problemas cuando había estado tan dedicada a su padre en sus últimos días.

Pero cuidar de su padre había tensado algo dentro de Angeline, y ahora que se había liberado de esa carga, sentía como si pudiera estallar en cualquier momento, si eso le diera la oportunidad de volar que se le había negado durante los últimos años. Ahora que estaba en una fiesta, lejos de casa, con solo Avery para vigilarla, cualquier cosa podía suceder.

—¿Conoces a alguna de las otras jóvenes que Lady Cambourne mencionó que estarían aquí en su invitación? —preguntó Avery por encima del hombro, luego dio una última instrucción al señor Crymble antes de separarse del carruaje. Ofreció su brazo a Angeline para escoltarla por

las escaleras en terraza hasta la puerta principal, donde el mayordomo estaba de pie, listo para mostrarles el interior.

—No —dijo Angeline, mordiéndose el labio y mirando la puerta principal abierta como si fuera una boca a punto de tragarla—. Busqué algunos de los apellidos familiares en Debretts, aunque no todos estaban allí.

—Eso es interesante —dijo Avery, y luego le dedicó una sonrisa indulgente, lo cual era muy típico de Avery. Era tan protector y afectuoso como un hermano mayor podía ser—. Quizás algunos de los invitados sean de una posición social más baja y adorarían tener una amiga de la Ascendencia que les enseñe los caminos de la alta sociedad.

Angeline se rió. —No todo el mundo aprecia o respeta la Ascendencia, Avery —dijo—. Ser irlandés, sin importar qué tipo, podría verse como algo en nuestra contra, contra nosotros.

—Nunca —argumentó Avery con un shock exagerado—. Eres demasiado dulce y buena para que importe de dónde vienes. Y yo soy un pícaro tan encantador que estoy bastante seguro de que todas las jóvenes casaderas que han sido invitadas se pelearán por ganarse mi favor.

—En eso tienes razón —dijo Angeline con una risa. Se puso seria un momento después, mientras entraban en el gran vestíbulo—. Pero no estoy segura de que ningún hombre se fije en mí.

De hecho, casi desde el momento en que la habían llamado de vuelta a Irlanda después de solo unas semanas de su primera temporada, cuando la salud de su padre comenzó a deteriorarse, Angeline estaba convencida de que la habían olvidado. Amaba a su padre y había estado más que feliz de cuidarlo, pero no esperaba que ese proceso durara cuatro largos años.

En ese tiempo, apenas había tenido vida social, y mucho menos algo parecido a la gran fiesta a la que Lord y Lady Cambourne la habían invitado a asistir. Según entendía por su invitación, el propósito principal de la fiesta era que los jóvenes se conocieran y formaran parejas, y francamente, Angeline estaba más que lista.

Pero, como con todo lo demás, también tenía miedo.

—¿Y si a ninguno de los caballeros que Lord y Lady Cambourne han invitado les gusto? —preguntó a Avery en voz baja mientras se detenían en el vestíbulo de entrada para que el señor Crymble pudiera hablar con el mayordomo sobre su equipaje—. O peor aún, ¿y si los únicos que me gustan son viejos retorcidos y lascivos que solo están interesados en mí como yegua de cría?

—¡Angel! —exclamó Avery—. ¿Cómo demonios sabes de esas cosas?

Angeline le lanzó a su hermano una mirada avergonzada mientras esperaban a que el mayordomo le diera instrucciones al señor Crymble y luego fuera a buscar a su anfitriona. —Avery, ya no vivimos en la Edad Media, donde las mujeres eran retenidas cautivas en torres para proteger su virtud hasta que su hermano pudiera casarlas con un hombre, sin conocerlo.

Avery parecía horrorizado ante la perspectiva. —No me estás diciendo que tú... —tragó saliva— tienes experiencia personal con... *esas cosas*.

Angeline estalló en carcajadas. Odiaba su risa. Era demasiado aguda y demasiado exuberante. Pero no podía evitarlo. —Una dama no necesita estar arruinada para saber sobre *esas cosas* en estos días. Viví en Londres durante dos meses, Avery. *Londres*. Mamá estaba empeñada en que usara los encantos que ella creía que poseía para ganarme un marido. Compartió conmigo secretos y conocimientos que no estoy segura de que la mayoría de las jóvenes tengan acceso. Pero ya sabes cómo era mamá.

—Sí, lo sé —dijo Avery, levantando una ceja con expresión de horror. Su madre había sido inusualmente audaz y avanzada en sus opiniones, lo que siempre había sorprendido a Avery—. Nunca entendí por qué mamá te llevó a Londres en primer lugar —dijo.

Angeline soltó una risita. —Porque quería que aprendiera refinamiento y que captara la atención de un hombre con título y medios.

—Y en su lugar, aprendiste todo sobre *esas cosas*. —Avery sacudió la cabeza.

—Lo estás haciendo parecer mucho peor de lo que es —Angeline continuó riendo.

Afortunadamente, la conversación se vio interrumpida cuando Lady Cambourne entró en el vestíbulo con una brillante sonrisa de entusiasmo. —Lady Angeline, Lord Carnlough, qué gusto verlos aquí por fin —dijo, extendiendo su mano hacia Angeline, y luego apretándola cuando esta la tomó—. Estaba empezando a preocuparme.

—Mis disculpas por la llegada tardía —dijo Avery, saludando a Lady Cambourne con un galante beso en su mano—. Tuvimos algunos problemas con el pasaje desde Irlanda.

—Tenía tanto miedo de que no pudiéramos llegar —dijo Angeline.

—Bueno, ya están aquí. —Lady Cambourne soltó la mano de Angeline—. Tu madre fue una gran amiga mía, ¿sabes? Cuando mi querido esposo propuso organizar esta fiesta, insistí en que ustedes dos fueran invitados.

—Estamos muy agradecidos, mi señora —dijo Avery con una galante reverencia—. Y si mi querida y dulce hermana puede formar una pareja con uno de sus nobles invitados, estaría doblemente agradecido.

—¡Avery! —siseó Angeline, con el cuello y la cara enrojecidos.

Lady Cambourne pareció encantada por la travesura de Avery, como solían estarlo las mujeres. Pero su risa rápidamente se convirtió en una sonrisa traviesa. —Hay mucho más en esta fiesta que simples emparejamientos —dijo—. Mi esposo ha reunido a este grupo específico de invitados con un propósito único, como sabrán en los próximos días.

—¿Un propósito único? —preguntó Avery—. Estoy intrigado.

Lady Cambourne parecía completamente diabólica mientras tocaba el brazo de Avery. —Tu curiosidad será satisfecha muy pronto, mi lord. Y ahora —se volvió hacia Angeline—, si a tu hermano no le importa encargarse de los arreglos para tus habitaciones y asegurarse de que tus cosas sean llevadas allí, puedo llevarte al salón de los jacintos. Algunas de las otras jóvenes están tomando té allí, y estoy segura de que estarían encantadas de conocerte.

—Gracias, Lady Cambourne —dijo Angeline, con el corazón palpitando de ansiedad.

Angeline le dirigió a su hermano una última mirada de preocupación antes de seguir a Lady Cambourne por uno de los pasillos que se ramificaban desde el vestíbulo de entrada. Tuvo que darse una rápida y severa charla consigo misma, recordándose que era la hija de un conde, su madre había sido la hija de un marqués, y estaba tan calificada como cualquier joven a la que Lady Cambourne hubiera invitado a la fiesta.

—Estoy segura de que las otras damas estarán ansiosas por contarte todas las oportunidades y entretenimientos que he proporcionado para nuestros invitados este verano —explicó Lady Cambourne—. No hemos escatimado en gastos para proporcionar a nuestros invitados todo lo que pudieran necesitar para mantenerse ocupados. Todas las diversiones están diseñadas para facilitar las interacciones entre los invitados, por supuesto. Creo que tu madre lo aprobaría.

La forma en que Lady Cambourne miró a Angeline con una mirada juguetona le provocó un escalofrío de sorpresa... y anticipación en la columna vertebral. ¿A qué tipo de verano habían sido invitados ella y Avery?

—Tenemos tiro con arco, bádminton y croquet permanentemente disponibles en los jardines —continuó Lady Cambourne, suavizando su travesura para enumerar actividades ordinarias—, así como picnics y excursiones planeadas, todas muy respetables, entiéndase bien. Y cada viernes por la noche, celebramos algún tipo de baile, ya sea un baile formal o simplemente bailar

en el invernadero. ¿Confío en que estás preparada para el baile de esta noche?

Angeline casi había olvidado que era viernes. —Sí, por supuesto. Estaré... ¡oh!

Su respuesta se cortó cuando dobló una esquina hacia un salón que estaba decorado todo en tonos de púrpura y rosa, con pinturas de jacintos en las paredes y cuencos de jacintos en las mesas, aunque estaban fuera de temporada. Pero lo que había causado el jadeo de sorpresa de Angleline eran las otras seis jóvenes en la habitación. Inmediatamente se sintió como una impostora que se había infiltrado en la propiedad y estaba a punto de ser descubierta.

—Señoras, tengo una nueva amiga para presentarles —dijo Lady Cambourne, tomando la mano de Angeline como si fuera una niña tímida siendo presentada a sus nuevas compañeras de clase. Era precisamente así como se sentía Angeline—. Esta es Lady Angeline O'Shea, hermana del Conde de Carnlough, del Condado de Antrim en Irlanda.

La media docena de otras jóvenes detuvieron sus conversaciones y algunas incluso dejaron sus tazas de té mientras se volvían para saludarla. Dos de ellas incluso se pusieron de pie y le dirigieron brillantes sonrisas.

—¿Cómo están? —las saludó Angeline sin aliento, haciendo una torpe reverencia, ya que era lo único que se le ocurría hacer. No tenía forma de saber por la forma de vestir de las otras damas si estaban por encima o por debajo de ella, y no saberlo había sembrado semillas de pánico en su estómago.

—Esta es Lady Yvette Mortimer —presentó Lady Cambourne a una de las damas que se había levantado y se acercaba a saludar a Angeline con una amable sonrisa—. Te dejo en sus capaces manos.

—Gracias, Lady Cambourne —dijo Lady Yvette—. Me aseguraré de que Lady Angeline sea bien atendida.

Angeline abrió la boca mientras Lady Cambourne se giraba para irse, pero no parecía correcto rogarle a la mujer que se quedara. Especialmente porque era probable que tuviera otros deberes que atender. Cerró la boca de nuevo y presionó una mano enguantada contra su estómago, rogando a sus viejas amigas, las mariposas, que se calmaran. No había nada malo en hacer nuevas amistades, y Lady Yvette parecía amable y dispuesta a ayudar.

—No tienes por qué preocuparte —dijo Lady Yvette, volviéndose menos formal una vez que Lady Cambourne se había ido—. Ninguna de nosotras muerde. De verdad.

—Oh, no pensaba... —Angeline tragó saliva e intentó no desmayarse mientras Lady Yvette la guiaba hacia el círculo informal de sillas y sofás donde las otras damas la miraban con curiosidad.

—Sé que puede ser desconcertante conocer a gente nueva, pero te aseguro que todas somos amigas aquí —dijo Lady Yvette—. Déjame presentarte a la señorita Charlotte Benning, Lady Patience Wycombe, Lady Eleanor Feilding y su acompañante, la señorita Silverstone, y la señorita Melanie Pennypacker.

—¿Cómo está usted? —dijo la mujer que Lady Yvette había presentado como la señorita Pennypacker con acento americano. Era la única otra mujer que estaba de pie, y se apresuró hacia adelante, con todo el brillo y exuberancia americana, ofreciendo su mano—. Es un placer conocerte —añadió antes de que Angeline pudiera decir una palabra.

—Yo... eh... um...

—Melanie, no asustes a la chica —dijo Lady Patience, poniéndose de pie y dejando a un lado su taza de té. Llevaba anteojos —que lograban verse bastante favorecedores en ella— y se los ajustó mientras se levantaba—. Ya hay suficientes cosas aterradoras sucediendo este verano.

—¿Cosas aterradoras? —preguntó Angeline, sus mariposas revoloteando con más fuerza.

—No aterradoras, solo misteriosas —corrigió la señorita Benning. No se levantó, pero se giró para mirar a Angeline mientras Lady Patience le hacía señas para que se sentara.

—Tiendo a encontrar todos los misterios un poco aterradores —dijo Lady Patience, aunque parecía más emocionada que asustada. Sus ojos grandes se acentuaban detrás de sus anteojos.

—¿Misteriosas? —preguntó Angeline, mirando de Lady Patience a un lado a la señorita Pennypacker al otro. Se sentía como una completa tonta por soltar preguntas cortas en lugar de entrar con gracia en la conversación con las demás.

—Sí —dijo la señorita Pennypacker, con los ojos llenos del brillo de la intriga—. Es por eso que todas hemos sido invitadas, ¿sabes? Esto es más que solo una fiesta, es un rompecabezas que todas debemos resolver.

—Yo... no sé a qué te refieres —dijo Angeline, deseando que Avery todavía estuviera con ella.

—No permitas que te intimiden, Lady Angeline —dijo Lady Yvette, adoptando una posición fraternal junto a Angeline, como para ayudarla y protegerla—. Acabamos de estar discutiendo sobre ello. Aparentemente, habrá un anuncio en el baile de esta noche sobre el heredero perdido de la fortuna de Lord Carshalton.

Las demás parecían saber lo que eso significaba. Angeline simplemente parpadeó.

—¿No sabes sobre el heredero perdido de Lord Carshalton, Lady Angeline? —preguntó Lady Eleanor.

Angeline tragó saliva y negó con la cabeza. Las otras parecían sorprendidas.

—Vaya, es todo de lo que se ha podido hablar estos últimos meses —dijo la señorita Benning —. El Marqués de Carshalton nunca se casó, pero abundan los rumores de que engendró un solo hijo con una mujer desconocida. En su testamento, legó la mayor parte de su fortuna a este hijo...

—Que aparentemente tiene ahora entre veinte y treinta años —la señorita Pennypacker tomó el relevo de la explicación—. Pero nadie sabe quién es la madre, y se desconoce si el hijo es un hombre o una mujer.

—De cualquier manera —continuó la señorita Benning con la historia—, a pesar de que el título ha ido a un primo lejano, la fortuna pertenece al heredero desconocido.

—Se cree que Lord y Lady Cambourne saben quién es el heredero y que han invitado a la persona, quienquiera que sea, a esta fiesta —dijo Lady Eleanor, con los ojos brillando de intriga —. Por lo que sabemos, tú podrías ser la heredera, Lady Angeline.

—¿Yo? —chilló Angeline, alarmada ante la idea de que alguien pudiera pensar que era algo remotamente tan interesante como una heredera misteriosa—. Oh, no, yo no. Sé quiénes son mis padres.

—*Crees* que sabes quiénes son tus padres —dijo la señorita Pennypacker.

La mandíbula de Angeline cayó. No podía decidir si estaba sorprendida por la posibilidad de que su madre hubiera guardado un secreto tan terrible —su madre podría haber sido poco convencional, pero no había sido mala— o aterrorizada de que otros pudieran creer que ella era algo que no era.

—Yo... yo no soy... no sé... oh, Dios mío. Deben disculparme —balbuceó Angeline, abrumada.

Antes de que alguien pudiera detenerla, se dio la vuelta y salió apresuradamente de la habitación asustada y entró en el pasillo. El resultado fue que no estaba mirando por dónde iba, y su mano golpeó contra un alto jarrón de flores colocado en una mesa en el pasillo. El jarrón estaba desequilibrado para empezar, y cuando Angeline lo golpeó, toda la pieza se cayó de la mesa, estrellándose en el suelo de mármol.

Lo peor de todo era que el pasillo no estaba vacío. Cuando el jarrón se rompió, derramó agua, pétalos y polen sobre los finos zapatos y pantalones de un hombre que pasaba junto a la mesa. Angeline jadeó y miró al hombre —o más bien, arrastró lentamente los ojos por su figura, desde sus zapatos arruinados hasta sus pantalones empapados, su cintura esbelta, pecho ancho, brazos poderosos y expresión ceñuda. Tenía hermosos ojos oscuros que ardían de ira, y cabello grueso y oscuro peinado despreocupadamente hacia un lado. Sus labios estaban apretados en una línea firme, y su fuerte mandíbula parecía estar apretada por la frustración.

—Oh, Dios mío —jadeó Angeline, sin saber si las palabras eran por su torpeza o por el hecho de que encontraba al hombre diabólicamente apuesto.

Lord Rafe McAllister, Marqués de Rothbury, odiaba las fiestas en casas de campo. Odiaba socializar en general, después de todos los problemas en que lo había metido durante los últimos meses. Odiaba estar lejos de casa —ya fuera en el campo o en Londres— y odiaba dormir en una cama extraña. Ya que estaba en eso, decidió que odiaba Cambridgeshire, la frivolidad y, ¿por qué no? a todo el sexo femenino mientras estaba en ello.

—No puedes seguir gruñendo así indefinidamente por cada pequeña cosa —James, Lord Cambourne, que era un primo lejano de algún tipo que había olvidado hasta que llegó la invitación a la maldita fiesta, se rió mientras hacía su tiro en la mesa de billar, donde varios de los caballeros pasaban la mañana—. Estás en el campo, mi encantadora novia te ha proporcionado un grupo de jóvenes hermosas y talentosas con las que comprometerte, y por lo que sé, una de ellas podría ser la heredera misteriosa de Carshalton. —Se enderezó después de su tiro para mover las cejas hacia Rafe, revelando que absolutamente sabía quién era el heredero, pero que estaba de humor para bromear.

—O el heredero misterioso podrías ser tú —dijo el Marqués de Theydon con una mirada que Rafe encontró demasiado traviesa—. Nadie sabe si el heredero es hombre o mujer. —Compartió una mirada burlona con el señor Arden Covington, que Rafe podía decir que era completamente a su costa.

Conocía a Theydon de la universidad, y Covington era una presencia constante en las columnas de chismes de Londres. Si alguno de los invitados de Cambourne resultara ser el heredero ilegítimo de un misterioso marqués, seguramente sería Covington, de quien todo el mundo sabía que era hijo de una prostituta para empezar. Por qué Cambourne había invitado a semejante libertino a una fiesta con señoritas respetables era el verdadero misterio del verano.

Rafe también conocía a los otros hombres que jugaban con ellos, el Vizconde Bygrave y el Duque de Foxley. La mayoría de los caballeros con un título o tierras que estaban dentro de una década de edad entre sí se conocían al menos por su nombre o por la Cámara de los Lores o fiestas anteriores. Rafe había esperado que nadie que lo conociera en absoluto estuviera en la maldita fiesta. No después de las indignidades que había tenido que soportar últimamente.

Como si sus pensamientos estuvieran a la vista de todos, Bygrave le envió una mirada comprensiva y dijo: —No seas duro con Rothbury. Su reputación acaba de ser arrastrada por el lodo y de vuelta.

Los otros se animaron. Cambourne llegó al punto de enderezarse de donde estaba a punto de hacer un tiro con su taco. —¿Qué es esto sobre una reputación enlodada? —Se rió entre dientes —. Mi novia no invitó a un libertino a nuestra casa, ¿verdad?

—Me invitó a mí —se rió Covington.

Cambourne le lanzó una mirada cómplice, luego se alineó para su tiro nuevamente. —Yo te

invité, y bien sabes por qué —dijo.

—Definitivamente no soy un libertino. —Rafe volvió al intercambio original, completamente molesto por que todo el asunto hubiera salido a relucir.

—Acaba de ser abandonado por Lady Farrah Beauregard —dijo Theydon, sonriendo a Foxley.

Cambourne hizo su tiro —que resultó ser bueno— luego se puso de pie y preguntó: —¿Qué es esto de que fuiste abandonado por Lady Farrah Beauregard?

Rafe suspiró y se frotó la cara con una mano. —Es una historia larga y sórdida —murmuró. No sentía que debía toda la historia a su compañía actual, pero no quería alienarse por completo de su anfitrión y los otros hombres con los que tendría que pasar el verano, particularmente no de Foxley. Nunca era sabio antagonizar a un duque—. Lady Farrah y yo nos comprometimos en Navidad, según los deseos de su familia. Pensé que las cosas iban bien. Aún no había formado ningún apego particular por la dama, aunque me caía bastante bien. Al principio.

—Eso no suena particularmente prometedor —dijo Theydon mientras se levantaba y se movía para examinar el juego en la mesa de billar.

—No —dijo Rafe en un tono sombrío—. En resumidas cuentas, Lady Farrah decidió que prefería besuquearse con un abogado llamado James Farrow que mantenerse fiel a su promesa hacia mí.

—Mala suerte, hombre —dijo Covington, concentrado en la mesa de billar.

—Sí, bueno, si eso hubiera sido el final. —Rafe suspiró. Le desagradaba explicar, pero demasiados pares de ojos expectantes estaban sobre él—. Se corrió la voz de que Lady Farrah estaba comprometida. Excepto que, en lugar de que la verdad circulara, su familia difundió la historia de que *yo* era quien había mancillado su honor. Su razonamiento era que Lady Farrah se vería obligada a abandonar a su amante para casarse conmigo con el fin de evitar un escándalo.

—¿Lo cual no sucedió? —preguntó Cambourne.

—Todo lo contrario —suspiró Rafe—. Lady Farrah me rechazó, optando por difundir el rumor de que yo la había arruinado y luego la había abandonado. Ahora mi reputación está sufriendo las consecuencias, y he sido desairado y tratado como un villano a cada paso.

—¿Honor mancillado y circunstancias misteriosas? —dijo Bygrave con una risa—. Vamos, Rothbury. Si esas no son las calificaciones de un heredero perdido de circunstancias dudosas, entonces no sé cuáles son.

Rafe habría puesto los ojos en blanco, si no supiera lo grosero que sería. —No soy el heredero de Carshalton.

—Con el perdón de usted, pero ¿por qué no simplemente exigió casarse con esta Lady Farrah para evitar a todos un mayor escándalo? —preguntó Theydon.

Rafe trató de no fulminar con la mirada al hombre. —Porque desapareció, la mocosa. Ella y su amante.

—¿Has pensado en contratar a un investigador para ir tras ella? —preguntó Bygrave—. Conozco a este hombre, un tal Arthur Gleason, que es diabólicamente bueno encontrando a personas que han sido extraviadas.

—No, no he pensado en contratar a un investigador —dijo Rafe, tratando desesperadamente de mantener su temperamento bajo control.

—¿Quizás su familia sabe dónde está? —preguntó Covington.

—No lo saben —espetó Rafe. Hizo una mueca, arrepintiéndose instantáneamente de su descortesía, pero ya le habían dado todas las sugerencias posibles para remediar la situación, y nada había funcionado—. Les ruego me disculpen, caballeros. Me temo que no estoy de humor

para compañía. —Asintió bruscamente, luego se dio la vuelta para salir de la habitación.

Era horriblemente poco caballeroso de su parte, pero Rafe sabía que si continuaba intentando cualquier tipo de sociabilidad, probablemente haría más enemigos que amigos. La situación con Lady Farrah era vergonzosa en el mejor de los casos y paralizante en el peor. Las damas no eran las únicas que necesitaban ser conscientes de sus reputaciones. Los problemas surgían también para los caballeros que eran considerados libertinos o réprobos. Y aunque se había desencantado con todo el sexo femenino, sí necesitaba casarse y producir un heredero o dos. La fiesta era un lugar tan bueno como cualquier otro para encontrar una novia de reemplazo, y si tenía suerte, podría encontrar a una joven de buena cuna que no...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando una mujer diminuta de cabello rubio fresa se precipitó al pasillo desde uno de los salones, golpeó su brazo contra un jarrón de flores y envió todo, agua incluida, estrellándose contra el suelo frente a él. Agua, cerámica y flores se derramaron por todas partes, incluso sobre sus nuevos zapatos y pantalones. Era la última gota, en lo que a Rafe concernía, y contuvo la respiración, apretando la mandíbula y los puños, buscando exactamente la respuesta mordaz correcta para hacer a la descuidada mujer.

Al menos, hasta que ella volvió sus brillantes ojos verdes y su rostro perfectamente de porcelana hacia él. Era, con mucho, la mujer más hermosa que jamás había visto. Por un momento, no pudo respirar por una razón distinta a la ira. Pero la magia del momento se vio empañada por el repentino pellizco de terror que iluminó los ojos de la mujer.

—Oh, Dios mío —tragó saliva, su hermoso rostro sonrojándose—. Oh, lo siento tanto, tan terriblemente.

—Está... está bien —murmuró Rafe, su voz no sonando como la suya propia por alguna razón.

—No, no lo está. —La hermosa criatura se mordió el labio y miró a su alrededor ansiosamente. Se lanzó hacia adelante, agachándose, y comenzó a recoger las flores derramadas y algunos de los trozos del jarrón—. Tonta de mí. Soy tan torpe a veces. Debería haber estado mirando por dónde iba. Y pensar que acabo de llegar y ya estoy causando problemas.

Era irlandesa. Su voz tenía ese inconfundible y musical acento.

—De verdad, no hay necesidad de preocuparse —dijo Rafe, mirándola desde arriba.

—Creo que sí la hay. —Ella pausó sus movimientos frenéticos para mirarlo.

Por un momento, la mente de Rafe conjuró la imagen extremadamente perversa e inapropiada de otras cosas que una mujer tan hermosa como ésta podría hacer desde su posición actual de rodillas frente a él. Era humano, después de todo, pero sus pensamientos lascivos estaban tan en desacuerdo con las efusiones de inocencia de la mujer que se maldijo internamente y se agachó en el suelo con ella para ayudar a recoger el desastre que había hecho.

—Fue un simple error —dijo, empujando flores mojadas a un lado. El personal de Nedworth estaría mucho mejor equipado para limpiar que ellos—. Estoy seguro de que no lo hizo a propósito.

—No lo hice —dijo ella, parpadeando hacia él.

Rafe ofreció su mano para ayudarla a ponerse de pie. Era lo menos que podía hacer. Parte de él quería sonreírle para tranquilizarla, pero sonreír parecía tan lejano como la India en ese momento. —Permítame presentarme —dijo—. Lord Rafe McAllister, Marqués de Rothbury, a su servicio.

—Lady Angeline O'Shea —respondió ella con una sonrisa tan dulce y sin trabas que temió que nunca podría igualarla.

—Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado aquí? —Fueron interrumpidos por su anfitriona, Lady

Cambourne—. No te preocupes, querida. Reinhold, ven a limpiar esto de inmediato —dijo al lacayo que había llegado a la escena—. Lady Angeline, Lord Rothbury, lo siento mucho. Déjenme buscar algo para ayudarles a limpiarse.

—Estoy perfectamente bien —dijo Rafe, retrocediendo. Tenía la sensación de que si no se retiraba inmediatamente, sería arrastrado a algún tipo de compromiso social en el que no quería participar.

—Será mejor que me dejes arreglar las cosas —dijo Lady Cambourne—. ¿Quizás Lord Rothbury podría llevarte a dar un paseo por el jardín? —preguntó con un travieso arqueamiento de ceja.

—¡Oh! —Lady Angeline parecía como si Lady Cambourne le hubiera pedido que la llevara a la guillotina—. No podría posiblemente... no debería... yo... debo encontrar a mi hermano.

Recogió sus faldas y huyó por el pasillo, dejando a Rafe parado en el enredo de flores arruinadas, cerámica aplastada y sentimientos encendidos. Abrió la boca, casi rogando a la intrigante joven que se quedara con él, ahora y quizás siempre.

Sin embargo, ese instinto lo detuvo en sus pasos proverbiales. ¿Qué estaba pensando para que su cabeza se girara tan fácilmente, y por una tímida irlandesa? Había aceptado la invitación a Nedworth Hall como una forma de esconderse del escándalo que Lady Farrah había creado y, quizás, elegir desapasionadamente su reemplazo, no para enamorarse como un tonto.

Con un resoplido, se alejó del lacayo que se había agachado para comenzar a limpiar el desastre que Lady Angeline había causado. No dejaría que su corazón dominara su cabeza... incluso si una pequeña parte susurrante de él le instaba a ver adónde podría llevarlo Lady Angeline.

Capítulo Dos

Lord Rafe McAllister, Marqués de Rothbury. Si alguna vez hubo alguien o algo a lo que Angeline debería temer, era él. Nunca olvidaría cómo le tembló el corazón cuando lo miró desde el suelo mientras limpiaba el desastre que había causado. Nunca olvidaría cómo su *cuerpo* también se tensó y tembló, pero con un tipo de emoción completamente diferente.

Había escuchado todo sobre esas mujeres que se sentían irresistiblemente atraídas por hombres que las asustaban o eran duros con ellas, según le había contado su madre, pero nunca en un millón de años habría soñado que ella sería una de ellas.

Y no lo era.

Porque por mucho que Lord Rafe la hubiera asustado, algo en él también la había conmovido. La ira no era la única emoción que había visto en sus ojos. También había visto bastante tristeza allí.

Estaba en camino de buscar a Avery —quien parecía haberla abandonado para reencontrarse con algunos amigos de la universidad que, para su alegría, descubrió habían sido invitados a la fiesta también— para que la escoltara al baile de la noche, cuando se encontró con dos de las damas de las que había huido vergonzosamente más temprano.

La esperanza de Angeline era poder escabullirse antes de que la vieran, pero cuando Lady Patience exclamó: —¿Lady Angeline? ¿Es usted?— justo antes de que se escondiera en una sala de estar vacía, supo que escapar no sería posible.

—Sí —dijo tímidamente, volviendo para enfrentar a las mujeres que sentía haber ofendido.

Pero para su sorpresa, la señorita Pennypacker corrió hacia ella con las manos extendidas y dijo: —Estábamos tan preocupadas por usted.

Tomó las manos de Angeline, dándole un pequeño susto, tan pronto como la alcanzó, como si fueran amigas perdidas hace mucho tiempo y no prácticamente desconocidas. Angeline lo encontró abrumador... pero también un alivio. Podía ver por la amabilidad en los ojos de Lady Patience que sería aceptada en el círculo de la sociedad femenina, por lo cual estaba completamente agradecida.

—Yo... lamento haber huido esta mañana —se disculpó Angeline con voz tímida.

—Es enteramente nuestra culpa —dijo Lady Patience, tomando una posición firme a la izquierda de Angeline mientras la señorita Pennypacker caminaba a su derecha por el largo pasillo hacia el salón de baile—. Prácticamente la emboscamos con nuestro entusiasmo por conocerla. Somos nosotras quienes deberíamos pedirle perdón.

—Oh, no, me siento honrada de que me quieran como parte de su círculo —dijo Angeline.

—Bueno entonces —dijo la señorita Pennypacker con una sonrisa brillante y traviesa—. Ahora que hemos dejado eso atrás, cuéntenos todo sobre su encuentro con Lord Rothbury.

¿Cómo se sintió ser objeto de una mirada tan intensa?

Angeline se sonrojó intensamente, tanto por la audacia con la que la señorita Pennypacker hizo su pregunta como por el recuerdo de cómo la imponente presencia de Lord Rothbury, sus ojos penetrantes y ese atisbo de tristeza la habían hecho sentir. Tomó una larga respiración, asimilando esos sentimientos, y luego tomó la decisión de tratar a la señorita Pennypacker y a Lady Patience como las amigas que se ofrecían a ser.

—Estaba aterrorizada —confesó, mirando primero a la señorita Pennypacker y luego a Lady Patience—. Pero es que me aterrorizan la mayoría de las cosas.

—Los hombres siempre quieren que les tengamos miedo —dijo la señorita Pennypacker, descartando la idea como si fuera una mosca—. No lo toleraré. Vine a Inglaterra para casarme bien, como tantas de mis compatriotas, y no permitiré que la masculinidad me asuste y me aleje de mi objetivo.

Angeline no pudo evitar sonreír ante la audacia, y ligera ingenuidad, de su nueva amiga. —Eres más valiente que yo, señorita Pennypacker.

—Llámame Melanie, por favor.

Angeline se sonrojó ante el generoso gesto.

—Los hombres son simplemente otra especie de humanos —dijo Lady Patience, ajustándose las gafas con la mano libre—. Los encuentro fascinantes.

—¿Y quién sabe? —dijo Melanie—. Quizás uno de los caballeros con los que bailemos esta noche sea el misterioso heredero de Carshalton del que todos hablan.

Angeline contuvo la respiración ante la idea, pero también porque las tres acababan de entrar al invernadero, donde tendría lugar el baile de la noche. Sus nervios inmediatamente se alborotaron, y se aferró a sus nuevas amigas en busca de apoyo.

La mayoría de los caballeros de la fiesta ya estaban reunidos en el invernadero, observando la llegada de las damas. Varios de ellos mostraron un gran interés en el recién llegado trío. Angeline se dijo a sí misma que la atención de los caballeros hacia ellas era encantadora, y que sus nuevas amigas seguramente encontrarían marido antes de que terminara el verano. Y había algunos hombres apuestos entre los invitados que también parecían interesados en ella. Pero apenas les dedicó una segunda mirada mientras giraba de un lado a otro, estirando el cuello, buscando a Lord Rafe McAllister.

—Damas, todas se ven encantadoras —dijo Lady Cambourne, acercándose desde el grupo de hombres donde había estado de pie con Lord Cambourne para saludarlas—. Mi intención era invitar a los jóvenes más interesantes que conocía para el verano, pero parece que también he invitado a algunos de los más hermosos.

Angeline se sonrojó furiosamente e hizo una reverencia ante el cumplido al unísono con Melanie y Patience.

—Permítanme presentarles a algunos de nuestros invitados muy especiales —continuó Lady Cambourne, llevándolas hacia el grupo de hombres—. Caballeros, ¿puedo presentarles a algunas de las damas que asisten este verano? Lady Angeline O'Shea, Lady Patience Wycombe y la señorita Melanie Pennypacker.

Una breve ronda de reverencias siguió mientras se intercambiaban distintas versiones de "¿Cómo está usted?" por todos lados.

—Y mis queridas —continuó Lady Cambourne con una sonrisa emocionada—. Permítanme presentarles al Duque de Foxley, Lord Theydon y al señor Reginald Howard, un conocido de mi esposo.

Otra ronda de reverencias y versiones de "Encantado de conocerlos" siguió a eso. El corazón

de Angeline latía contra sus costillas, y trató de no sentirse abrumada por la cantidad de formalidad y protocolo que la rodeaba. Ella era miembro de la Aristocracia en Irlanda, lo que significaba que estaba acostumbrada a la sociedad y reuniones educadas, especialmente aquellas con destacados lores ingleses, pero aun así todo esto hacía que le diera vueltas la cabeza.

—Oh, qué maravilloso —continuó Lady Cambourne—. La orquesta ha comenzado el primer vals. ¿Quizás a las damas les gustaría bailar con estos caballeros?

—Eso sería encantador —dijo Melanie, lanzando a Angeline una mirada divertida.

—¿Si me permite? —Lord Theydon ofreció su brazo a Melanie.

—Por supuesto —dijo Melanie con una sonrisa, y luego se dejó llevar a la pista de baile.

—Lady Angeline, ¿me haría el honor? —Foxley le ofreció su brazo a Angeline.

—Gracias —dijo Angeline con toda la sonrisa que pudo manejar.

Tomó el brazo del duque y dejó que la guiara para comenzar el vals con lo que esperaba fuera gracia, pero si era honesta consigo misma, era todo lo que podía hacer para no tropezar con sus propios pies.

—Perdóneme, mi lady —dijo Foxley una vez que habían dado una vuelta completa, aunque algo rígida, por la pista de baile—, ¿pero se encuentra usted bien?

Angeline estaba mortificada por la pregunta, por muy amable que fuera la intención. —Lo siento mucho, Su Gracia —dijo, apenas logrando un susurro—. No estoy acostumbrada a la sociedad, y tengo terror de hacer algo mal.

Foxley le sonrió. —Lo dudo.

—Oh, pero me temo que ya he molestado a Lord Rothbury —admitió, segura de que su rostro se había vuelto rosa brillante en el momento en que mencionó su nombre.

Peor que eso, apenas el nombre de Lord Rothbury había salido de sus labios cuando divisó al apuesto e intimidante hombre entrando al invernadero. Se veía demasiado elegante en su traje de noche, con el cabello peinado hacia atrás según el último estilo. No parecía feliz de estar en compañía, pero eso no le impidió verse tan atractivo como un héroe de cuentos.

Y entonces su mirada se encontró con la de ella a través del salón de baile. Lord Rothbury visiblemente tomó aire y se irguió más, e incluso a través de la distancia, Angeline pudo ver el brillo que apareció en esos ojos oscuros suyos. Probablemente era un brillo de ira, pero lo sintió hasta los dedos de los pies —y en varios lugares en los que ciertamente no debería sentirlo— de inmediato.

—Oh, Lord Rothbury —dijo Foxley con una sonrisa, como si acabara de descubrir la identidad del heredero de Carshalton—. Ya veo.

Angeline parpadeó y jadeó un poco al darse cuenta de lo grosera que estaba siendo. Después de todo, ella estaba bailando con Foxley, no con Lord Rothbury. —Lo siento mucho —susurró.

—Para nada —dijo Foxley, su expresión iluminándose con picardía—. Lejos estoy de impedir que baile con el caballero con quien más desea bailar.

—Le ruego... oh, no, Su Gracia, usted no tiene que...

Era demasiado tarde. El duque soltó a Angeline de la posición de baile para llevarla a su lado y escoltarla a través de la sala hasta donde Lord Rothbury fingía examinar al resto de los invitados.

Foxley no perdió el ritmo una vez que estuvieron frente al hombre. —Rothbury, ¿has conocido a la encantadora Lady Angeline O'Shea? —preguntó, a pesar de que Angeline acababa de decirle que ya se conocían.

Lord Rothbury se aclaró la garganta. —Tuvimos el placer de conocernos esta mañana.

—Por lo cual me disculpo profusamente —dijo Angeline.

La boca de Foxley se crispó ante su declaración, lo que hizo que Angeline se diera cuenta de lo tonta que sonaba. Sin embargo, luchó por mantener una sonrisa agradable en su lugar, tal como su madre le había enseñado durante su breve temporada.

—¿Quizás no te importaría terminar este baile con la dama para que pueda disculparse más? —sugirió Foxley con un asentimiento hacia Lord Rothbury.

Lord Rothbury sonrió, pero no era una sonrisa real. Era algo tenso e incómodo, como si sintiera que tenía que hacerlo. —Estaría encantado —dijo. Le ofreció su brazo a Angeline.

Angeline no sabía qué decir mientras Lord Rothbury la conducía a la pista de baile. Su cuerpo parecía estar caliente y frío al mismo tiempo. El impulso de huir era tan fuerte dentro de ella como el impulso de aprender más sobre el hombre y por qué estaba tan triste. No tenía idea de qué hacer consigo misma, así que dejó que Lord Rothbury la colocara en posición para el vals y luego la llevara a través de los pasos mientras se mezclaban con los otros bailarines.

Varios compases de música y media vuelta por la sala después, todavía no se habían dicho ni una palabra. Extrañamente, eso estimuló la parte de Angeline que quería saber más sobre el hombre y calmó la parte que le temía. Respiró profundamente, pensó en lo que su madre la animaría a hacer cuando bailara en los brazos de un marqués, y se decidió a ser tan valiente como sus nuevas amigas.

—¿Cómo están sus zapatos? —preguntó con una prisa avergonzada, y luego esperó para ver si se arrepentiría de la torpe pregunta.

Pero Lord Rothbury respondió como si tomara la pregunta, y a ella, en serio. —Están bastante bien, gracias. Espero que se recuperen por completo. Al igual que mis pantalones.

Algo en esa última declaración hizo que el hombre, por lo demás apuesto y digno, se sonrojara. Angeline lo tomó como una buena señal. No estaba enojado con ella, y también podría tener un sentido del humor acechando bajo toda su elegancia.

Era como una brisa fresca entrando en la habitación. No necesitaba temer al hombre. Él era solo otra especie de humano, como había dicho Patience. Ella era perfectamente capaz de hablar amablemente con su hermano —y con el señor Crymble, y sus muchos primos— así que, ¿por qué Lord Rothbury debería ser diferente?

—Debo disculparme con sus pantalones por cualquier incomodidad que pueda haberles causado —continuó, bromeando un poco sobre su formalidad y sorprendiéndose a sí misma por lo fácil que le resultaba—. Puedo asegurarle que no era mi intención alterar su estado en absoluto, y espero que la adición de un poco de humedad no interfiera permanentemente con su ajuste.

Lord Rothbury estalló en un ataque de tos, aunque logró mantener el ritmo de los pasos del vals mientras lo hacía. —En absoluto —dijo con voz ronca.

Siguió una pausa incómoda en la conversación. Angeline no tenía la menor idea de qué había dicho para asustar a Lord Rothbury. Sin embargo, no estaba segura de que le molestara el nuevo silencio. Le dio la oportunidad de acomodarse en su posición de baile y sintonizarse más con el ritmo de la danza. También le dio la oportunidad de observar a Lord Rothbury.

Realmente era apuesto, con sus rasgos clásicamente hermosos y ojos oscuros e insondables. Y una vez más, sintió esa tristeza, esa tensión, que había notado esa mañana en el pasillo. Había mucho más en el hombre de lo que se veía a simple vista. Quería descubrir todos sus secretos, lo cual era una locura, realmente, ya que acababa de conocerlo. Pero a veces todo lo que se necesitaba era un latido para saber que querías conocer a alguien. Su prima, Chloe, diría que estaba escrito en las estrellas y que las dos personas debían tener signos astrológicos compatibles. Angeline no estaba tan segura de eso, pero tenía que ser algo.

—¿Está disfrutando de Cambridgeshire hasta ahora? —preguntó, recordando todos los consejos que su madre le había dado alguna vez sobre cómo conversar mientras bailaba.

—Mi finca rural está en Cambridgeshire —respondió Lord Rothbury—. Aunque a kilómetros de aquí, en el este del condado.

—¿Oh? Qué suerte tiene usted de vivir en un lugar tan hermoso —dijo con una sonrisa—. ¿Y tiene una casa en Londres? —preguntó, sintiéndose más a gusto y más confiada en su capacidad de mantener una conversación ligera.

—La tengo —dijo con un asentimiento—. En Berkley Square.

—Qué elegante. —Angeline se animó—. ¿Pasa mucho tiempo allí?

—Durante la temporada —respondió—. Cuando el Parlamento está en sesión.

No dijo más, y su respuesta no le dio mucho para continuar la conversación. Tenía la extraña sensación de que él quería mirarla, estudiar su rostro, quizás, y memorizarla para más tarde, pero su expresión era decididamente neutral, y no parecía estar mirando nada en absoluto mientras la movía por la pista de baile.

Quizás era solo tímido, como ella. El señor Darcy había sido tímido, y se había escrito un libro entero sobre los malentendidos que eso causó. Angeline se decidió a no dejar que existiera ningún tipo de malentendido entre ella y Lord Rothbury. No es que ella fuera ni remotamente tan inteligente como Elizabeth Bennett. Todavía no sentía que se hubiera disculpado adecuadamente con él por lo de esa tarde, pero el baile era exactamente lo que ambos necesitaban para solidificar un conocimiento formal. Y una vez que se conocieran, cualquier cosa podría pasar.

El vals terminó demasiado pronto para su gusto, a pesar de que su conversación había sido esporádica en el mejor de los casos, y cuando ella lo indicó, Lord Rothbury la acompañó hasta donde Avery estaba de pie al lado de la sala. Parecía que él y sus amigos habían encontrado su camino al baile por fin, y su hermano ahora la observaba con el cuidado fraternal que debería haber tenido.

Lord Rothbury se despidió cortésmente de ella una vez que estuvo junto a Avery, quizás demorándose un poco demasiado sobre su mano, lo que a Angeline le pareció perfecto.

—¿Quién era ese? —preguntó Avery con toda la protección fraternal que pudo reunir una vez que los dos estuvieron solos.

—Ese era Lord Rafe McAllister, Marqués de Rothbury —anunció Angeline, como si reclamara una victoria.

Avery pareció impresionado por un momento. Ambos siguieron el progreso de Lord Rothbury a través de la sala. Parecía que se dirigía a la mesa donde se habían dispuesto los refrescos, pero antes de que pudiera acercarse, Lady Cambourne lo interceptó. Ella lo redirigió a una de las otras invitadas e hizo las presentaciones. Antes de que Lord Rothbury lo supiera, estaba caminando hacia la pista de baile con otra pareja.

—Pobre diablo —se rio Avery.

Su risa, sin embargo, fue de corta duración. Lady Cambourne había terminado cerca de Lady Yvette, y tan pronto como tocó el brazo de Lady Yvette y le susurró al oído, la trajo a donde estaban Angeline y Avery.

—Lord Carnlough, ¿ya ha conocido a Lady Yvette Mortimer? —preguntó.

—No he tenido el placer —dijo Avery, mirando con descaro a Angeline, como diciéndole que sabía cómo se jugaba el juego de la fiesta en la casa, y ofreciendo su brazo a Lady Yvette—. Pero me gustaría mucho bailar el vals con ella.

Angeline trató de no reírse mientras Lady Yvette y Avery se dirigían a la pista de baile. Parecía que el baile no sería tan tenso como había temido después de todo. De hecho, se estaba

divirtiendo bastante. Especialmente cuando Avery y Lady Yvette tomaron un lugar cerca de Lord Rothbury, a quien Avery miró con una mirada severa y evaluadora.

Como si estuviera pensando lo mismo que Avery, Lady Cambourne se inclinó más cerca de Angeline y dijo: —La vi bailando con Lord Rothbury. Parecía bastante cautivada por él.

—Sentí la necesidad de disculparme por el incidente con las flores de esta mañana —dijo Angeline, con la cara acalorada—. Pero sí, es intrigante.

Lady Cambourne se aclaró la garganta, con la luz de la picardía en sus ojos. —Mi querido esposo me informó anteriormente sobre las circunstancias desafortunadas de las que Lord Rothbury acaba de liberarse.

—¿Circunstancias desafortunadas? —La ceja de Angeline se elevó, y se volvió hacia Lady Cambourne, llena de preguntas—. ¿Qué circunstancias desafortunadas? —Inmediatamente, jadeó y dijo—: ¿No es él el heredero de Carshalton, verdad?

—No, no —se rio Lady Cambourne—. No es nada de eso. El pobre hombre acaba de ser abandonado por una prometida mal intencionada —dijo discretamente—. Fue un asunto bastante desagradable, según tengo entendido. James no me dio todos los detalles, ya que los consideró inapropiados para oídos delicados, pero me dieron a entender que nuestro Lord Rothbury ha sido gravemente agraviado.

—Oh, qué triste. —Angeline se llevó una mano al corazón—. Con razón tiene esa tristeza en él.

—¿Tristeza? —Lady Cambourne parpadeó—. No noté eso. Más bien creo que tiene una especie de ira en él que podría necesitar una buena y dulce doncella para calmar.

Angeline tarareó, preguntándose si Lady Cambourne se refería a ella. —Eso también, quizás. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Es bastante apuesto.

—Y tiene una pequeña fortuna —susurró Lady Cambourne—. Ha administrado bien las propiedades de su familia, pero también invierte en secreto, y es muy bueno en ello.

—¿De verdad? —Angeline estaba impresionada de que Lord Rothbury fuera un hombre inteligente, pero el dinero nunca había sido su primera consideración cuando se trataba de entregar su corazón. A veces era más un obstáculo que una atracción.

—Predigo que usted tiene una buena oportunidad de ganarse el afecto de Lord Rothbury —dijo Lady Cambourne. Luego pareció notar algo al otro lado de la habitación y tocó delicadamente el brazo de Angeline—. Lady Angeline, ¿le importaría terriblemente si la presento a otro compañero de baile? Veo a un caballero que parece estar buscando uno, y preferiría mantener a todos mis invitados lo más contentos posible mientras están con nosotros.

—Por supuesto, mi lady —accedió Angeline.

Fue con Lady Cambourne hacia el nuevo caballero, y no le importó bailar de nuevo. No era como si tuviera que presentarse como una posible pareja para el hombre. No cuando ya había tomado una decisión.

Tenía bastante más que aprender sobre Lord Rothbury. Podría ser o no el hombre adecuado para ella. Pero si había algo que ya había determinado, era que no descansaría hasta hacer sonreír a ese hombre.

Capítulo Tres

Rafe nunca dormía particularmente bien cuando estaba bajo el techo de otra persona. Era algo relacionado con los sonidos y crujidos desconocidos. Siempre lo tomaban desprevenido. No le gustaba la idea de que personas que no conocía pudieran colarse en su habitación mientras dormía, aunque solo fuera una doncella que viniera a encender el fuego. Lo desconocido lo inquietaba.

Lo cual era probablemente, o al menos así se decía a sí mismo, la razón por la que se sentía tan perturbado por la maldita fiesta campestre, a la que nunca debería haber aceptado la invitación. Ya era bastante malo que hubiera escapado al campo para esconderse de un escándalo que no había hecho nada por crear, pero el hecho de que hubiera aterrizado en un lugar donde todos murmuraban sobre cuál de los invitados podría ser el heredero ilegítimo, y ahora muy adinerado, de algún marqués fallecido no era de su agrado. ¿Qué impediría que la gente creyera que él era el misterioso heredero y se entrometiera en sus asuntos aún más de lo que ya lo estaban haciendo?

Pero no, la verdadera razón por la que su cuerpo y alma estaban inquietos era Lady Angeline. Ella era tan desconocida para él, en lo que a mujeres se refiere, como el extraño dormitorio en el que se encontraba ahora. No podía dejar de pensar en ella mientras se revolvía durante la noche, mullendo las almohadas detrás de él, girando de un lado a otro. Culpaba a su malestar por todo menos por la verdad que le miraba a la cara.

Lady Angeline se había agachado para ayudar a recoger las flores y los trozos de jarrón que ella había sido responsable de volcar. Había bailado hermosamente con él, sonreído e intentado conversar, aunque ella había estado nerviosa y él le había dado tan poco que discutir. No lo había molestado con preguntas sobre su linaje en un esfuerzo por averiguar si él era el heredero de Carshalton, a diferencia de sus otras compañeras de baile de la noche. Ella irradiaba una especie de sol irlandés que le hacía doler el cerebro.

Cada mujer que Rafe había conocido —al menos de manera que las marcara como una posible candidata elegible para el matrimonio— había sido astuta, vanidosa y más preocupada por su fortuna y título que por él mismo. Quizás solo había tenido mala suerte con las mujeres que había atraído, pero así habían sido las cosas. Lady Farrah había parecido la menos ofensiva de las brillantes jovencitas que se habían arrojado a sus pies durante la última temporada, pero incluso ella había demostrado ser voluble y egoísta.

Lady Angeline era lo opuesto a todas esas cosas. Era tan hermosa como Lady Farrah, aunque de una manera natural y sin afectaciones. Era menuda y de formas armoniosas, y él podía imaginarse perfectamente cómo encajaría su cuerpo contra el suyo acurrucados en la cama.

Pero no eran pensamientos carnales los que dejaban a Rafe retorciéndose y sobreestimulado

—sin mencionar que estaba considerando seriamente tomarse a sí mismo para aliviar su implacable erección, a pesar de ser un invitado en casa ajena. Era el recuerdo de la luz pura en los ojos de Lady Angeline, la bondad que irradiaba de ella y el sonido meloso de su risa.

Por la mañana, Rafe estaba decidido a curarse de cualquier enfermedad que hubiera envenenado su cerebro y lo hubiera hecho incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Lady Angeline. Mientras bajaba a desayunar, vestido tan impecablemente como le fue posible para que su apariencia externa no reflejara su tormento interior, determinó que pasaría tanto del día como fuera posible con Lady Angeline. La proximidad probaría que estaba equivocado en todas sus evaluaciones positivas de la dama. Inevitablemente, ella haría algo para demostrar que él la había convertido en un ángel en su cabeza cuando, de hecho, era un arpía, como cualquier otra señorita cazafortunas.

Desde el principio, eso no salió según lo planeado.

—Oh, Lord Rothbury, qué apuesto se ve esta mañana —lo saludó Lady Angeline desde su asiento en la mesa en el momento en que entró en el gran y bullicioso comedor, con la luz de la estrella matutina en sus ojos.

Rafe se aclaró la garganta bruscamente y le dio un rígido asentimiento de cabeza.—Es usted muy amable, mi lady —murmuró, rogando que su rostro no se pusiera rojo—. Oh, y usted también se ve muy atractiva esta mañana —añadió, maldiciéndose por el hecho de que sonara como una ocurrencia tardía.

En verdad, Lady Angeline estaba deslumbrante. Rafe no sabía nada sobre la moda femenina excepto cómo hacía lucir a las mujeres. El vestido que llevaba Lady Angeline era ligero y vaporoso, en un tono que le recordaba a la luz del sol, y tenía bordados que parecían tréboles. Por supuesto, tuvo que mirar particularmente fijo a su corpiño para distinguirlos, y solo después se dio cuenta de que parecía como si estuviera mirando fijamente sus pechos.

Requirió todo el esfuerzo de voluntad que Rafe tenía para no resoplar y poner los ojos en blanco antes de caminar hacia el aparador para servirse un plato para el desayuno.

La conversación en la mesa ya estaba en marcha cuando llenó su plato y se movió para encontrar un asiento.

—¿Cómo se supone que vamos a determinar quién es el misterioso heredero de Carshalton si no conversamos con los otros invitados de la fiesta? —preguntó Lady Eleanor, mirando por la ventana hacia un lado.

—¿Nadie nos impide conversar unos con otros, verdad? —respondió Miss Benning.

—No —dijo Lady Eleanor mientras alcanzaba su taza de té—, pero Yvette esperaba que pudiéramos salir un gran grupo a caminar esta mañana con la intención de provocar conversación, y ahora parece que podría llover.

—Esas nubes no se ven particularmente acogedoras —coincidió Lord Theydon, aunque por lo que Rafe sabía del hombre, estaba más interesado en ganarse el favor de Lady Yvette que en pronosticar el clima.

Lady Angeline observó a Rafe mientras finalmente elegía un lugar en la mesa (cerca de ella, pero no tan cerca como para hacer evidentes sus intenciones) y dijo:

—A mí no me parecen tan amenazantes.

Rafe parpadeó y miró más allá de Foxley y el Sr. Howard, que se sentaban entre él y Lady Angeline, para encontrar a la dama en cuestión observándolo. De repente no estaba seguro de si ella no encontraba amenazante el clima o si era a él a quien se refería. Se aclaró la garganta e

intentó concentrarse en su desayuno en lugar de estar pendiente de cualquier palabra que Lady Angeline pudiera decir a continuación.

—Vamos, vamos, señoras —dijo Lady Yvette desde el lado opuesto de la mesa—. Ya hemos decidido que la mejor manera de interrogarnos mutuamente sobre nuestras conexiones familiares y posibles herencias es caminando juntos por colinas y valles de Nedworth Hall —sonrió particularmente a Foxley mientras hacía su declaración.

Rafe intentó no sonreír con suficiencia. Pobre Theydon. Parecía que Lady Yvette tenía puestos sus ojos en el premio más alto de la fiesta, y ella parecía del tipo que no se detendría ante nada para ganarlo.

El Sr. Covington, que estaba sentado a la izquierda de Rafe, se rio entre dientes.

—No hay forma de saber qué clase de travesuras podríamos hacer todos mientras vagamos por los terrenos de Nedworth Hall.

Rafe frunció el ceño. Su reputación podría estar en duda, pero la de Covington era conocida por ser una desgracia.

—Quizás caminar, si se hace en grupos, sea lo mejor para todos —dijo, receloso de lo que Covington podría hacerle a cualquiera de las damas si se quedaba a solas con alguna.

O quizás estaba preocupado por el honor de Lady Angeline, si Covington se encaprichaba con ella. Faltaría a su deber como caballero si permitiera que la dulce mujer cayera en compañía de un hombre malo.

No es que él mismo no estuviera ya entreteniendo pensamientos de ser un hombre malo en lo que concernía a Lady Angeline.

No, se corrigió a sí mismo, esa no era su intención en absoluto. Su objetivo era pasar tiempo con Lady Angeline para que ella le demostrara que era igual que cualquier otra dama ambiciosa en busca de marido.

Esos pensamientos fueron interrumpidos cuando miró al otro lado de la mesa —con un pan untado de mantequilla a medio camino de su boca— para encontrar a Lord Avery O'Shea, el Conde de Carnlough, mirándolo fijamente. Todo lo que Rafe pudo hacer fue seguir comiendo sin atragantarse. Una ola de incongruente culpa lo golpeó, lo que consideró ridículo. No había hecho nada para ofender al hombre. Ni siquiera había hablado con él todavía. ¿Qué podría haber puesto esa expresión terrible en el rostro del joven?

Pero, por supuesto, la respuesta era obvia. Carnlough debía haberlo visto hablando con Lady Angeline en algún momento, o quizás bailando con ella la noche anterior, y no lo aprobaba. Rafe trató de evitar la mirada del hombre pasando el resto del desayuno hablando con Foxley, e incluso con Covington, una vez que el hombre se dirigió a él para preguntarle sobre las inversiones de Rafe en Sudáfrica, pero Carnlough era como un perro con un hueso.

El asunto llegó a su punto culminante cuando terminó el desayuno y las damas se apresuraron a buscar sombreros y chales para el paseo, que Lady Yvette estaba decidida a llevar a cabo, sin importar los cielos grises. Rafe se quedó con algunos de los otros en el jardín del patio en la parte trasera de la casa, justo al lado del salón de baile, esperando. Allí fue donde Carnlough lo encontró, acercándose como un domador que viene a mantener a raya a una bestia viciosa.

—Carnlough —lo saludó Rafe con un educado asentimiento de cabeza.

—Rothbury —El joven hizo una reverencia mientras se detenía a unos metros de distancia, como si no debiera acercarse demasiado a Rafe. Frunció el ceño, luego fue directo al grano—: Señor, ¿cuáles son sus intenciones hacia mi hermana?

Rafe no sabía si sentirse ofendido o divertido por la franqueza del joven. Tampoco tenía una

respuesta honesta para la pregunta. Así que en lugar de responder, dijo:

—Perdóneme, señor, ¿he hecho algo para ofenderle?

Carnlough dejó escapar un suspiro, bajó la cabeza por un momento, y luego se acercó más.

—Vi la forma en que mi hermana lo miraba mientras ustedes dos bailaban anoche —dijo—. Y luego pregunté por ahí sobre usted.

—¿Lo hizo? —Rafe no podía pensar en ninguna otra respuesta.

Carnlough se aclaró la garganta.

—Lamento informarle, señor, que no puedo aprobar ningún vínculo entre usted y mi hermana.

Rafe no era un hombre viejo, según la evaluación de nadie, pero en ese momento sintió como si tuviera el peso de demasiada experiencia sobre sus hombros. A diferencia de Carnlough, que estaba cumpliendo con su deber hacia su hermana con un poco de excesiva ferocidad.

—¿Qué he hecho para merecer esta valoración, mi lord? —preguntó, dirigiéndose al joven tan formalmente como merecía la situación.

Carnlough tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado cuando dijo:

—Ha llegado a mi conocimiento que usted ha terminado recientemente un compromiso con cierta Lady Farrah Beauregard.

Rafe habría suspirado y se habría frotado la frente con frustración, si pensara que serviría de algo.

—Y además he sido informado —continuó Carnlough— de que lo hizo después de arruinar la virtud de la dama en cuestión.

Solo habían pasado meses, pero Rafe tenía la horrible sensación de hundimiento de que si no hacía algo para acallar los rumores, lo seguirían por el resto de su vida.

—Ha sido mal informado, señor —dijo, cambiando a la forma menos formal y más confrontativa con la que Carnlough se había dirigido a él en primer lugar—. La historia que le han contado no solo es incorrecta, sino que los pocos detalles correctos han sido exagerados a propósito para hacerme parecer un villano.

Eso no pareció apaciguar a Carnlough en absoluto.

—¿Está llamando mentirosa a una dama?

La conversación no iba a ir bien de todas formas, así que Rafe se encogió ligeramente de hombros, y luego dijo:

—Estoy diciendo que la dama en cuestión es menos que sincera.

La espalda de Carnlough se enderezó.

—Entonces, señor, esa es una razón más para que no tenga nada que ver con mi hermana. ¿Nos entendemos?

La boca de Rafe se abrió, pero no estaba seguro de lo que quería decir. Entendía a Carnlough, por supuesto, pero también pensaba que el joven era un necio entrometido.

Afortunadamente para él, no tuvo que responder. Un grupo de jóvenes damas salió por una de las puertas francesas del salón de baile, charlando animadamente y luciendo encantadoras con sus sombreros emplumados y chales. Lady Angeline estaba entre ellas, y tan pronto como vio a Rafe hablando con su hermano, su rostro se iluminó tanto que compensó las nubes en el cielo sobre ellos.

—¿No es esto encantador? —preguntó, casi saltando entre ellos—. Tenía tantas esperanzas de que ustedes dos se hicieran amigos. Iba a hacer yo misma las presentaciones, pero parece que ahora no tendré que hacerlo.

—Eh... no —dijo Rafe, no queriendo decepcionarla señalando que él y su hermano eran

cualquier cosa menos amigos.

—Angel, ¿podría hablar contigo? —le preguntó Carnlough en un murmullo bajo.

La ceja de Rafe se elevó ligeramente ante lo que supuso era un apodo. Un ángel era exactamente como él mismo había pensado en Lady Angeline.

—¿Podría esperar hasta después de nuestro paseo? —preguntó Lady Angeline a su hermano a su vez con una mirada suplicante. Desvió sus ojos hacia Rafe por el más breve de los momentos, lo que sorprendió a Rafe. El hermoso ángel no podía posiblemente querer pasar tiempo con él, ¿o sí?

—No, no puede esperar —dijo Carnlough, ofreciendo su brazo a Lady Angeline.

—Vamos, vamos —dijo Lady Yvette, entrando y separando a los hermanos—. El propósito de esta salida no es que las personas que ya lo saben todo sobre el otro se mantengan en compañía, el propósito es descubrir la identidad del misterioso heredero. Lord Rothbury está aquí mismo para escoltar a Lady Angeline, y usted, Lord Carnlough, sería un compañero perfecto para Miss Pennypacker. Es americana, después de todo, y he oído que los americanos son terriblemente aficionados a los irlandeses.

—No soy el heredero de Carshalton —gruñó Rafe.

Fue ignorado mientras Lady Yvette arrastraba a Carnlough para que se uniera al grupo de damas. Carnlough le envió a Rafe una última mirada de advertencia mientras se iba.

—Espero que Avery no te estuviera molestando demasiado —dijo Lady Angeline con una sonrisa de disculpa que hizo que la sangre de Rafe ardiera—. Se siente responsable por mí, ¿sabes? Se siente responsable de muchas cosas, desde que nuestro padre falleció hace seis meses.

Un nudo inesperado se formó en la garganta de Rafe.

—No lo sabía. Lo siento mucho.

Lady Angeline juntó sus manos frente a ella, entrelazando sus dedos enguantados. Bajó la mirada, irradiando tristeza, y dijo:

—Papá estuvo enfermo durante años. Por eso regresé a Irlanda después de solo unas semanas de mi primera temporada en Londres hace años. La enfermedad de papá era del tipo que consume, y me convertí en su enfermera, cuidándolo y haciendo todo lo que podía para que estuviera cómodo mientras declinaba. Eso me ha impedido encontrar marido, ya ves —añadió, mirando hacia abajo, y luego hacia él con una esperanza natural.

El estómago de Rafe se contrajo. Pasar tiempo con Lady Angeline se suponía que le quitaría la venda de los ojos y le haría verla por quién realmente era. El problema era que Lady Angeline parecía ser exactamente el ángel que él había creído inicialmente.

—Vengan, ustedes dos —la voz excesivamente alegre de Lady Yvette los llamó desde el sendero que el resto de las parejas que ella había unido habían comenzado a recorrer—. No querríamos dejarlos atrás.

Rafe ofreció su brazo con una mirada sombría, como si lo hubieran regañado. Lady Angeline soltó una risita ligera —un sonido que fue directo a sus testículos— y tomó su brazo.

—Debes haber lamentado todos los bailes y eventos sociales que te perdiste —dijo Rafe, esperando encontrar una manera de incitar a Lady Angeline a demostrar que realmente era superficial.

En cambio, Lady Angeline tarareó e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Extrañé hacer amigos —dijo cuidadosamente mientras se dirigían al inicio del sendero—. Hasta ahora solo he tenido a mis primos O'Shea como amigos, y tenía muchas esperanzas de formar parte de un círculo en Londres. Eso nunca sucedió, pero me complace informar que me he llevado bien con las otras damas a las que me han presentado en esta fiesta hasta ahora.

¿Una mujer que realmente buscaba hacer amistad con otras de su sexo en lugar de menospreciarlas y socavarlas a cada paso? Rafe apenas podía creerlo.

—Pero aun así —continuó—, debes haber extrañado los vestidos y las joyas, los palcos en el teatro, los viajes a París y todos los demás complementos de la vida social.

—Nunca he estado en París —dijo ella un poco sin aliento, con los ojos brillando como esmeraldas—. He oído que es hermosa y elegante. Anhelo sorber café y comer *pain au chocolat* mientras miro el río Sena en una resplandeciente tarde de abril.

Rafe se quedó sin palabras. Cuando Lady Farrah hablaba de ir a París, había parloteado interminablemente sobre las modistas y tiendas y se había reído de cuánto de su dinero gastaría. No solo Lady Angeline no había dicho lo mismo, sino que con sus palabras, Rafe se encontró imaginando cómo sería llevarla a los museos y contarle lo poco que sabía sobre arte, como si fuera un experto. No solo le compraría café y dulces, contrataría a un chef por el día, alquilaría un bote y flotaría ociosamente a lo largo del Sena con ella recostada en sus brazos mientras la luz del sol primaveral los calentaba y...

¿Y en el nombre de Dios qué estaba pensando? El propósito del paseo era que deseara a Lady Angeline *menos*, no más.

—No me malinterprete, Lord Rothbury —continuó Lady Angeline mientras se alejaban de los jardines más formales en la parte trasera de la finca y caminaban por un sendero que serpenteaba sobre colinas cubiertas de hierba alta y flores silvestres. Un pequeño río fluía en la distancia alrededor de una ligera colina a su izquierda, mientras que un encantador bosquecillo con una pequeña cabaña de guardabosques apenas visible en su borde se alzaba a su derecha—. Disfruté el tiempo que pude pasar con papá, incluso si eso significaba que no podía ir a París o asistir a bailes en Londres.

—¿Lo disfrutaste? —preguntó Rafe—. ¿Incluso cuando estabas cuidando a un inválido?

Lady Angeline parpadeó sorprendida.

—Ese inválido era mi padre, y ese tiempo fue todo lo que me quedaba con él. Papá era un hombre algo distante cuando Avery y yo éramos jóvenes, así que estos últimos años fueron absolutamente preciosos para mí. Pude amar a papá y encontrar amor de él de una manera que ninguno de los dos habría tenido de otra forma. No, no estaba en sociedad, pero creo que fueron los años más felices de mi vida, y aunque estaba enfermo, creo que también fueron los más felices para papá.

Dios lo ayudara, Rafe estaba perdido. Su corazón latía por Lady Angeline. Sus rodillas se sentían débiles ante su belleza y su bondad. Quería llorar con sentimentalismo por la forma en que hablaba de su amor por su padre. ¡Llorar! ¡Él! Su propio padre había sido un gruñón borracho que ni siquiera lo había mirado hasta que se graduó de Oxford, y que había refunfuñado sobre él haciendo su deber —lo que sea que eso significara— hasta el día en que murió de una enfermedad hepática, convirtiendo a Rafe en marqués.

Escuchar a Lady Angeline hacía que Rafe anhelara cosas en las que nunca había pensado dos veces antes. Y no era enteramente un amor casto tampoco, aunque una parte de él decía que debería serlo. Quería tumbarse en la cama con ella, extenderla debajo de él y darle tanto placer que llegara repetidamente al clímax, todo mientras suspiraba su nombre.

—Lord Rothbury, ¿se encuentra bien? —preguntó ella con una mirada preocupada.

Rafe se aclaró la garganta.

—Eh... sí, estoy bien.

—Es solo que se ha puesto todo rojo y con manchas —dijo ella—. ¿No le he molestado con mi historia, verdad? A veces puedo ser un poco melancólica.

—No, no es eso en absoluto —murmuró.

Como si el momento no pudiera ser más parecido a algo sacado de un cuento de hadas, una pequeña mariposa colorida aterrizó en la mejilla de Lady Angeline, como si su rostro fuera una flor. Rafe pensó que su corazón podría explotar en su pecho.

Lady Angeline, por otro lado, soltó un grito y se frotó la cara, sobresaltada por algo tan ligero como el beso de una mariposa. Le dio manotazos a la pobre criatura hasta que vio que solo era una mariposa, y entonces estalló en una risa que era como campanas del cielo.

—Oh, cielos —dijo, poniendo una mano sobre su boca para ahogar sus risitas.

—Permítame —dijo Rafe, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar un pañuelo y poder limpiar el polvo de las alas de la mariposa de su mejilla de porcelana.

Apenas había sacado el pañuelo cuando una ráfaga de viento arrancó el trozo de algodón de sus dedos y lo envió volando colina arriba.

Capítulo Cuatro

Lord Rothbury tenía los ojos más fascinantes. Eran tan oscuros como la tierra después de una buena y fuerte lluvia, y justo igual de tormentosos. A Angeline le costaba mantener la concentración mientras parloteaba sobre cosas intrascendentes durante su paseo, por culpa de esos ojos. Estaban tan llenos de emoción, aunque él seguía sin sonreír.

Su misión de hacer sonreír al orgulloso caballero había comenzado terriblemente mal. Ahí estaba, hablando de su padre, en lugar de compartir historias sobre las tonterías que ella y sus primas habían hecho, o contar anécdotas de lo que había visto en los pocos bailes a los que había podido asistir durante su temporada truncada, y otras cosas que Lord Rothbury conocería. Era completamente inútil para algo tan simple como hablar con un caballero.

Pero eso no era nada comparado con la manera en que había reaccionado exageradamente cuando la mariposa se posó en su mejilla. Solo se había sobresaltado, pero por un momento, solo un momento, había pensado que Lord Rothbury le sonreiría al verla reír. Eso la llenó de esperanza y la hizo sentir que estaba al borde de la victoria cuando el viento arrebató el pañuelo de Lord Rothbury y lo envió volando.

—¡Oh! —exclamó, tanto divertida como exasperada en nombre de Lord Rothbury—. No se preocupe, mi lord, yo lo recuperaré.

No había más remedio que levantar sus faldas y perseguir el pañuelo, aunque eso significara abandonar el sendero y abrirse paso a través de la hierba y el terreno irregular del prado. El viento resultó ser feroz —lo que seguramente debía significar que se acercaba una tormenta— pero a Angeline no le importaba en absoluto. Su conversación con Lord Rothbury la había llenado de energía y entusiasmo. Habría corrido hasta el fin del mundo, sabiendo que casi lo había hecho sonreír. Se preguntaba cómo se sentiría cuando finalmente lograra esa tarea imposible.

—Lady Angeline, no debe... —le gritó Lord Rothbury, pero aparentemente, no sabía cómo terminar su súplica—. Se torcerá el tobillo o rasgará su vestido —volvió a llamar.

Tenía razón. El suelo bajo sus pies era decididamente irregular, y las botas que se había puesto esa mañana eran más adecuadas para caminar por un sendero tranquilo y nivelado que para correr por un campo. Estaba decidida a devolverle el pañuelo a Lord Rothbury, aunque eso significara luchar contra la hierba y el viento, así que se sujetó el sombrero con una mano, agarró sus faldas con la otra, y siguió avanzando.

Atrapó el pañuelo al llegar a la cima de la pequeña colina junto a la que habían estado caminando. Una vez que lo tuvo firmemente en su mano, se detuvo y presionó su mano libre contra su pecho mientras recuperaba el aliento. Vio a Lord Rothbury avanzando hacia ella, aunque la hierba alta se enganchaba en sus pantalones, pero por el momento, estaba más

cautivada por la vista desde donde se encontraba que por cualquier otra cosa.

—¿No es hermoso? —exclamó cuando Lord Rothbury finalmente se acercó, también jadeando.

—Ciertamente lo es —dijo él, con algo cálido y profundo en su voz.

Lady Angeline no estaba segura de a qué se refería, ya que claramente aún no había contemplado todo el paisaje—. Me refería a la vista —dijo, riendo. Marchó de regreso hacia él, tomó su mano y lo arrastró el resto del camino hasta la cima de la colina—. Sé que esto no es exactamente una montaña, pero es como si pudieras ver toda la extensión de Cambridgeshire desde aquí.

Se volvió hacia el paisaje, con una mano todavía sobre su sombrero mientras el viento aumentaba y giraba a su alrededor, y la otra aferrando el pañuelo de Lord Rothbury. Ahora que lo tenía, debía confesarse a sí misma que no quería devolverlo. Mientras Lord Rothbury contemplaba el paisaje, ella se lo guardó en el corpiño y luego se unió a él en su observación.

La escena era perfectamente idílica. El prado se extendía en todas direcciones, verde salpicado de flores silvestres púrpuras, blancas y malvas. El río parecía inquieto mientras serpenteaba por el borde de la escena hacia un lado. Los árboles en sus orillas agitaban sus ramas con el viento, y el aroma de la lluvia inminente llenaba el aire. En la otra dirección, el bosque era menos hermoso, pero igualmente intrigante con todos sus árboles antiguos y retorcidos y la pequeña cabaña escondida entre ellos.

—Es como si pudieras ver todo el tiempo desde este único punto —dijo, con la emoción de todo ello corriendo a través de ella.

—Es cautivador —coincidió Lord Rothbury, aunque cuando Angeline volvió la cabeza para mirarlo, él la estaba observando a ella y no al paisaje.

—¿Cree usted que Lord y Lady Cambourne saben quién es el heredero de Lord Carshalton y que lo han invitado a la reunión, Lord Rothbury? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta, principalmente porque la repentina sensación temblorosa en su interior la dejaba insegura sobre qué debería estar diciendo.

—Llámame Rafe —soltó él. Un momento después, parpadeó y sacudió ligeramente la cabeza, luego tartamudeó y dijo—: Eh... es decir... sí, no me sorprendería en absoluto.

¿Llámame Rafe? A Angeline se le cortó la respiración. Llamar a un caballero por su nombre de pila era una intimidad escandalosa. Era algo que nunca se habría atrevido a hacer, ni siquiera con permiso. Pero había algo en Lord Rothbury —Rafe— que pedía intimidad. Pedía afecto y cercanía, como si nunca hubiera recibido nada parecido antes.

—¿Estás...? —Tragó saliva y volvió a empezar—. ¿Estás seguro?

—¿De que nuestros anfitriones saben quién es el misterioso heredero? —preguntó, con un toque de burla en sus ojos—. Sí. Sí, lo estoy.

—No, tonto, me refería a...

Lo que fuera a decir se volvió irrelevante en el momento en que olvidó el viento y quitó la mano de su cabeza. La brisa era lo suficientemente fuerte como para arrancarle el sombrero de la cabeza, horquillas incluidas, y enviarlo volando por el prado.

Angeline dio un grito, tocándose el cabello. El peinado estaba irremediablemente arruinado, gracias a la fuerza con la que se le había salido el sombrero, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Con una risa, saltó tras el sombrero, persiguiéndolo por la pendiente en dirección al bosque.

Por supuesto, había una gran distancia entre la cima de la pendiente y el bosque, y el viento era lo suficientemente fuerte como para alejar su sombrero de su alcance una y otra vez. Avanzó

penosamente por la hierba, saltando cuando pensaba que podía alcanzarlo, y terminaba riéndose de nuevo cuando otra ráfaga lo llevaba más lejos.

—Yo lo atraparé —gritó Rafe con caballerosidad varonil, adelantándose a ella a través de la hierba y haciendo un intento justo antes de que otra brisa se levantara.

—No te preocupes por aplastar el ala —le gritó mientras él corría entre las flores silvestres. Su fina forma masculina se lucía bien con un poco de correr y estirarse. En un momento dado, levantó los brazos de tal manera que se reveló el asiento de sus pantalones. Angeline contuvo la respiración ante la firme forma de su trasero, y su rostro se tornó rosa.

—¡Lo tengo! —gritó Rafe por fin, arrebatando su sombrero de la hierba donde finalmente había caído.

Justo cuando se volvía hacia ella, con los más leves indicios de una incipiente sonrisa en su rostro al fin, los cielos se abrieron y comenzó a caer la lluvia a cántaros. Eso apagó la sonrisa de Rafe al instante, junto con todo lo demás. Angeline se río. Deberían haber visto la lluvia acercándose, ya que estaban al aire libre, pero las travesuras con el sombrero los habían distraído. Ahora, seguían al aire libre con cubos de agua cayendo.

—Debemos buscar refugio inmediatamente —dijo Rafe con su seria voz de mando, caminando a través del prado cada vez más mojado hacia ella.

—¿Por qué? —preguntó Angeline con una sonrisa burlona—. Solo es un poco de lluvia.

—Precisamente por eso —dijo Rafe, alcanzándola y ofreciéndole su brazo—. Está lloviendo. No querríamos que te... mojaras. —La manera en que su voz titubeó en la última palabra fue tanto curiosa como seductora.

—Ya estoy muy mojada, *Rafe* —dijo, lanzándole una mirada descarada a través de sus pestañas medio bajadas.

Rafe emitió un sonido que Angeline encontró tanto intrigante como tonto. Ambos estaban completamente empapados en cuestión de segundos, pero algo en la forma en que Rafe la miraba le recordaba más al fuego que al agua.

—Aun así, deberíamos buscar refugio —dijo, apresurándola a través del campo hacia el bosque, o más bien, hacia la cabaña.

—Creo que tienes razón —suspiró, caminando lo más rápido que podía, lo que se hacía cada vez más difícil a medida que sus faldas se empapaban.

Pensó que debía parecer un espectáculo. La tela ligera de su vestido de día se le pegaba cada vez más mientras caminaban, revelando todo lo que había debajo. Solo esperaba que Rafe no la juzgara por el hecho de que su corsé era ahora tan visible como si no llevara corpiño, y que la parte superior de sus pechos también quedaba expuesta. Su falda también se aferraba a sus caderas y piernas, y para cuando llegaron a la cabaña, se sentía vergonzosamente expuesta.

—Maldición —siseó Rafe mientras intentaba abrir la puerta de la cabaña y la encontraba cerrada con llave.

—¿Está cerrada? —preguntó ella, lo cual era tonto, porque claramente lo estaba.

Rafe frunció el ceño en lugar de responder, tomó su mano y la llevó alrededor del costado de la cabaña. Angeline se sorprendió al encontrar un pequeño cobertizo adosado a la parte trasera del edificio de piedra, y aún más sorprendida de que no estuviera cerrado con llave. En cuestión de momentos, Rafe la introdujo en el espacio húmedo y polvoriento, luego cerró la puerta, ya que el viento soplaría la lluvia directamente si la hubiera dejado abierta.

Incluso con la tenue luz que entraba por la única ventana del cobertizo, Angeline podía ver que parecía una rata ahogada.

—No te rías de mí —le advirtió a Rafe con una mirada avergonzada mientras se abrazaba

contra los escalofríos, no todos ellos debido al frío—. Debo parecerte extremadamente tonta en este momento.

—Puedo asegurarte, Lady Angeline, que "tonta" no es la palabra que usaría para describirte en tu estado actual —dijo, con voz profunda y agradablemente ronca.

—¿Qué palabra usarías? —preguntó, mirándolo de reojo en el estrecho espacio del cobertizo.

Tardó mucho tiempo en responder. No había mucha luz en el cobertizo, pero había suficiente para que ella viera su nuez de Adán subir y bajar mientras tragaba. Quería verlo tragar otra vez. Podría haber estudiado la línea de su cuello todo el día, o su mandíbula, o la tensión de sus labios. Tenía una boca encantadora, y ella no era tan inocente o inexperta como para no querer besarlo. De hecho, se sintió repentinamente interesada en besarlo por todas partes.

—Fría —dijo por fin.

—¿Cómo dices? —Angeline parpadeó, saliendo de los pensamientos salvajes que la estaban haciendo sentir cualquier cosa menos frío.

—Pareces tener frío —dijo, luego se volvió hacia el estante en la parte trasera del cobertizo —. Hay al menos una docena de lámparas aquí. Debe haber cerillas para encenderlas también.

Angeline calmó su respiración y su acelerado corazón mientras Rafe buscaba las cerillas, luego encendió una de las lámparas. No proporcionaba mucho calor, pero sí iluminaba el cobertizo. Lo iluminaba de tal manera que hacía que su vestido mojado y pegajoso fuera aún más notorio. Rafe la miró de arriba abajo, y su rostro se crispó de una manera que sugería que estaba reconsiderando lo de la lámpara.

—¿De qué hablaban mi hermano y tú? —preguntó, esperando que eso lo distrajera de su incómoda situación y aliviara la pulsante tensión entre ellos. Aunque no estaba del todo segura de querer que se aliviara por completo.

—Eh... —comenzó, con aspecto avergonzado. Angeline decidió que le encantaba la forma en que vacilaba, amaba el ligero titubeo incómodo que templaba el poder que irradiaba. Sonrió, lo que pareció afectarle de alguna manera—. No voy a ser deshonesto contigo —dijo en un tono de voz diferente—. Tu hermano no quiere que nosotros dos nos relacionemos.

Angeline parpadeó, retrocediendo—. ¿Por qué no? Avery ni siquiera te conoce.

—Ha oído rumores sobre mí —confesó Rafe.

—¿Rumores? —Las entrañas de Angeline se retorcieron con ansiedad. No se le había ocurrido ni una vez sentir miedo con Rafe a su lado. No durante todo el calvario que los había llevado juntos al cobertizo. Pero ahora su corazón temblaba ante la mera idea de los rumores.

Rafe dejó escapar un suspiro—. Estuve comprometido recientemente, pero ese compromiso se terminó —dijo, precipitándose en la última mitad de su frase.

—Oh. —Angeline respiró hondo. Debía ser por eso que estaba tan triste. Sin embargo, le decepcionó que su tristeza fuera causada por otra mujer.

Hasta que él dijo—: La dama en cuestión decidió que prefería casarse con su amante secreto que conmigo.

—¿Oh? —dijo Angeline, mucho más comprensivamente.

—Pero la historia que ha circulado en la sociedad me pinta como un villano de la peor clase —terminó.

—Esas historias no son ciertas —afirmó, en lugar de preguntar. No veía cómo algo que no fuera el mayor elogio podría ser cierto en lo que respecta a Rafe. En las últimas veinticuatro horas que lo había conocido, había demostrado ser un caballero y un campeón. Tampoco le parecía un canalla, lo que era algo un poco frívolo de decir, pero Angeline daba gran importancia a las sensaciones que le daban las personas. Estaba convencida de que Rafe era todo lo que un

caballero debería ser.

Y había sido agraviado.

—Pobrecito —dijo con un suspiro sentimental, atreviéndose a apoyar una mano en su pecho.

Él aspiró como si su toque fuera fuego—. No busco tu lástima —espetó, luego dijo—: Lo siento, eso no salió como pretendía.

—No importa. —Angeline se encogió de hombros para mostrar que no se había ofendido en lo más mínimo—. Me parece que has pasado por un momento difícil, así que es natural que tengas tus defensas levantadas. Pero te prometo que no te tengo en menos estima por tus desafortunadas circunstancias. Y si la dama en cuestión estaba enamorada de otro hombre, entonces les has hecho a ambos un gran servicio al liberarlos.

—Está el asunto de que me están culpando por... por muchas cosas que no hice —dijo con una mueca de dolor.

—No lo creo —dijo Angeline—. Creo que eres un caballero perfecto, y nunca...

Sus palabras fueron interrumpidas cuando él se inclinó hacia ella, levantándole la barbilla con su mano libre y cerrando su boca sobre la suya en un beso. Fue un beso perfecto, uno que la tomó por sorpresa y le quitó el aliento de los pulmones. La boca de Rafe era suave y cálida sobre la suya, pero la insistencia y necesidad detrás de la forma en que sus labios se fundían con los de ella y su lengua se deslizaba por la comisura de sus labios, rogándole que lo dejara entrar, era embriagadora. Se abrió a él de inmediato, suspirando de deleite mientras su lengua la invadía.

Tan rápido como había comenzado el beso, terminó cuando Rafe se apartó. Su mano, que aún sostenía la lámpara en alto, temblaba ligeramente—. Lo siento —dijo—. Fue imperdonable por mi parte tomarme tales libertades, y...

Ella no quería oír el resto de su disculpa. Con cuidado de su brazo y la mano que sostenía la lámpara, echó sus brazos alrededor de sus hombros, se levantó de puntillas y le devolvió toda la pasión que él le había dado con su primer beso. Nunca había besado realmente a un hombre antes —no así—, pero se consideraba una aprendiz rápida. Su madre habría estado orgullosa. Rozó su lengua contra los labios de Rafe, y cuando él los separó en un jadeo de sorpresa, imitó su gesto anterior y deslizó su lengua junto a la suya.

Una especie de estremecimiento lo recorrió, y dejó la lámpara. Angeline ni siquiera estaba segura de dónde. Todo lo que sabía era que sus brazos la rodeaban un momento después, atrayéndola contra su cuerpo grande, firme y cálido. Nada se había sentido tan maravilloso en su vida, y ella se desplomó contra él, entregándose por completo. Él inclinó su boca sobre la suya una y otra vez, besándole también la mandíbula y la parte superior del cuello.

—Eres hermosa, mi ángel —suspiró, cada una de sus palabras tan buenas como el roce de sus labios—. Te deseo como nunca he deseado a nadie antes.

—Oh —suspiró Angeline. El sonido era sensual y feliz. Arqueó el cuello para darle más espacio para besar. Sabía perfectamente que estaba siendo desvergonzada, escandalosa y desenfrenada, pero no le importaba. Ni un poco. También sabía perfectamente que lo que se presionaba contra su vientre era él, pero eso solo la emocionaba en lugar de asustarla. Toda la información que su madre le había dado regresó de golpe a su mente, haciéndola dar vueltas.

Y entendió. Entendió completamente cómo una mujer podía dejarse arruinar. Entendió lo irresistible que era sentirse así con un hombre y cómo habría hecho felizmente todo lo que él quisiera que hiciera, ahí mismo, si solo se lo pidiera. Era un conocimiento poderoso y aterrador poseer, no solo en su mente, sino en su cuerpo. Pero a través de ese miedo había una sólida confianza en Rafe y en todo lo que significaba para ella.

—Creo que se metieron aquí —la voz amortiguada de alguien sonó desde fuera del cobertizo.

Fue suficiente advertencia para que Angeline se apartara del apasionado abrazo de Rafe y para que Rafe tomara la lámpara del estante donde la había colocado. Ya estaban mojados y desaliñados, sin mencionar sonrojados por correr, cuando la puerta del cobertizo se abrió de golpe, así que no había nada que hiciera que Lady Yvette y la señorita Pennypacker sospecharan al verlos.

—Aquí están —dijo la señorita Pennypacker con una risa aliviada—. Los vimos a los dos correr hacia las ruinas, pero no sabíamos en cuál de los edificios se habían refugiado.

Las dos mujeres se amontonaron en el estrecho espacio del cobertizo con ellos, cerrando la puerta contra la lluvia, que continuaba cayendo con fuerza.

—Si fuera yo —dijo Lady Yvette—, habría elegido refugiarme en la cabaña. —Miró alrededor y resopló.

—La cabaña está cerrada con llave —dijo Angeline, tragando aire y sin poder mirar a las otras mujeres a los ojos mientras lo hacía.

—Lady Eleanor envió a la señorita Silverstone de regreso a la casa para que mandaran un carruaje a buscarnos —se rio la señorita Pennypacker—. Así que todo lo que tenemos que hacer es esperar.

—Lady Eleanor le pide demasiado a la pobre señorita Silverstone —dijo Lady Yvette—. Yo nunca trataría a una dama de compañía como lo hace esa mujer.

—La señorita Silverstone no parece importarle, sin embargo —dijo la señorita Pennypacker —. Es una mujer mansa y tranquila.

Lady Yvette jadeó y agarró el brazo de Angeline—. ¿No supone usted que la señorita Silverstone sea la heredera de Lord Carshalton, verdad?

—Yo... —comenzó Angeline.

—No, no podría ser —la interrumpió la señorita Pennypacker—. Mi apuesta es que el señor Covington es el heredero.

Lady Yvette emitió un sonido—. Es todo un sinvergüenza —dijo—. Y media Inglaterra ya sabe que es de dudosa ascendencia.

—Debe ser él, entonces —dijo la señorita Pennypacker.

—A menos que sea usted —le dijo Lady Yvette con una mirada astuta—. Después de todo, no ha sido muy comunicativa sobre su herencia. ¿Y no dijo que su madre visitó Inglaterra poco antes de su nacimiento?

—Quizás —dijo la señorita Pennypacker con una sonrisa traviesa.

La cabeza de Angeline daba vueltas mientras miraba de un lado a otro entre las dos mujeres, desconcertada por todo lo que decían. Al menos ninguna de ellas se había detenido a preguntar por qué estaba sola y jadeante en un cobertizo con Rafe.

Mientras las dos mujeres charlaban sobre otros invitados de la casa que podrían ser el heredero de Lord Carshalton, Angeline se arriesgó a mirar a Rafe. El pobre hombre estaba obviamente miserable en muchos sentidos. Tanto que ella no pudo evitar deslizar clandestinamente su mano en la suya, más grande y cálida. En verdad, no podría importarle menos quién era el heredero de Lord Carshalton. El único heredero que preocupaba a Angeline era el de Rafe, y estaba decidida a ser la madre de ese heredero, si tan solo Avery accediera a la unión.

Capítulo Cinco

Era el peor tipo de canalla imaginable. Rafe se mantuvo lo más callado posible en el cobertizo mientras él, Angeline y sus amigas esperaban a que pasara la lluvia. Cuando el prometido carruaje llegó a recogerlos, habló lo menos posible y trató de ser galante al ayudar a las damas a subir al carruaje, luego mantuvo su distancia para no gotear sobre ellas durante el viaje de regreso.

Pero tan pronto como todos estuvieron a salvo en Nedworth Hall, con Angeline charlando alegremente con las otras damas como si Rafe no hubiera estado a solo unos centímetros —unos rebeldes y marginalmente dolorosos centímetros que lo habían distraído durante toda la espera del carruaje— de importunarla, Rafe se retiró.

Quizás el ánimo de Angeline estaba un poco más elevado de lo normal, pero aquella mujer extraordinaria no traicionó de ninguna manera lo que había sucedido entre ellos. Sin embargo, él sabía que sería completamente incapaz de fingir indiferencia si permanecía en cualquier lugar cerca de ella.

Intentó mantenerse alejado de ella durante el resto del día, lo cual fue relativamente fácil, considerando que la mayoría de los invitados se habían empapado con la lluvia y pasaron el resto de la tarde exigiendo al límite a los sirvientes de Nedworth mientras todos pedían toallas y que atendieran sus chimeneas. El resultado fue que la mayoría de las personas quedaron confinadas en sus habitaciones hasta la cena.

Durante la cena, Rafe se ofreció a escoltar a una de las acompañantes de mayor edad en lugar de Angeline, lo que significaba que no estaría sentado cerca de ella. Sin embargo, esto no le impidió perder el hilo de las conversaciones en las que se suponía que debía participar y mirar fijamente hacia el extremo de la mesa donde estaba Angeline durante la mayor parte de la comida.

Desafortunadamente, sus atenciones no habían pasado desapercibidas. Aunque no dijo nada, después de la cena, cuando los caballeros se retiraron a su propia sala, Carnlough miró a Rafe como si supiera exactamente lo que había sucedido en el cobertizo. Fue suficiente para que Rafe decidiera renunciar a socializar con sus compañeros e irse directamente a la cama.

El día siguiente era domingo, lo que, nuevamente, facilitó mantener su distancia de Angeline. Toda la casa fue a Cambridge para asistir a los servicios dominicales, luego se demoraron para dar un paseo por la ciudad.

Rafe observó a Angeline estirando el cuello y buscando aquí y allá algo durante toda la tarde, pero aunque no podía garantizar que lo estuviera buscando a él, de todos modos se mantuvo bien fuera de su vista. Él y algunos de los otros caballeros encontraron un acogedor pub en una calle lateral, donde sabían que las damas no los encontrarían.

Rafe no estaba realmente interesado en la conversación de sus compañeros hasta que el Sr. Howard se dirigió a él con un repentino: —Y no crea que todos no hemos notado que ya tiene su ojo puesto en una de las damas.

Rafe se sacudió de sus melancólicos pensamientos y se enderezó. —¿Disculpe? —Pensaba que los caballeros estaban especulando sobre el heredero de Carshalton, no sobre posibles parejas.

Howard resopló sobre su cerveza mientras iba a tomar un sorbo. —Nunca he visto a un hombre tan embelesado con una mujer tan rápidamente.

—Estoy seguro de que no sé de qué está hablando —gruñó Rafe.

Bygrave le lanzó una mirada compasiva. —Vamos, hombre, es obvio. No ha mirado a ninguna del desfile de damas que Lady Cambourne ha proporcionado excepto a Lady Angeline O'Shea.

—¿No lo he hecho? —dijo Rafe, desconcertado. Intentó recordar el nombre de una sola de las otras damas para poder inventar una historia sobre su interés en ella. Ninguna le vino a la mente.

—No lo ha hecho —dijo Theydon, casi disculpándose.

Rafe se encogió de hombros como si no importara y tomó un trago de su pinta. —Estoy seguro de que sí lo he hecho —dijo de una manera que esperaba que sus compañeros encontraran distraída.

Internamente, hizo una mueca. Era un tonto enamorado y hasta hombres que apenas conocía podían verlo.

Determinó en ese mismo momento que bloquearía a Angeline de su mente. Iría a ocuparse de sus asuntos en la reunión social, evaluando a cada una de las jóvenes damas fríamente según sus méritos para cumplir con su deber y encontrar una marquesa. No dejaría que el sentimiento y el recuerdo del beso más perfecto que jamás hubiera tenido nublaran su juicio.

Se advirtió a sí mismo no permanecer despierto esa noche, después de meterse en la cama temprano para, una vez más, rehuir la compañía. Pero a medida que pasaban las horas, miraba fijamente al techo, con el miembro palpitando, mientras imaginaba a Angeline como se veía bajo la lluvia, con el vestido pegándose a la curva de sus amplios pechos, la forma de sus caderas, la manera en que sus pestañas se agrupaban con la humedad, haciendo brillar el esmeralda de sus ojos. Intentó no pensar en sus labios rosados o cómo se sentirían contra los suyos una vez más, o presionados contra su cuello o sobre su corazón palpitante, o rodeando su miembro.

—Maldición —maldijo, tomándose a sí mismo y acariciándose a un ritmo castigador. Era un canalla y un demonio por pensar en Angeline de esa manera, pero si no se daba al menos algún alivio, permanecería despierto hasta la mañana, con sus pensamientos girando directamente hacia la cuneta.

Ni siquiera duró particularmente mucho en su autocastigo, llegando con fuerza, para luego caer inmediatamente en una vergonzosa preocupación sobre lo que pensarían las criadas cuando vinieran a cambiar las sábanas al día siguiente.

Era todo una especie de tortura dichosa. No importaba lo que intentara, no podía evitar que su corazón saltara en su pecho cada vez que veía a Angeline. No podía obligarse a ser impasible y a no meterse en otra situación donde solo se sentiría decepcionado cuando una dama no cumpliera con sus expectativas.

Y entonces, mientras todos se reunían en la cancha de tenis del césped oeste a última hora de la mañana siguiente, mientras veía a Angeline reír con sus nuevas amigas mientras elegían raquetas y golpeaban algunas pelotas de un lado a otro, se le ocurrió que quizás ella no lo

decepcionaría como otras lo habían hecho.

Estaba a punto de renunciar a su lucha por mantener su dignidad y autoridad e irrumpir en la cancha de tenis para rogarle a Angeline que lo dejara ser su compañero de dobles cuando el mayordomo de Nedworth se acercó a él sosteniendo una bandeja de plata con una carta.

El mayordomo aclaró la garganta y luego dijo: —Mi señor, acaba de llegar una carta para usted, y está marcada como "importante".

Rafe alzó una ceja, especialmente cuando tomó la carta de la bandeja y vio que, efectivamente, tenía la palabra "Importante" garabateada en el frente, junto con la dirección, en una letra femenina y ondulante. Curioso, Rafe abrió la carta.

"Mi querido Rafe", comenzaba, dándole inmediatamente a Rafe una sensación de pesadez en el estómago. "Parece que te debo las más profundas disculpas. Me comporté tonta e impulsivamente al romper nuestro compromiso el mes pasado. Me dejé llevar por sentimientos que no nos servían a ninguno de los dos, por lo que me disculpo.

"He terminado mi compromiso con el Sr. Farrow. Espero que recibas esta noticia con alegría y alivio, y es mi más sincera esperanza que podamos continuar con nuestro compromiso anterior como si nada hubiera pasado. Me gustaría mucho dejar todo esto atrás y seguir adelante como habíamos planeado. Tuya, Farrah".

Rafe miró boquiabierto la carta, asombrado por la audacia de Lady Farrah. ¿Cómo podía la mujer suponer tan despreocupadamente que él querría casarse con ella de nuevo después de la manera en que ella y su familia habían arrastrado su nombre por el lodo? Resopló mientras revisaba la carta de nuevo, tentado a romperla en pedazos y arrojarla a la fuente que burbujeaba en la esquina del jardín.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Foxley. Había estado parado cerca de Rafe todo el tiempo que leyó la carta, y debió haber visto cada una de sus reacciones.

Rafe resopló. —Solo que la indomable Lady Farrah Beauregard me ha informado que ha terminado su compromiso con ese abogado, y que desea continuar conmigo como si nada hubiera pasado.

Cambourne también estaba lo suficientemente cerca como para escuchar la amarga explicación de Rafe, posiblemente porque Rafe había dejado que su volumen creciera fuera de control en su incredulidad. —¡Vaya, no irá a dejar a una dama tan encantadora como Lady O'Shea por esa arpía con la que una vez estuvo comprometido, ¿verdad?

Rafe no sabía si resoplar o reír. Cambourne, también, estaba entre la legión de personas que estaban seguras de que suspiraba por Angeline. —No tengo ningún interés en renovar mi relación con Lady Farrah —dijo—. Pero se equivoca si cree que tengo algún tipo de apego hacia Angeline.

Se dio cuenta de su desliz inmediatamente, y a pesar de querer desesperadamente guardar las apariencias frente a sus compañeros, se sonrojó. Llamar a una mujer por su nombre de pila era casi como colocarle una insignia en el pecho que decía "Mía".

Bygrave aclaró su garganta, tratando de no humillar a Rafe sonriendo demasiado abiertamente. —Sabe, la familia O'Shea es una de las familias más prominentes de la Ascendencia en el norte de Irlanda. Creo que su hermano es un conde, lo que haría a Lady Angeline eminentemente adecuada para el papel de Marquesa de Rothbury.

—Y, vamos, hombre —dijo Cambourne con menos gracia y paciencia, acercándose lo suficiente para darle un codazo en el brazo—. Es hermosa, no puede quitarle los ojos de encima, y el rumor dice que ustedes dos pasaron una gran cantidad de tiempo sin chaperona juntos en el bosque.

La cara de Rafe se sonrojó aún más. —No pasó nada —mintió—. Simplemente estábamos tratando de resguardarnos de la lluvia.

Ni Bygrave ni Cambourne parecían creerle.

—Piénselo de esta manera —dijo Foxley, decidiendo añadir su opinión a las otras que Rafe no quería—. La reunión social apenas ha comenzado. Nadie espera que haga ninguna declaración de inmediato. Esta Lady Farrah Beauregard puede enviar todas las cartas que quiera, pero ella no está aquí, y usted no va a casarse con ella. Entonces, ¿por qué no simplemente tomar unas semanas para pasar tiempo con Lady Angeline y determinar si es la mujer adecuada para usted?

Porque no quería decepcionarse. Porque no quería ser humillado por una mujer de nuevo. Porque no estaba seguro de que su corazón pudiera soportarlo si Angeline resultaba ser tan voluble y falsa como cualquier otra mujer que había conocido.

Excepto que no era cualquier otra mujer, solo era Lady Farrah. Y nada en Angeline sugería otra cosa que perfección para él. No estaba arriesgándose a la humillación si los eventos de la reunión social nunca trascendían los límites de Nedworth Hall. Y su corazón se había recuperado de la desilusión antes. Podría hacerlo una vez más.

—Muy bien —suspiró, metiendo la carta de Lady Farrah en el bolsillo interior de su chaqueta, luego tirando del dobladillo de su chaqueta como si se pusiera una armadura de batalla —. Acompañaré a Lady Angeline, pero solo como amigo. Esto no es una declaración de intención —les dijo a los otros hombres, y luego marchó valientemente hacia la cancha de tenis.

—Oh, Lord Rothbury —Angeline lo notó inmediatamente, como si secretamente hubiera tenido su ojo sobre él todo el tiempo que había estado observándola—. Me alegro tanto de que esté aquí. La señorita Benning y yo esperábamos jugar un partido de dobles mixtos, y estaría muy complacida si accediera a ser mi compañero.

La forma en que lo miró, esos ojos esmeralda brillando, la luz del sol atrapada en su cabello rubio rojizo, las mejillas rosadas con promesa, hizo imposible que Rafe dijera que no. También hizo imposible que caminara cómodamente.

—Estaría encantado, mi lady —dijo con lo que esperaba fuera una reverencia caballeresca.

—Encantador —La sonrisa de Angeline de alguna manera logró brillar más. Agarró la mano de Rafe —algo que él sintió, inexplicablemente, en su entrepierna— y lo arrastró hacia el lado de la cancha, donde había una selección de raquetas de tenis disponibles—. Ahora, elija una de estas, y yo tendré unas palabras con la señorita Benning sobre las reglas del juego —Le lanzó una mirada perfectamente traviesa antes de alejarse corriendo hacia la señorita Benning.

Rafe recogió una de las raquetas y probó su agarre, mirando de reojo a Angeline. La pequeña bribona estaba tramando algo, estaba seguro. Llegó hasta la señorita Benning y le susurró al oído, mientras miraba hacia él, con los ojos brillantes. Un momento después, Lady Yvette se unió a ellas, y los susurros aumentaron.

Rafe solo podía imaginar lo que las mujeres estaban planeando, y no podía explicar cómo hacía que sus entrañas se sintieran tan saltarinas como la pelota de tenis que recogió y golpeó con su raqueta hacia arriba varias veces. Aclaró su garganta y frunció el ceño, diciéndose a sí mismo que era un tonto, absolutamente decidido a no sonreír ni un poco. Sonreír revelaría sus sentimientos al instante, y estaba tan poco preparado para eso, que era risible.

—Muy bien, Lord Rothbury —llamó Angeline desde la cancha, haciéndole señas para que se uniera a ella en el lado más alejado mientras la señorita Benning y Bygrave, ese traidor, tomaban posiciones en el lado cercano—. Estamos listos para comenzar.

—No estoy seguro de estarlo yo —murmuró Rafe para sí mismo mientras se dirigía al otro

lado de la red para unirse a Angeline. La forma en que Bygrave le sonreía desde el otro lado de la red era una señal tan segura de que su conocido se había puesto del lado de las damas en su esfuerzo por juntarlo con Angeline que deseaba sinceramente estrellar una pelota de tenis directamente en la cara del hombre.

Angeline golpeaba la pelota de un lado a otro con la señorita Benning mientras Rafe se acercaba. Se negó a admitir que caminaba lentamente para poder ver a Angeline en acción. Tenía buena forma, lo que le sorprendió, ya que el tenis solo recientemente había sido considerado un deporte adecuado para damas por las autoridades médicas... cuyos motivos Rafe ahora cuestionaba.

—¿Le gustaría sacar, Lord Rothbury? —preguntó Angeline una vez que el peloteo de práctica terminó. Le ofreció la pelota de tenis como Eva ofreciendo a Adán la manzana del pecado.

Rafe tragó con dificultad, luego la tomó, tan tonto como Adán. Angeline sonrió de oreja a oreja, luego retrocedió a su lugar y adoptó una postura competitiva, lista para jugar.

—Cero iguales —dijo Rafe, dándose cuenta después de lo que debía sonar como. Aclaró su garganta, luego sacó.

Sus habilidades en el tenis eran mediocres, pero lo que le faltaba en técnica, esperaba compensarlo con su destreza atlética general. Se mantenía en forma como una cuestión de orgullo, y perseguir una pelota por una cancha para golpearla con una raqueta no debería haber sido tan difícil. Excepto que falló su primer golpe cuando Bygrave devolvió la pelota a su lado.

—¡La tengo! —llamó Angeline, golpeando la pelota de vuelta después de que él la perdiera.

Rafe se ajustó, apretando su agarre en la raqueta mientras la señorita Benning la devolvía por segunda vez. Era otro tiro fácil que debería haber logrado golpear, pero por segunda vez, Angeline corrió para devolver la pelota que él había fallado. Ella continuó hacia la red, y cuando Bygrave se estiró para golpear la pelota de vuelta, ella la aplastó de vuelta sobre la red, ganando el primer punto.

—Buen tiro —jadeó Bygrave, persiguiendo la pelota.

—Un muy buen tiro, de hecho —elogió Rafe a Angeline.

Angeline le envió una sonrisa modesta mientras cambiaba de lado con él. —Mis primos y yo solíamos jugar bastante. Creo que era bastante buena.

"Bastante buena" era una subestimación, como Rafe descubrió en los siguientes minutos. Angeline era maravillosa. No tenía reparos en jugar duro y acalorarse un poco. Era rápida y ligera sobre sus pies, ganándoles más de unos pocos puntos mientras él luchaba por mantenerse al día.

Pero lo que más asombraba a Rafe era su aparente falta de vanidad. Mechones de su cabello salían del estilo en que lo tenía recogido, aparecían manchas húmedas bajo los brazos de su vestido, y sus zapatos terminaron rayados y verdes, pero ella no parecía preocuparse. De hecho, esas imperfecciones la hacían parecer más hermosa a los ojos de Rafe que cualquier debutante resplandeciente.

—¿No está complacido con la progresión del juego? —le preguntó Angeline después de que ganaron el primer set y tomaron un descanso para beber algo de la limonada que los lacayos de Lady Cambourne les trajeron.

Rafe parpadeó ante el comentario. —Estoy muy complacido —dijo—. ¿Por qué pensaría lo contrario?

—No está sonriendo —dijo Angeline—. Ni siquiera cuando anoté ese punto notable al servir contra Lord Bygrave —Le guiñó un ojo pícaramente.

El corazón de Rafe corría un grave peligro de salirse de su pecho. Angeline era dulce, era buena, y ahora que parecía haber superado su timidez inicial, también tenía un lado diabólico. No sabía cómo mantendría la cabeza fría y su corazón a salvo de ella.

—No sabía que sonreír era un requisito previo para la aprobación —dijo, luchando por mantener una expresión lo más severa posible.

—Por supuesto que lo es —se rio Angeline—. Y recuerde mis palabras, le haré sonreír aunque sea lo último que haga.

Rafe no pudo evitarlo. No debería haber aceptado su desafío, pero a pesar de todos los instintos contrarios, a pesar de la forma en que había sido quemado en el pasado, todo lo que quería hacer era poner su corazón a los pies de Angeline. —Dudo que eso suceda —dijo con una expresión sombría—. Solo sonrío en las circunstancias más raras.

—¿Oh? —Angeline pareció energizada por su comentario en lugar de decepcionada—. Entonces tendré que trabajar muy duro para crear circunstancias raras —Terminó su limonada, luego se volvió y se dirigió de vuelta a su lado de la cancha. La mirada que le envió por encima del hombro fue suficiente para hacer que Rafe cayera muerto de anhelo.

No tenía sentido negarlo. Sus amigos tenían razón, estaba completamente embelesado con Angeline. Había sucedido demasiado rápido para su propio bien, y todavía no confiaba en sus sentimientos por ella. Pero Foxley había tenido razón al señalar que aún tenían todo un verano para resolver las cosas. Y a juzgar por cómo iban las cosas, todo lo que querría hacer durante todo el verano sería bañarse en la hermosura que era Angeline.

Capítulo Seis

La carrera había comenzado. Angeline estaba tan decidida a hacer sonreír a Rafe como Lady Yvette a descubrir la identidad del heredero de Lord Carshalton. Pocos de los invitados estaban avanzando en el descubrimiento del heredero, aunque el señor Covington, el señor Crymble, ayuda de cámara de Lord Carnlough, y la señorita Benning, por alguna razón, eran considerados los candidatos más probables en ese momento.

Angeline intentó obligarse a interesarse por el misterioso heredero durante varios juegos y diversiones destinados a desenmascarar a la persona, pero todo lo que realmente le importaba era conseguir que Rafe sonriera. Sin embargo, no había sonreído ni una sola vez durante el partido de tenis. Ni siquiera cuando ella deliberadamente se hizo la tonta girando, posando y añadiendo pasos de baile a su juego. La señorita Benning y Lord Bygrave se habían partido de risa, pero Rafe no había sonreído ni una vez.

Rafe no sonrió cuando ella creó una pequeña escena con sus vegetales en el plato durante la cena de esa noche, y luego se aseguró de que él la viera. No sonrió en absoluto esa semana, ni siquiera cuando dieron otro paseo juntos y ella le contó historias humorísticas de sus primas Shannon, Marie, Colleen y Chloe.

No sonrió la semana siguiente, cuando Lady Cambourne les hizo representar escenas cómicas de Shakespeare y ella interpretó a Olivia frente a la Viola de Lady Eleanor en una escena de *Noche de Reyes*. Ni siquiera sonrió en la iglesia, dos domingos después, cuando ella estornudó en medio del largo y aburrido sermón. Ninguno de sus nuevos amigos pudo mantener la compostura durante el resto del sermón, que terminó con el párroco mirándolos con desaprobación mientras salían de la iglesia.

Pero el verdadero resultado de los esfuerzos de Angeline para hacer sonreír a Rafe durante las siguientes semanas fue que tuvo amplia oportunidad de pasar tiempo con él, conociéndolo y dibujando su carácter. No pasó un día durante cuatro semanas enteras en que no pasaran al menos algo de tiempo juntos. Incluso en días en que los caballeros se alejaban para participar en sus propias actividades separados de las damas, o cuando otros eventos de la fiesta causaban revuelo.

Con cada conversación que tenían sobre los pocos lugares de Londres que ambos habían visitado, o los últimos chismes sobre cuál de sus compañeros invitados se había comportado de manera sospechosa, quiénes se estaban encariñando entre sí, o quién podría ser el misterioso heredero, sobre los acontecimientos del Parlamento, y algunos debates animados sobre la Cuestión Irlandesa, Angeline se enamoraba aún más de Rafe. A veces era sombrío y reservado, pero cuanto más tiempo pasaba con él, sacándolo de su caparazón, más podía ver al hombre bueno, noble y algo triste que era bajo su áspero exterior.

—¿Sabe, Lord Rothbury —dijo un martes por la tarde en la quinta semana de la fiesta, mientras algunas de las damas se sentaban en caballetes en el jardín, dibujando las flores, o en el caso de Angeline, al propio Rafe—, creo que esta puede ser la primera vez que su grave semblante es perfectamente apropiado.

No podía decir si a Rafe le agradaba del todo su comentario burlón. Más bien pensaba que no. O quizás simplemente no le complacía el hecho de que ella le hubiera obligado a quedarse perfectamente quieto en un banco frente al seto de boj con su brazo extendido sobre el respaldo, mirando a lo lejos, para que ella pudiera crear su arte.

—No hay nada apropiado en este escenario, Lady Angeline —gruñó Rafe. Su ceño ya estaba fruncido, pero ella imaginaba que se había hundido aún más.

—¿Objeta sentarse en jardines en tardes soleadas, Lord Rothbury? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado, con el lápiz sobre el boceto de su lienzo, para poder mirarlo intensamente. Absorbió la visión de la poderosa figura de Rafe y la forma en que sus muslos presionaban seductoramente contra la tela de sus pantalones.

—Objeto que me miren fijamente —refunfuñó.

Angeline le sonrió, preguntándose si dejarle ver cuán transportada estaba por la visión de él sería lo que finalmente le haría sonreír. No estaba segura de que lo fuera, pero sus mejillas se volvieron bastante rosadas cuando ella mordió distraídamente la punta de su lápiz mientras estudiaba la línea de su cuello.

—Pensaba que a todos los hombres les gustaba que las damas los miraran —dijo, admitiendo para sí misma que estaba coqueteando con él—. ¿No es por eso que ustedes gastan tanto en sastres que pueden cortar una chaqueta perfectamente y en tónicos para mantener su cabello elegantemente engominado?

—No me interesa mantener mi cabello empapado en aceites todo el tiempo solo para aplacar a los dioses de la moda —dijo Rafe, acariciándose distraídamente el cabello limpio y peinado.

—Quédese quieto, por favor, mi señor —le regañó Angeline con un fingido ceño fruncido.

Rafe le dirigió una mirada impaciente y ceñuda. Angeline la recibió con un parpadeo de una ceja. Sus labios temblaron con el esfuerzo de no reírse... y si no se equivocaba, a Rafe le resultaba difícil contenerse.

Lo amaba. Eso era todo. El hombre era un manojo de enigmas y un enredo de emociones a las que se negaba a ceder. Era serio e importante, pero ella podía imaginar que sería un cordero perfecto, una vez que tuviera el cuidado de la mujer adecuada para calentarlo.

Y no había dos maneras de verlo, esa mujer adecuada era ella.

—Por favor, dígame que está cerca de terminar este retrato, mi señora —dijo Rafe después de cinco minutos más de silencio, en los que Angeline había pasado más tiempo soñando despierta con convertirse en la esposa de Rafe—. Algunas partes de mí se están poniendo bastante rígidas.

—¡Lord Rothbury! —exclamó Angeline, fingiendo que había ofendido su honor.

Los ojos de Rafe se abrieron de par en par, y un rubor subió por su cuello hasta su rostro. —Me refería a mi espalda y mi brazo —aclaró.

—Eso espero —dijo Angeline, dibujando un último detalle y luego usando su arte como excusa para estudiarlo intensamente.

Rafe parecía sentirse cada vez más incómodo. —No pensó que me refería a... algo más, ¿verdad?

Angeline no era tan inocente como para no saber a qué se refería —su madre se había asegurado de que estuviera educada en ese aspecto—, pero igualmente lo provocó simplemente

tarareando de manera no comprometida.

Rafe rompió su pose para mirarla con una ligera expresión de alarma. —No puede pensar que me refería a otra cosa que no fuera mi espalda —dijo, como si estuviera aterrorizado por cualquier otra posibilidad.

—No diría eso —dijo Angeline, fingiendo una mirada como si su inocencia hubiera sido mellada.

—Lo siento terriblemente —se apresuró a decir Rafe, aflojando su postura y enfrentándola más plenamente. Cuando ella le dirigió una sonrisa traviesa, su alarma se convirtió en sospecha —. ¿Cómo podría una joven dama que ha pasado los últimos años cuidando a su padre enfermo en Irlanda suponer que me refería a otra parte del cuerpo que no fuera mi espalda?

Angeline quería seguir jugando, pero Rafe había tocado un tema que no era ni divertido ni alegre. Suspiró, dejando su lápiz y saliendo de detrás de su caballete para sentarse en el banco al lado de Rafe.

—Mi madre creía en la educación justa y honesta de las mujeres —le dijo, juntando las manos en su regazo—. Se aseguró de que yo estuviera suficientemente educada sobre tales cosas para evitar peligros durante mi corta temporada.

Rafe dudó un momento, luego preguntó: —¿Y qué piensa ella de su... educación ahora?

Angeline sabía lo que realmente estaba preguntando. Había evitado mencionar el tema durante la fiesta hasta ahora, ya que cualquier discusión sobre miembros de la familia en la fiesta inevitablemente conducía a preguntas indiscretas y bromas sobre el heredero de Lord Carshalton, pero Rafe no estaba preguntando como una forma de burlarse de ella.

—Mamá murió en un accidente de bote hace cuatro veranos —dijo.

—Lo siento terriblemente. —Rafe se apresuró a consolarla tomando sus pequeñas manos entre las suyas.

—Sí, bueno, hubo rumores de que ella había estado en ese lago con... con un hombre que no era mi padre —continuó Angeline. Bajó la cabeza y terminó diciendo—: Hubo bastantes rumores de que mamá no era... fiel.

Rafe pareció contener la respiración por un momento antes de preguntar: —¿Es... es usted la heredera de Carshalton, entonces?

—¡No! —Angeline lo miró. Luego hizo una mueca y se mordió el labio—. Al menos, lo dudo. Mamá no estuvo en Inglaterra durante años alrededor de la época de mi concepción, y si lo que otros han descubierto sobre Lord Carshalton es cierto, nunca ha estado en Irlanda. Así que no podría ser yo. Pero quizás ahora puede ver por qué he evitado las discusiones sobre este heredero.

—Comprendo completamente —dijo Rafe. Se movió para enfrentarla más plenamente, sus rodillas presionando juntas—. Haré todo lo posible para mantener alejadas de usted cualquier pregunta entrometida de algunos de los invitados más exuberantes.

El corazón de Angeline dio un vuelco de esperanza y afecto. Apretó las manos de Rafe y dijo: —Y yo haré todo lo que pueda para evitar que los susurros del escándalo que otros están tratando de imponerle le hagan daño este verano también.

Para su sorpresa, la expresión de Rafe pasó por un ciclo de emociones contradictorias, de calidez a temor, a culpa y de nuevo a afecto. —Nos protegeremos mutuamente, entonces —dijo, tan solemne como si estuvieran haciendo votos.

Por mucho que a Angeline le gustara la devoción que Rafe parecía decidido a mostrarle, quería alejarse lo más posible del difícil tema de su madre. Había amado entrañablemente a su mamá, pero la mujer no había estado exenta de defectos. Lo cual, quizás, era por lo que Angeline

nunca podía encontrar demasiados defectos en otros que eran acusados de escándalo. Como Rafe.

—Y ahora, mi señor —dijo en un tono superior y burlón mientras se levantaba y volvía a su caballete—. Si fuera tan amable de retomar su pose, deseo completar este dibujo a tiempo para la cena.

—Sí, mi señora —dijo Rafe gravemente.

Angeline se imaginó a él diciéndole algo de esa naturaleza como su esposa, cuando ella le sugiriera cómo debía comportarse en compañía o qué platería deberían elegir para entretener. Rafe obedientemente hizo lo que se le dijo, lo que calentó aún más su corazón. Lo supiera o no, Rafe sería el esposo ideal para ella.

Angeline estaba tan convencida de la perfección de Rafe como compañero de vida que tan pronto como regresó a la casa, mientras todos entraban del jardín para vestirse para la cena, buscó a Avery y lo apartó a uno de los pequeños salones para forzar el asunto.

—Avery, seré franca contigo —dijo, con la barbilla levantada, sintiéndose segura de sí misma y de lo que quería—. Me gustaría casarme con Lord Rothbury, y deseo que lo arregles.

Avery la miró boquiabierto como si hubiera expresado el deseo de viajar a las estepas de Asia para luchar contra Gengis Kan. —No —dijo—. Simplemente, no.

La alegría de Angeline cayó a sus pies. —¿No?

—¿No me expresé claramente? —preguntó Avery—. No.

Angeline apretó los labios y resopló por la nariz. —Avery, eso no es justo de tu parte. Lord Rothbury y yo nos llevamos tan bien. ¿No nos has visto pasar tanto tiempo juntos estas últimas cuatro o cinco semanas?

—Lo he visto, y no has hecho caso de mis instrucciones de parar y pasar tiempo con algunos de los otros invitados masculinos en esta fiesta —dijo Avery.

—No hay otros invitados masculinos con los que desee pasar tiempo —argumentó Angeline —. Solo Lord Rothbury. ¿Qué posible objeción podrías tener a que tu hermana se case con un marqués?

—Objeto que mi hermana se case con un libertino de dudosa reputación que ya ha arruinado a una mujer con la que estaba comprometido —dijo Avery. Su tono fue lo suficientemente duro como para que Angeline se alejara de él. Eso hizo que Avery se estremeciera y continuara con—: No deseo que termines manchada por asociación. Ya tenemos una marca negra sobre nosotros debido a mamá, y a la tía Nora, para el caso. Lamento decirte la verdad tan directamente, pero ahí está. Lord Rothbury puede ser un marqués, pero el hombre no es digno de ti, Angel.

—No metas a mamá en esta discusión —dijo Angeline, frunciendo el ceño—. Ella habría aprobado esta unión y estaría trabajando para que se llevara a cabo, si estuviera aquí.

—Angel —dijo Avery en tono de reproche.

—Y por otra cosa —dijo Angeline con un suspiro—, sé que Rafe tiene un compromiso roto.

—¿Rafe? —Avery reaccionó como si hubiera maldecido.

—Si desapruebas tan rotundamente que me case con él, ¿por qué no has intentado mantenernos separados y evitar que nos asociemos tan estrechamente durante más de un mes? —Avery abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera, Angeline lo atropelló con—: Creo que es porque, en el fondo, apruebas la unión.

—No lo apruebo... —Avery se detuvo, presionando una mano contra su frente, y pareciendo recomponerse por un momento. Cuando miró a Angeline nuevamente, su expresión era tensa—. Lord Rothbury estaba comprometido con Lady Farrah Beauregard.

—Sí, lo sé. —Angeline mantuvo la cabeza inclinada hacia arriba, diciéndose a sí misma que

no estaría celosa de una mujer que ya no formaba parte de la vida de Rafe.

—Angel, él la arruinó. Los encontraron juntos en la cama —dijo Avery. La boca de Angeline se abrió—. Y luego rompió el compromiso y se negó a casarse con ella.

El momento chispeante de duda caliente y fría en Rafe que atravesó la sangre de Angeline fue reemplazado un momento después por incredulidad. —Pero eso no tiene sentido —dijo—. ¿Por qué un hombre arruinaría a una mujer, y luego se negaría a casarse con ella cuando ya estaban comprometidos?

Avery hizo un sonido impaciente. —No lo sé, pero eso es lo que sucedió.

—¿Y quién te contó esta historia? —preguntó, con los ojos entrecerrados.

—Está por todo Cambridgeshire y Londres —dijo Avery—. Escribí a algunos de mis amigos en Londres, y confirmaron el rumor.

—¿Y le preguntaste al propio Lord Rothbury? —exigió Angeline.

—Lo hice —dijo Rafe—, pero no encontré satisfactoria su respuesta.

—Porque te dijo que era una mentira, pero te negaste a creerle —asumió Angeline—. Lo sabía.

—Angel, no sabes nada —dijo Avery. Ese comentario la enfadó bastante, pero luego continuó con—: No te casarás con Lord Rothbury.

—Ya veremos, ¿no? —preguntó, luego se dio la vuelta y salió furiosa de la habitación.

Su arrebato de desafío la llevó de un extremo de la casa al otro, pero cuando llegó al salón de los jacintos, donde sus nuevas amigas estaban descansando, su ánimo decaía nuevamente.

—Oh querida, ¿ha sucedido algo? —preguntó Lady Patience, dejando el libro que había estado leyendo y ajustando sus gafas—. ¿Lord Rothbury ha dicho algo para disgustarte?

—No —dijo Angeline con un triste sollozo—. Mi horrible y dictatorial hermano lo ha hecho.

Angeline se dejó caer en el sofá, y las otras damas inmediatamente se reunieron a su alrededor.

—¿Puedo adivinar que no aprueba a Lord Rothbury y que dijo que no podías casarte con él? —dijo la señorita Pennypacker, haciendo una pequeña mueca.

—Eso es precisamente lo que sucedió —suspiró Angeline—. Avery dijo que no. Simplemente no.

—No creo que eso sea muy justo de su parte —dijo Lady Yvette—. ¿Qué razón dio?

—Aparentemente, hay un rumor en Londres de que Lord Rothbury arruinó a su ex prometida, Lady Farrah Beauregard, y después del hecho, se negó a casarse con ella.

—Pero eso no tiene ningún sentido —dijo Lady Eleanor, luego chasqueó los dedos a la pobre señorita Silverstone y dijo—: Prepárale una taza de té a Lady Angeline.

—Eso es lo que le dije —dijo Angeline, enviando una mirada comprensiva a la señorita Silverstone, luego aceptando con gracia la taza de té que la pobre mujer le ofreció—. Toda la historia debe estar equivocada. He llegado a conocer bastante bien a Lord Rothbury en el último mes, y el hombre no es capaz de algo así.

—¿No es capaz de arruinar a una mujer o no es capaz de negarse a casarse con ella una vez que lo ha hecho? —preguntó Lady Patience, como si estuviera decidida a ser precisa.

—Ambas —dijo Angeline con un estallido de energía.

Lady Yvette pareció pensativa por un momento, luego dijo: —Quizás estarías mejor si él fuera capaz de lo primero, pero no de lo segundo.

Angeline parpadeó hacia ella por encima del borde de su taza de té mientras tomaba un sorbo.

—Creo que tienes razón —dijo la señorita Benning, con los ojos brillantes mientras se unía a

su grupo.

—¿Qué punto? —preguntó la señorita Pennypacker, como si quisiera participar en la diversión.

Lady Yvette se movió para sentarse al lado de Angeline. —¿Cuán desesperadamente deseas casarte con Lord Rothbury?

—Tan desesperadamente como es posible estarlo —respondió Angeline, casi avergonzada por la emoción en su voz.

—¿Y hasta dónde estarías dispuesta a llegar para forzar la mano de tu hermano para que te deje casarte con él? —continuó preguntando Lady Yvette.

—Tan lejos como pueda ir —dijo Angeline. Zarcillos vertiginosos de emoción comenzaron a llenar su interior. Tenía la sensación de que sabía lo que Lady Yvette podría estar sugiriendo. Era algo de lo que su madre podría haber estado orgullosa.

—Oh, ya veo —dijo Melanie, su expresión iluminándose—. Definitivamente lo veo.

—¿Qué ves? —preguntó la señorita Benning, emocionada por la intriga.

—No hay nada que hacer —dijo la señorita Pennypacker con un encogimiento de hombros —. Tendrás que seducir a Lord Rothbury, lograr que te arruine, y luego obligar a tu hermano a aceptar el matrimonio para que tu reputación no sea destruida.

—Vaya —dijo Angeline, a la vez emocionada y aterrorizada ante la perspectiva.

Pero incluso eso era una curiosidad para ella. Había pasado tanto tiempo de su vida asustada por una cosa u otra, pero en las últimas semanas de compañía con Rafe, no había tenido miedo ni una sola vez. Rafe era demasiado grande e imponente para que ella tuviera miedo de algo. La hacía sentir segura, incluso cuando estaba sombrío, y la hacía sentir cuidada, incluso si aún no le había sonreído.

—Creo que podría hacerlo —dijo sin aliento, apenas creyéndose a sí misma.

—Yo también creo que podrías hacerlo —dijo Lady Yvette con una mirada astuta.

—Voy a hacerlo. —Angeline dejó su taza de té y se enderezó.

—Excelente —dijo la señorita Pennypacker.

—¿Cómo? —añadió Angeline, desanimándose ligeramente—. Nunca he seducido a un hombre antes. Nunca he hecho ninguna de esas cosas con un hombre antes.

—No es tan difícil, créeme —dijo la señorita Benning, sorprendiendo un poco a Angeline con la implicación de sus palabras—. Si él sabe lo que está haciendo, te guiará a través de la mayor parte.

—Y Lord Rothbury parece que sabe lo que está haciendo —añadió Lady Yvette con un guiño.

—Pero, ¿cómo hago que suceda? —dijo Angeline—. El acto en sí es una cosa, pero ¿cómo arreglo las cosas para que lleguen a ese punto?

—Tengo una idea —dijo la señorita Pennypacker, reuniéndolas a todas cerca.

Angeline tenía la sensación de que le esperaba una noche de emoción salvaje.

Capítulo Siete

Rafe estaba bastante seguro de que había caído a través del espejo. La fiesta en la casa de Lady Cambourne no debía ser una distracción tan grande para él. Se suponía que debía mantener la cabeza despejada y ocuparse del asunto de elegir un reemplazo para Lady Farrah para el papel de Marquesa de Rothbury. Se suponía que debía disfrutar del descanso y la compañía de sus compañeros caballeros durante algunas semanas y luego, con suerte, regresar a casa temprano, habiendo cumplido su propósito.

En cambio, había terminado pasando la mayor parte de su tiempo siendo llevado de la nariz por Angeline. Ella lo tenía jugando juegos, participando en bailes, posando en el jardín para ser dibujado, e incluso —que Dios lo librara— cantando un dueto con ella durante uno de los conciertos nocturnos de Lady Cambourne. ¿Qué diablos le pasaba? Tendría que concertar una cita con su médico en el momento en que regresara a Londres.

Pero no, ese no era su problema, y lo sabía. Cuando Angeline abandonó temprano el concierto, alegando que le dolía la cabeza por todo el canto y que le gustaría acostarse temprano, Rafe se sintió extrañamente despojado. Había pasado más que suficiente tiempo con ella en las últimas semanas para determinar que era encantadora, genuina y probablemente la marquesa perfecta, así que despedirse de ella y verla salir apresuradamente de la habitación —enviándole una sonrisa traviesa por encima del hombro antes de doblar la esquina, lo cual era extraño— no debería haber dejado un vacío tan grande en su corazón. Pero lo hizo, tanto que se encontró frotándose el pecho.

—¿Sucede algo, viejo amigo? —preguntó Lord Cambourne después de que Angeline hubiera desaparecido por la esquina, acercándose a Rafe como si ya supiera la respuesta a la pregunta.

—Eh... no —dijo Rafe—. Estoy perfectamente bien, mi lord. —Intentó una reverencia exageradamente formal para ver si así conseguía que el hombre se marchara.

No funcionó.

—Es solo que vi cómo miraba a Lady Angeline hace un momento —continuó Cambourne—. Y observé la perfecta armonía entre ustedes dos mientras cantaban antes. —Levantó una ceja significativamente.

—Lady Angeline es, con diferencia, la cantante más consumada —murmuró Rafe, buscando el equilibrio entre un cumplido demasiado grande, que revelaría con certeza sus afectos, y uno demasiado pequeño, que paradójicamente tendría el mismo efecto—. Si soné mínimamente competente, fue solo porque ella me hizo parecerlo.

—Creo que es más que eso —se rió Nedworth.

—Puedo asegurarle que no es así —gruñó Rafe, deseando poder escapar.

—Pero, ¿qué es eso de otra carta que me dicen que recibió esta mañana? —continuó

Cambourne.

Rafe respiró hondo, tratando en vano de reunir lo último de su paciencia. El personal de Nedworth Hall había demostrado ser chismosos consumados. —No es nada —dijo Rafe con la mandíbula apretada.

—Uno pensaría que recibir una cuarta carta de la antigua prometida en tantas semanas difícilmente es nada, señor —dijo Cambourne, con los ojos brillantes como si también disfrutara de un poco de chismorreo.

—No he respondido a ninguna de ellas —dijo Rafe—. Mi asociación con Lady Farrah ha terminado, ya sea que ella lo haya aceptado o no. Ahora, si me disculpa, mi lord, yo... me han dado una pista sobre la identidad del heredero de Carshalton que deseo investigar.

Era una excusa arriesgada para huir, ya que Cambourne podría decidir interrogarlo sobre el asunto. Los ánimos en la fiesta estaban por las nubes, ya que Cambourne y su esposa habían dejado caer algunas pistas más sobre la identidad del misterioso heredero. Era como si la pobre alma no identificada estuviera siendo utilizada para divertir a todos los demás.

Rafe lo encontró profundamente perturbador. Las fiestas en casas estaban destinadas a atraer a las personas y acercarlas, pero comenzaba a sentir que su anfitrión estaba llevando las cosas demasiado lejos. Especialmente en lo que concernía a sus propios asuntos embarazosos.

Ya era bastante alarmante que Lady Farrah continuara escribiéndole. Cada carta incluía súplicas cada vez más desesperadas para que la perdonara, volviera a sus brazos y se casara con ella lo antes posible. Leyendo entre líneas, Rafe tenía que suponer que la desagradable mujer estaba sufriendo las consecuencias de sus acciones lascivas y engañosas, y que necesitaba casarse lo antes posible para evitar arruinar aún más su reputación. Había intentado tener piedad de ella por tomar decisiones tontas, pero era prácticamente imposible sentir verdadera lástima por alguien que lo había arrastrado por el fango junto con ella. Solo podía esperar que el momento del nacimiento de su hijo bastardo fuera tal que la sociedad se diera cuenta de que no podía ser suyo.

La idea de que pudiera verse implicado en un escándalo mayor amargó aún más el humor de Rafe. Intentó unirse a algunas conversaciones sobre política, la situación en Sudáfrica y, por supuesto, el heredero de Carshalton, pero ni siquiera la compañía de sus compañeros caballeros alivió su frustración. Se encontraba constantemente mirando alrededor, buscando a Angeline, como si ella fuera a cambiar de opinión y volver a él. Eh... es decir... que volviera al conservatorio para seguir disfrutando de la compañía de sus amigos.

Finalmente, se dio por vencido. Tan pronto como Bygrave se excusó y fue el primero de los caballeros en subir a acostarse, Rafe también se disculpó. Estaba tan ansioso por dejar atrás todo el día —excepto, quizás, cantar con Angeline, lo que repetiría en su mente tantas veces como fuera necesario para aliviar su tensión y permitirle conciliar el sueño— que subió las escaleras de dos en dos, y luego recorrió el pasillo hasta su dormitorio en una esquina de la casa como si estuviera compitiendo en una carrera.

Debería haber adivinado que algo no estaba bien desde el momento en que puso un pie en su habitación. El fuego estaba encendido a un nivel bajo, y las ventanas estaban abiertas para dejar entrar la suave brisa nocturna. Sin embargo, ninguna de las lámparas que normalmente pedía a la criada que mantuviera encendidas para no tener que andar a tientas por una habitación oscura y desconocida al entrar estaba encendida. Debería haber sentido más curiosidad por eso en lugar de quitarse la chaqueta, tirarla sobre la silla junto al fuego, aflojar su corbata y sentarse para quitarse los zapatos.

Debería haber interpretado el ligero crujido del área de la cama como algo más que un ratón

correteando por el extremo opuesto de la habitación. Había crecido en Yorkshire, por lo que los ratones le resultaban tan insignificantes como los mosquitos. Definitivamente no debería haber sido tan rápido en quitarse el chaleco y la camisa, o en quitarse los pantalones, y arrastrarse hasta su cama solo con los calzoncillos.

Su último pensamiento mientras agarraba la esquina de la ropa de cama para echarla hacia atrás y meterse en la cama fue que la criada que había hecho la cama más temprano ese día había hecho un trabajo deficiente y la había dejado con bultos. Esa evaluación salió volando por la ventana, junto con la mayor parte de su cordura, cuando su movimiento para echar hacia atrás la ropa de cama reveló a Angeline acostada en su cama.

Angeline acostada *desnuda* en su cama.

Su mente se quebró por completo, y la miró boquiabierto, con la mandíbula caída tanto por el shock como por la admiración. La pregunta de qué demonios hacía esa loca mujer en su cama —desnuda— fue superada solo por la sensación de que era, con diferencia, lo más hermoso que había visto en su vida. Su forma menuda era la perfección absoluta. Sus caderas tenían una forma hermosa y sus muslos eran suaves y lo suficientemente redondeados como para que pensara que le gustaría poner sus manos sobre ellos. Sus pechos eran preciosos: redondos y suaves, con grandes pezones que quería tener en su boca. Su piel brillaba con un perfecto tono alabastro a la luz tenue de la chimenea, y por supuesto, no pudo evitar deleitarse con la visión del mechón de vello entre sus piernas, preguntándose qué maravillas podría encontrar allí si se pusiera a buscar.

Todos esos pensamientos fueron seguidos inmediatamente por la constatación de que la estaba mirando como un lobo hambriento. Además, su miembro había cobrado vida y ahora presionaba contra sus calzoncillos. Más aún, solo llevaba los calzoncillos, que eran de algodón muy fino y hacían muy poco para ocultar el estado de su excitación. Y finalmente, que Angeline estaba mirando fijamente su erección con una combinación de miedo y fascinación.

A Rafe le llevó mucho, mucho más tiempo del que debería, echar la ropa de cama sobre Angeline para cubrirla y apartarse de ella mientras preguntaba: —Angeline, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —Se alejó de la cama, buscando frenéticamente su bata. Por alguna razón horrible, no podía encontrarla.

—Estoy aquí para seducirte —dijo Angeline, casi como si declarara un triunfo, y retiró de nuevo la ropa de cama de su forma desnuda.

—¿Seducirme? —soltó Rafe, su cuerpo acalorándose y su miembro endureciéndose aún más —. Pero... ¿cómo? ¿Por qué?

—Hubiera pensado que el cómo sería obvio —dijo Angeline, con un toque de decepción en su voz. Se movió en la cama y se sentó, con las piernas recogidas debajo de ella. Sin embargo, no hizo ningún esfuerzo por cubrirse, incluso cuando cruzó los brazos. El gesto solo resaltó sus hermosos y perfectos pechos—. Aunque debo confesar que todo este asunto de la seducción es más complicado de lo que imaginaba.

—¿Más comp...? —Rafe ni siquiera se molestó en terminar su incrédula pregunta. ¿Y dónde estaba su maldita bata? De todos los momentos para que desapareciera. Abandonó su búsqueda, calculando que la situación ya estaba tan fuera de control que dirigirse a Angeline mientras solo una fina capa de algodón separaba su erección de su vista no iba a empeorar las cosas más de lo que ya estaban. Caminó hacia el lado de la cama, manteniendo la distancia, aunque, cada vez más, su cuerpo y su corazón le decían que si la dama quería ser seducida...

Sacudió la cabeza. —¿Te das cuenta de que si nos descubren así, tu reputación quedará completa y absolutamente arruinada, y, con toda probabilidad, serás rechazada por toda la buena sociedad por el resto de tu vida?

—Sí, lo entiendo. —Sus ojos esmeralda brillaron mientras se impulsaba sobre sus rodillas y se deslizaba hacia el lado de la cama más cercano a él—. Por eso no pueden atraparnos. Mi objetivo aquí es ser completamente depravada y arruinada sin remedio por ti esta noche para que Avery abandone su obstinada negativa a consentir nuestro matrimonio.

Rafe solo pudo quedarse allí y mirarla boquiabierto. Había tantas capas de error en todo lo que acababa de decir que apenas podía comprenderlo. ¿Había venido deliberadamente a su cama con la intención de que él la arruinara? ¿Como una estratagema para convencer a su hermano de que los dejara casarse?

Cerró la boca y parpadeó, recorriendo su cuerpo invitador con una mirada antes de poder detenerse. Ella tenía razón sobre la eficacia de esa estratagema. Ni siquiera Lord Avery O'Shea, el Conde de Carnlough, le negaría a un marqués si este arruinaba a su hermana. También tenía razón en la necesidad de no ser descubiertos. Si nadie más que Avery supiera jamás que la había arruinado, Angeline podría mantener su reputación y aun así asegurarse el derecho a casarse. Y quizás lo más importante de todo —algo que Rafe se dio cuenta con una claridad sorprendente, después de semanas de enturbiar las aguas con angustias innecesarias y preocupaciones infundadas sobre el verdadero carácter de Angeline— es que sí quería casarse con ella. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpido para pensar que no? Había sabido desde el primer momento, cuando ella se arrodilló a sus pies para recoger el desastre que había causado en lugar de llamar a un sirviente para que lo hiciera, que ella era la indicada para él.

Aun así, cruzó los brazos y la miró con reproche. —Sabes, podría haber habido otra manera de convencer a tu hermano de que aceptara una unión entre nosotros —dijo—. Él también me ha expresado sus reservas, pero podría haberlo convencido de abandonarlas y hacerle ver los beneficios del acuerdo.

—Oh —dijo Angeline, sentándose sobre sus talones—. No había pensado en eso.

La imagen que presentaba Angeline, arrodillada en su cama, con los ojos bajos, mordiéndose el labio mientras reconsideraba la imprudencia de sus acciones —desnuda— era casi más de lo que Rafe podía soportar. Quería hacerle cosas —cosas perversas—. Quería besar cada centímetro de ella, aprender cada curva de su cuerpo. Quería saborear cada parte de ella y darle tanto placer que goteara para él. Quería oírla gritar su nombre mientras se introducía dentro de ella, envuelto por su calidez.

—¡Oh! —dijo ella con un tono completamente diferente una vez que lo miró de nuevo. Sus mejillas se sonrojaron y sus pestañas revolotearon mientras contenía el aliento. Solo entonces se dio cuenta Rafe de que había dejado que cada uno de sus pensamientos se mostrara en la forma en que la devoraba con los ojos—. Bueno —comenzó cautelosamente, entrelazando sus dedos y mirándolo con coquetería—, no supongo —su mirada bajó a sus abultados calzoncillos—, ¿que podrías querer seducirme de todos modos? ¿Incluso si planeas discutir el asunto racional y razonablemente con mi hermano mañana? Ya sabes, por... ¿diversión?

Rafe estaba absolutamente seguro de varias cosas, todo en el espacio de una fracción de segundo después de su pregunta. Estaba seguro de que los dos tendrían una vida larga y satisfactoria juntos, para empezar. Y estaba seguro de que terminarían con aproximadamente una docena de hijos, porque no tenía intención de negarse nunca a esa mirada traviesa suya cada vez que se la dirigiera.

Tiró del cordón de sus calzoncillos, dejando que se aflojaran y su miembro se elevara. Los ojos de Angeline fueron directamente hacia él, y ella jadeó maravillada. Ningún hombre podría haber recibido jamás un cumplido tan extraordinariamente perfecto. Dejó que sus calzoncillos cayeran y luego salió de ellos.

—¿Estás absolutamente segura? —preguntó, apoyando las manos en sus caderas y dejando que ella lo mirara todo lo que quisiera.

Angeline tragó saliva, luego lo miró. —Si he de entender el proceso correctamente —comenzó con voz ronca—, ¿eso va dentro de mí? —Asintió hacia su erección.

—Así es —dijo Rafe, esforzándose por no sonreír. Todavía no estaba listo para darle esa victoria.

Ella frunció ligeramente el ceño, luego preguntó: —¿Cómo? Es tan grande.

El corazón de Rafe se oprimió en su pecho. Angeline no tenía la menor idea de lo profundamente que acababa de halagarlo. —¿Te gustaría descubrirlo? —dijo con un gruñido.

Angeline tragó saliva de nuevo, luego asintió.

Rafe se subió a la cama con ella, acechándola deliberadamente como un tigre. Era, sin duda, tonto y exagerado, pero su corazón se sentía tan lleno y ligero en ese momento que se habría entregado a todas las actuaciones que el mundo pudiera ofrecer si eso significaba que podía cumplir con las expectativas de Angeline. Ella jadeó y se dejó caer de espaldas mientras él se posicionaba sobre ella, mirándola profundamente a los ojos con una mirada que esperaba comunicara que estaba a punto de ser arrebatada en todos los sentidos. Separó sus piernas con un poco más de fuerza de la que debería, pero su jadeo de respuesta y su estremecimiento fueron más que suficientes para decirle que estaba disfrutando de su seducción.

Cuando se inclinó para cubrir su boca con la suya, besándola como si no hubiera un mañana, supo que cada riesgo que estaban tomando, cada perversidad de la que eran culpables, valdría absolutamente la pena. Angeline lo dejó entrar inmediatamente, zumbando profundamente en su garganta y extendiendo los brazos para abrazarlo. Mientras él deslizaba su lengua contra la de ella, poniendo todo lo que tenía en su beso, ella clavaba las yemas de sus dedos en su espalda. Más que eso, tiró de su cuerpo hacia abajo para cubrir el suyo, como si supiera exactamente lo que quería.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó, levantando la cabeza y arqueando una ceja.

—Ciertamente no —respondió ella sin aliento, mirando fijamente sus labios hinchados por el beso.

—Estás mucho más segura de ti misma y mucho menos reticente de lo que habría esperado de una virgen —confesó, sintiendo la necesidad de ser honesto con ella.

—Mamá fue bastante detallada en su explicación de lo que podía esperar como mujer casada —jadeó, todavía mirando su boca y retorciéndose debajo de él—. Y he querido hacer esto durante mucho tiempo.

Rafe no sabía si reír o horrorizarse. Optó por lo primero cuando Angeline se lanzó hacia él, capturando su boca en un beso exigente. Fuera lo que fuese lo que su dudosa madre había dicho, se alegraba por ello. Prefería tenerla ansiosa y expectante que aterrorizada. Se alegraba extraordinariamente de que su pequeño ángel hubiera terminado en su cama antes de que su curiosidad la llevara a hacer algo con alguien más de lo que se habría arrepentido.

—Me esforzaré por estar a la altura de las expectativas establecidas por tu mamá —gruñó Rafe, agarrando su muslo y levantando su pierna sobre su cadera. La besó en la boca de nuevo hasta que toda la energía abandonó su cuerpo y ella se relajó como un charco debajo de él, luego comenzó un viaje de besos desde su cuello hasta su hombro.

—Oh, esto es encantador —suspiró ella, moviéndose y ajustándose con él mientras él se acomodaba para poder rozar, luego lamer y chupar sus pechos—. Muy... ¡oh!... encantador, de verdad —ronroneó.

Rafe hizo todo lo posible para no convertirse en un monstruo voraz. Sus pechos eran todo lo

que él esperaba que fueran, suaves y receptivos mientras él jugaba con sus pezones —uno, luego el otro— hasta endurecerlos. Sabía a cielo, y ella se estremeció cuando él sopló sobre la humedad que había lamido a través de una areola. A todo lo que él le daba, ella respondía de manera tan abierta y salvaje. Besó su camino a través de su vientre, jugando con su ombligo mientras lo hacía, luego continuó más hacia el centro de ella.

Rafe estaba tan absorto en las respuestas de Angeline que casi olvidó lo desesperadamente que palpitaba por ella. Sin embargo, lo recordó con un arrebato de urgencia con el primer sabor de su humedad. La forma en que Angeline jadeó y gritó mientras él mantenía sus piernas bien abiertas y la provocaba con su lengua lo hizo sudar y estar salvajemente listo para aparearse con ella. La necesidad de estar dentro de ella consumía casi todos sus pensamientos, pero quería hacerla llegar primero. Quería sentir que explotaba de felicidad y saber que él lo había hecho posible.

No tuvo que esperar mucho, y una parte de él habría querido lamerla y succionarla más tiempo. Su respiración se entrecortó, se volvió rápida y ansiosa, y luego se transformó en un grito de placer que fue directo a su alma mientras su cuerpo convulsionaba y palpitaba contra su boca. No quería esperar a que bajara de su cima de placer, particularmente porque no sabía cuánta resistencia pondría su cuerpo virginal a su invasión, así que se colocó encima de ella y empujó dentro mientras ella todavía gemía en las últimas sacudidas de su orgasmo.

Su cuerpo resistió ligeramente, y ella jadeó sorprendida, pero Rafe se deslizó completamente dentro de ella, arrullando palabras tranquilizadoras mientras se mantenía tan quieto como podía y dejaba que ella se acostumbrara a él. Por mucho que lamentara haberle hecho daño —aunque ella pareció recuperarse rápidamente y moverse contra él como si probara la nueva sensación de tenerlo dentro— Rafe se sentía satisfecho por el hecho de ser su primero. Sería también el último y único, si de él dependiera.

—Sí que cabes —susurró ella al fin, flexionando sus caderas contra él.

Él quería decir algo inteligente o amoroso, pero su cuerpo había pasado el punto de permitírselo. En su lugar, se movió lentamente dentro de ella, con cuidado de no abrumarla. Al menos, al principio. No pudo luchar contra sus instintos por mucho tiempo, y cuando los sonidos de Angeline le indicaron que estaba disfrutando de esta nueva fase de su apareamiento, aumentó el ritmo.

En algún lugar en el fondo de su mente pensó que podría ser prudente retirarse antes de que fuera demasiado tarde. El resto de él lo rechazó, sin embargo. Angeline era suya, su ángel, y no quería perder tiempo en cumplir con eso en todos los sentidos. Se dejó llevar, embistiendo hasta que el placer se condensó en la base de su columna y salió de él como un glorioso cañón, llenando a Angeline con su semilla. Gritó con ello, embistiendo unas cuantas veces más mientras cada gota de él se fundía con cada parte de ella. Ahora ella no era solo suya, ahora él era de ella, para siempre. Nada ni nadie podría quitarles eso ahora.

Capítulo Ocho

Angeline despertó con el sonido de los pájaros cantando en la luz del amanecer, una suave brisa que soplaba a través de las ventanas, agitando las cortinas, y el constante subir y bajar del pecho desnudo de Rafe mientras ella se acurrucaba a su lado. Tan pronto como la plena consciencia le trajo el recuerdo de lo que habían hecho la noche anterior, sonrió de oreja a oreja y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

Había sido completamente traviesa, justo como su madre. Había seguido los escandalosos consejos de sus nuevas amigas y había sido la pícara que nunca se había atrevido a ser. Y había sido maravilloso.

Cerró los ojos y estiró un brazo sobre Rafe, retorciéndose con satisfacción mientras inventariaba todos los puntos doloridos de su cuerpo. Todo el asunto no había sido una sorpresa tan grande como podría haber sido, gracias a su madre. Al mismo tiempo, había sido una revelación. Las palabras francas y las descripciones dadas por una madre sabia y amorosa no podían transmitir lo celestial que se sentía tener las manos de un hombre sobre el propio cuerpo. No podían describir las sensaciones pulsantes y arremolinadas de placer que podían provocar sus besos en los pechos, el lamer y succionar los pezones, y hacer toda clase de cosas estremecedoras entre las piernas. El orgasmo que había retumbado a través de ella fue fenomenal, y todo eso ocurrió incluso antes de que los dos se unieran como uno solo.

Sí, si eso era lo que hacía falta para asegurar el consentimiento de Avery para su matrimonio, entonces estaba más que contenta de haber tenido la osadía de hacerlo. Insistiría en que tuvieran un compromiso corto para que ella y Rafe pudieran explorar todas las formas de placer que el lecho matrimonial traía consigo.

Esos pensamientos adormecieron a Angeline en un estado de pura dicha que casi la hizo sumergirse nuevamente en dulces sueños, o bien montarse a horcajadas sobre Rafe y mirarlo fijamente hasta que él despertara y repitiera cada una de sus traviesas acciones de la noche anterior. Pero un golpe sordo desde el pasillo la dejó sin aliento y le recordó que la otra mitad de su plan, la mitad que evitaría que fuera verdaderamente arruinada y rechazada por la sociedad, era no ser descubierta en la cama con Rafe.

Con pesar en su corazón, se inclinó y besó ligeramente la mejilla de Rafe, luego se deslizó fuera de la cama tan suavemente como pudo, reacia a molestarlo. Caminó de puntillas por la habitación hasta donde había dejado el camisón y la bata con los que había atravesado los pasillos la noche anterior. Esa había sido una experiencia que no quería repetir pronto. Arrastrarse por los pasillos vestida para dormir en las primeras horas de la mañana, cuando solo los sirvientes estaban despiertos, era una cosa. Intentar escabullirse a la habitación de Rafe la noche anterior, cuando la mayoría de los invitados todavía estaban despiertos y podían

encontrarla en cualquier momento, le había quitado años de vida. Al menos había sido lo suficientemente sensata como para cambiarse a un camisón y una bata, de modo que pudiera haber afirmado estar buscando polvos para el dolor de cabeza si alguien la hubiera detenido para preguntarle qué estaba haciendo.

Mientras se alisaba el camisón y alcanzaba su bata, su mirada cayó sobre una pequeña pila de cartas que estaban sobre la mesa lateral junto al fuego. Angeline no le habría dado importancia, pero las cartas parecían estar dirigidas con ese tipo de letra ondulada y delgada que solo podía ser de una mujer. Frunciendo el ceño, terminó de ponerse la bata, ató el cinturón, y luego se acercó para ver qué eran las cartas. La que estaba encima parecía ser la más reciente, y cuando la abrió —a Rafe no le importaría, después de la noche que acababan de pasar, pronto estarían casados de todos modos— fue directamente a la firma. Lady Farrah Beauregard.

Angeline jadeó, llevándose una mano a la boca mientras examinaba el contenido de la carta. Lady Farrah quería recuperar a Rafe. Bastante desesperadamente, al parecer. No lo decía abiertamente en la carta, pero hasta donde Angeline sabía, solo había una razón por la que una mujer suplicaría a un hombre que se casara con ella, y que el matrimonio ocurriera lo antes posible.

Se sentó en la silla junto al fuego, tomando las otras cartas y abriéndolas una por una, leyendo la historia desde el principio. Todo se le aclaró en las primeras dos cartas, particularmente cuando lo combinó con las crípticas cosas que Avery le había dicho al negarse a permitir que Rafe se casara con ella. Parecía que Rafe había roto su compromiso con Lady Farrah después de que la reputación de ella se arruinara. Arruinada de la misma manera en que su propia reputación potencialmente acababa de ser arruinada.

Angeline se mordió el labio con consternación, mirando fijamente la pila de cartas abiertas en su regazo. ¿Había sido una completa tonta y se había metido en la cama de un libertino que rutinariamente deshonraba a jóvenes doncellas inocentes? ¿Se negaría Rafe a casarse con ella ahora, como se había negado a casarse con Lady Farrah? ¿Había hecho todo para nada?

Miró las cartas de nuevo, sacudiendo la cabeza e intentando obligarse a pensar con claridad en lugar de imaginarse en el papel de alguna heroína trágica de un cuento de hadas. En la primera carta, Lady Farrah había dicho que había terminado su compromiso con otro hombre. No con Rafe. Decía que quería recuperar a Rafe porque esa relación había terminado. Eso no significaba que Rafe fuera quien la había arruinado. De hecho, a través de sus propias admisiones en las cartas, Angeline podía ver claramente cómo Lady Farrah había manipulado las cosas para arrojar dudas sobre la reputación de Rafe con el fin de preservar la suya propia, aunque no se lo mereciera.

—Supongo que tienes preguntas —la severa voz de Rafe sobresaltó a Angeline, sacándola de sus pensamientos.

Ella jadeó, sobresaltándose lo suficiente como para que las cartas se desparramaran por el suelo. Se deslizó de la silla para recogerlas, lo que, una vez más, resultó en que se arrodillara frente a él. Solo que, a diferencia del momento en que se habían encontrado en el pasillo de abajo, Rafe ahora estaba completamente desnudo. Arrodillarse significaba que estaba exactamente a nivel de los ojos con una parte muy interesante de él.

Se dio cuenta de que había estado mirando demasiado tiempo las partes viriles de Rafe frente a ella, recordó que tenía motivos para estar preocupada por sus intenciones hacia ella, y en lugar de entretenerse con el escandaloso pensamiento sobre lo que podría hacer en su posición actual, se puso de pie y enfrentó a Rafe con el ceño fruncido.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó, sosteniendo las cartas hacia él.

—Como estoy seguro que has deducido —dijo Rafe, tomando las cartas de su mano con una mirada de reproche que de alguna manera envió fuego directamente por su sangre—, son correspondencia de mi ex prometida. La que fue falsa conmigo, lo que me hizo romper el compromiso. A la que no he respondido de ninguna manera desde que recibí estas cartas.

—Oh —dijo Angeline, bajando los hombros. Quería confiar en Rafe, y en su mayor parte lo hacía, pero esa parte de heroína trágica de cuento de hadas todavía zumbaba en ella—. Entonces... ¿todavía tienes la intención de casarte conmigo? Ahora que hemos... —Asintió hacia la cama.

—Por supuesto que sí, querida —dijo él, acercándose a ella y atrayéndola a sus brazos—. Por favor, no lo dudes ni por un momento.

La besó tiernamente, mordisqueando su labio inferior mientras lo hacía. Fue maravilloso y reconfortante, y Angeline terminó pasando los brazos sobre los hombros de él y suspirando de satisfacción.

—Está bien, entonces —dijo, bajando de las puntas de los pies, a las que había tenido que subirse para ser lo suficientemente alta para su beso—. Pero podrías sonreír cuando lo dices.

—¿Y arruinar tu concurso para ver si puedes provocarme una sonrisa? —dijo él con cara seria, aunque sus ojos bailaban—. Nunca.

Angeline rió, y él la besó de nuevo antes de decir:

—Ahora ve. Si te apresuras, puedes regresar a tu habitación sin que nadie te vea. Te encontraré abajo para el desayuno, durante el cual fingiremos que no ha pasado nada en absoluto. Excepto cuando vaya a hablar con tu hermano más tarde.

Angeline emitió un sonido de deleite. Estaba a punto de conseguir absolutamente todo lo que su corazón deseaba. Se sentía como si estuviera bailando en el aire mientras salía a hurtadillas de la habitación de Rafe, se escabullía por los pasillos hasta el corredor donde las damas tenían sus habitaciones de invitados, y se deslizaba de vuelta a su habitación, todo sin ser vista. No podía esperar para reunir a sus amigas y contarles todo sobre cuán triunfante había sido su plan.

Toda su alegría y regocijo llegaron a un fin rápido y estrepitoso en el momento en que llegó abajo. Una joven desconocida con cabello rubio y los ojos más azules que Angeline había visto jamás estaba en el pasillo, pareciendo una ilustración de moda. Era alta y esbelta, elegante y grácil, y a su primera visión de Angeline, levantó la nariz con un gesto despectivo.

—Oh —Angeline sonrió, con la intención de saludar a la mujer con la mayor calidez posible —. ¿Eres nueva en la reunión de la casa? Soy Lady Angeline O'Shea —se dirigió hacia la mujer con la mano extendida.

—Eres irlandesa —dijo la mujer, como si señalara que Angeline era pestilente.

—Lo soy —dijo Angeline, luchando por mantener la compostura—. ¿Y tú eres?

—Lady Farrah Beauregard.

El corazón de Angeline cayó a su estómago.

Cayó aún más cuando Lady Farrah continuó diciendo:

—Estoy aquí para buscar a mi prometido, el Marqués de Rothbury.

La mandíbula de Angeline cayó a continuación, pero no sabía qué decir. Lady Farrah era exactamente el tipo de mujer que imaginaría que un hombre de la elevada posición de Rafe querría casarse. Tuvo que esforzarse por recordarse a sí misma que, de hecho, él no quería casarse con la mujer en absoluto.

Se salvó de la vergüenza cuando Lady Cambourne recorrió el pasillo con una sonrisa de bienvenida y dijo:

—Lady Farrah, estoy tan contenta de que pueda unirse a nosotros.

—No me estoy uniendo a ustedes, estoy buscando a mi prometido —dijo Lady Farrah, levantando la nariz—. No soy aficionada a los artificios destinados a juntar a la gente como un mazo de cartas.

La garganta de Angeline se tensó con ofensa en nombre de Lady Cambourne. No era de extrañar que Rafe hubiera dejado a Lady Farrah.

—¿Quizás le gustaría unirse a nosotros para el desayuno? —continuó Lady Cambourne, todavía tratando de desempeñar el papel de la anfitriona perfecta, aunque Angeline ahora podía ver piedra y pedernal en sus ojos en lugar de bienvenida.

—No, gracias —dijo Lady Farrah—. Me siento indispuesta después de mi viaje —hizo una pausa, miró a su alrededor, luego asintió hacia uno de los salones—. Tomaré el té allí mientras espero al marqués.

—Lady Farrah —resultó que Lady Farrah no tuvo que esperar mucho. Rafe llegó al pie de las escaleras y la miró fijamente. A Angeline no le gustó la forma en que contempló a Lady Farrah y toda su elegancia. No le gustó la forma en que su rostro se puso rosado, o la forma en que se quedó completamente inmóvil mientras Lady Farrah marchaba hacia él.

—Aquí estás, Rothbury —dijo Lady Farrah, recorriendo el pasillo hacia él con una mirada que Angeline pensó que era decididamente aliviada—. Qué afortunado que no tenga que registrar esta finca rural de tercera categoría buscándote.

Lady Cambourne frunció el ceño ofendida.

—Siempre has tenido un sentido perfecto de la oportunidad —continuó Lady Farrah, llegando al lado de Rafe—. Excepto en ciertas circunstancias.

Rafe simplemente la miró boquiabierto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó después de un largo silencio.

—He venido a llevarte a casa —dijo Lady Farrah—. Mi padre ya ha hecho todos los arreglos para nuestra boda. Ha conseguido una licencia especial y todo. Nos casaremos mañana en la iglesia de San Mateo.

Rafe continuó mirándola y parpadeando por un momento. Luego hizo lo más imperdonable que Angeline podría imaginar que pudiera hacer. Le sonrió a Lady Farrah.

—Lady Farrah —comenzó. Y sí, era un tono un poco condescendiente. Y no, su sonrisa no era ni remotamente cálida o tierna, y no llegaba a sus ojos. Pero todo el asunto era demasiado para Angeline.

Sin esperar a escuchar el resto de la conversación, Angeline apretó los puños a los costados y marchó pasando junto a la pareja reunida y por el pasillo hacia el comedor del desayuno.

—Lady Angeline —Rafe intentó llamarla.

Angeline no escuchó. Sabía que había sido una tonta, que estaba siendo una tonta ahora. Sabía que había tomado un riesgo de proporciones asombrosas, pero no necesitaba quedarse en el pasillo para ver la prueba completa de ello.

—¿Algo va mal? —preguntó Lady Yvette cuando Angeline entró marchando al comedor del desayuno, fue directo al aparador, agarró un tenedor y apuñaló una de las salchichas largas y gruesas tan fuerte como pudo. Lady Yvette se movió rápidamente a su lado y bajó la voz para preguntar—: ¿Las cosas no salieron según lo planeado anoche?

Solo unas pocas personas ya estaban levantadas y en el comedor del desayuno. Angeline llevó su plato a la esquina más alejada de la mesa, donde la señorita Pennypacker ya estaba sentada, y se dejó caer, temblando de frustración. Lady Yvette la siguió y tomó asiento a su otro lado.

—Todo salió exactamente según el plan anoche —susurró Angeline amargamente—. Y

luego la prometida de Lord Rothbury apareció esta mañana, justo ahora.

La señorita Pennypacker y Lady Yvette la miraron boquiabiertas.

—Un momento —dijo la señorita Pennypacker, reclinándose y parpadeando rápidamente—. La historia que escuché fue que Lord Rothbury rompió el compromiso porque Lady Farrah tenía otro amante.

Los ojos de Angeline se abrieron como platos mientras miraba a su amiga.

—Sí, lo sé. Pero sus intenciones han vuelto claramente a Rafe ahora.

La señorita Pennypacker sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Pero él no puede estar interesado en ella en absoluto. Ha sido claro para todos nosotros durante semanas que Lord Rothbury solo tiene ojos para ti.

Angeline se desinfló en su asiento.

—Eso creo. Eso espero. Todo es una confusión tan desordenada en este momento.

Y lo era. Era como si Rafe hubiera estado cargando secretos desde que llegó a Nedworth Hall, y ahora esos secretos saldrían a la luz. Pero cuando lo hicieran, Avery seguramente pondría aún más objeciones a que Rafe se casara con ella. No había hecho nada malo, nada más que enamorarse de un hombre que tenía un pasado, pero Angeline no podía evitar revolverse en su silla y preocuparse de que su ingenuidad estuviera a punto de ser su perdición.

No creía que Rafe volvería con Lady Farrah o permitiría que su propia reputación se viera empañada, pero eso no cambiaba el hecho innegable de que, después de cinco semanas de esfuerzo, Rafe le había *sonreído* a Lady Farrah tan rápido como le había complacido. Era algo pequeño en el esquema más grande de las cosas, pero la irritaba de todos modos. O quizás ya estaba irritada y la sonrisa de Rafe simplemente proporcionaba un punto de anclaje para su frustración.

No importaba. La imagen perfecta de Angeline sobre cómo sucederían las cosas había sido hecha pedazos. Su historia no se desarrollaría como ella había imaginado. Su momento de triunfo estaba empañado por la llegada de Lady Farrah, y Rafe tendría que dedicar su tiempo a lidiar con ella en lugar de discutir con Avery para que le diera su mano en matrimonio.

Todo el asunto dejó un sabor amargo en la boca de Angeline que permaneció con ella durante el desayuno —durante el cual se aseguró de sentarse en el extremo opuesto de la mesa para que Rafe no pudiera hablar con ella— luego durante la explicación de Lady Yvette de las escenas de la comedia *Andria*, del antiguo dramaturgo romano Terencio, que había convencido a varias de ellas para representar esa noche. Su inquietud continuó después del desayuno, cuando las damas salieron para equiparse para una mañana de práctica de tiro al blanco en el campo de tiro con arco en el jardín. Era un día hermoso y el sol brillaba intensamente, pero Angeline no estaba de humor para sentirse soleada.

—¿Y dices que él realmente le sonrió? —preguntó la señorita Benning mientras su grupo apuntaba, luego dejaba volar sus flechas hacia el blanco. En el momento en que todas dispararon y las flechas de las cinco golpearon en los blancos —o en el suelo, en el caso de Angeline— uno de los lacayos más jóvenes corrió para recogerlas y devolverlas.

—Sonrió —dijo Angeline, con la mandíbula dolorida de apretarla tanto en las últimas horas.

—¿Así sin más? —preguntó Lady Patience, ajustando sus anteojos—. ¿Sin todo el esfuerzo o problema que has puesto en tratar de conseguir que haga lo mismo?

—¿Estás segura de que era una sonrisa real? —preguntó la señorita Pennypacker—. Ella no parece el tipo de persona a la que alguien sonreiría.

Todas se volvieron en masa hacia donde Lady Farrah estaba sentada, con la espalda recta, en una de las sillas de jardín que un lacayo había traído específicamente para ella. Lady Farrah

todavía lograba verse elegante, incluso con una expresión agria en su rostro. Parecía como si creyera que su transpiración olía a rosas y que el resto de ellas debería estar sirviéndole té y partiendo sus galletas en pedazos lo suficientemente pequeños para que pudiera comerlos sin ensuciar sus guantes.

—Me parece el tipo de persona a la que uno le sonreiría simplemente para que se fuera —dijo Lady Yvette.

Angeline dejó escapar un pesado suspiro.

—Concederé que la sonrisa de Rafe fue de tolerancia y no tan genuina como podría haber sido.

No bien había dicho eso cuando Rafe salió por la puerta del invernadero y entró en el campo de tiro con arco. Buscó por un momento, encontró los ojos de Lady Farrah, y asintió a la mujer. Angeline resopló con frustración. Luego Rafe se volvió hacia ella y comenzó a avanzar con una mirada de disculpa. Angeline levantó la barbilla, se dio la vuelta y marchó de regreso a su estación de tiro con arco. Sus amigas también se dispersaron a sus estaciones, aunque todas mantuvieron un ojo atento a lo que podría suceder a continuación.

—Lady Angeline, ¿puedo hablar contigo? —preguntó Rafe.

—Ahora no —dijo Angeline—. Estoy disparando cosas —tiró de la cuerda de su arco, levantó el arco completamente —lo que podría haber sido al revés de como se suponía que debía disparar una flecha, nunca había sido buena en el tiro con arco— y dejó volar la flecha. Para su sorpresa, aterrizó cerca del centro de su blanco con un satisfactorio golpe seco. Con una sonrisa triunfal, se volvió hacia Rafe—. ¿Te gustaría ser el siguiente? —preguntó.

—No tengo deseos de disparar flechas ahora —dijo Rafe con impaciencia.

—Me refería como blanco —dijo Angeline a través de una mandíbula apretada.

Rafe dejó escapar un suspiro frustrado y la miró fijamente.

—¿No recuerdas todo lo que dije antes? —preguntó, tratando de mantener su voz baja y mirando más allá de ella hacia sus amigas.

—Asumí que todas esas cosas quedaron sin importancia cuando tu prometida llegó y le *sonreíste* —dijo Angeline, retrocediendo hacia su carcaj, que descansaba en un soporte cerca de su estación, y tomando otra flecha.

Para su sorpresa, en lugar de simplemente refunfuñar sobre su estado de ánimo, Rafe dijo:

—Una cosa que quizás no hayas aprendido sobre mí todavía, Lady Angeline, es que no tolero los malentendidos y los estados de humor enfurruñados que traen consigo —marchó y le arrebató el arco de las manos, depositándolo en la mesa detrás de ella, luego tomó su mano para arrastrarla al lado más alejado del jardín—. Tú y yo vamos a tener una conversación, y vamos a tener esa conversación *ahora*.

Capítulo Nueve

Adiós a la vida tranquila y racional donde cada acción llevaba a otra acción racional y nadie se molestaba por nada. Rafe casi no podía creer los giros que había dado su vida en las últimas dieciocho horas, por no hablar de las últimas cinco semanas, mientras escoltaba a Angeline a un rincón resguardado del jardín, donde podrían tener la conversación necesaria sin ser molestados. Al llevarla al laberinto de setos, sabía que corría el riesgo de provocar un escándalo. Un caballero no debería estar a solas con una dama antes de casarse, sin importar las circunstancias. Pero dado que tenía toda la intención de comprometerse con Angeline antes del final del día, no podía importarle menos.

—¿Podemos prescindir de la habitual ronda de sentimientos heridos y acusaciones y saltar directamente al meollo del asunto? —preguntó una vez que tuvo a Angeline acorralada en uno de los callejones sin salida cerca del inicio del laberinto.

Angeline jadeó y se cruzó de brazos.

—Esa fue una manera terrible de comenzar esta conversación —dijo, mirándolo con enfado —. Tengo todo el derecho a sentirme herida, dadas las circunstancias.

Rafe hizo una mueca y dio un paso atrás. Se frotó la cara con una mano.

—Tienes razón —dijo—. Me disculpo. Fui demasiado duro. Pero fue solo porque, después de lo que tú y yo hemos compartido, me duele pensar que dudarías de mí de cualquier manera.

Angeline parpadeó.

—¡Oh! —Su expresión se suavizó—. Esa fue una manera bastante encantadora de decirlo. — Su mohín de frustración se transformó en una sonrisa angelical, y se acercó, sonriéndole.

El corazón de Rafe de repente se sintió como una flecha disparada salvajemente fuera de curso, girando y precipitándose hacia quién sabe dónde.

—Permíteme intentarlo de nuevo —dijo con exagerada galantería.

—Sí, por favor. —Angeline asintió con fingida solemnidad.

Su broma lo paralizó antes de que pudiera hacer más que abrir la boca para continuar. Dios, la amaba. No estaba completamente seguro de cuándo había sucedido, pero ahora estaba tan profundamente enamorado que no estaba seguro de que alguna vez podría liberarse de ello, liberarse de ella. Y maldita sea, no quería liberarse de ella. Quería ser de Angeline para siempre.

Reconsideró lo que estaba a punto de decir. En lugar de soltar algo que razonable y racionalmente explicaría la aparición de Lady Farrah y su propia insensibilidad sobre todo el asunto, consideró lo que Angeline querría escuchar. Una vez que decidió eso, se arrodilló ante ella y tomó su mano.

—Querida Angeline, te amo —dijo, sorprendiéndose incluso a sí mismo con sus palabras.

Angeline jadeó y se cubrió la boca con la mano libre.

—Creo que comencé a enamorarme de ti desde el primer momento en que arruinaste un par perfectamente decente de mis zapatos —continuó, sintiendo que su corazón se elevaba, aunque deliberadamente se contuvo de sonreír junto con sus tontas palabras—. No quería enamorarme, no después de la paliza que recibió mi orgullo por la traición de Lady Farrah, pero tú me obligaste a hacerlo.

—Rafe —Angeline se rio, con la cara sonrojada y sus ojos esmeralda brillando—, no estoy del todo segura de que esta elección de palabras sea mejor que la anterior. —No pudo evitar la risita en su voz, lo que era encantador, según Rafe.

—Me arrastraste al amor pataleando y gritando, mi querida —continuó, exagerando sus emociones aún más—. Me has transformado de un marqués cuerdo y racional en un cachorro enamorado que no quiere nada más que seguirte hasta los confines de la tierra y acurrucarse en tu regazo, babeando y jadeando para ser acariciado.

—¡Oh! —exclamó Angeline, riendo tan fuerte que resopló, y poniéndose más roja que nunca —. Ahora sé lo que significa eso —añadió con el tipo de ingenuidad que hacía que el corazón de Rafe —y otros órganos— palpitaran por ella.

—Querida —dijo con una fingida mirada sobria—, apenas has empezado a saber lo que eso significa. Pero tengo toda la intención de educarte en todas las cosas perversas lo más pronto posible.

—Oh, cielos —dijo Angeline sin aliento, abanicándose con la mano libre—. Creo que me gustaría mucho eso. ¿Crees que a la familia de Lady Farrah le molestaría terriblemente si nos apropiáramos de esa licencia especial para nosotros?

Estaban siendo tontos, pero Rafe aprovechó la oportunidad de que ella mencionara a Lady Farrah para ponerse serio.

—Mi querida, fui perfectamente honesto contigo cuando dije que no tengo intención de entretener la loca idea de Lady Farrah de casarme con ella, y no, en ningún momento, respondí a sus cartas.

—Te creo —dijo Angeline, apretando sus manos sobre las suyas con su mano libre.

—Lady Farrah vino aquí por su propia voluntad, lo que fue tanto audaz como imprudente por su parte —continuó Rafe—. No espero que conozcas las razones por las que está tan ansiosa por casarse, pero...

—Está embarazada, ¿verdad? —interrumpió Angeline.

Rafe parpadeó, sorprendido al escuchar a Angeline adivinar la verdad. Aunque, si su colorida madre le había dado la educación que él sospechaba que tenía, entonces probablemente sabía más que la mayoría de las señoritas sobre los resultados del sexo.

—Sí —dijo—. Me lo dijo antes, después de que te fuiste enfadada.

—Solo estaba molesta porque le *sonreíste* —dijo Angeline—. Después de que he pasado todo este tiempo trabajando tan duro para provocarte una sonrisa para mí.

La ceja de Rafe se disparó hacia arriba.

—¿Lo hice? —preguntó. Recordó la situación y se dio cuenta de que lo había hecho. Tan pronto como se dio cuenta de su error, se sintió terrible. Pero también sacudió la cabeza y dijo—: Eso no fue una sonrisa, fue una mueca de disgusto por una mujer que piensa demasiado bien de sí misma.

Angeline le envió su propia sonrisa irónica.

—Fue una sonrisa, Rafe. Y eres un canalla por dispensar una de manera tan despreocupada a una mujer que no la merecía.

—Lo soy —estuvo de acuerdo, sorprendiéndola con su concordancia—. Y prometo que

reservaré el resto de mis verdaderas sonrisas para ti por el resto de mi vida. —Hizo una pausa para causar efecto, luego añadió—: Si puedes sacarlas de mí.

La boca de Angeline se abrió, y lo miró, con los ojos brillantes, como si fuera el villano más perverso que jamás hubiera vagado por Inglaterra.

—Realmente impones condiciones duras, Lord Rothbury.

—Eso me han dicho —respondió. Respiró hondo, con el corazón repentinamente temblando, y preguntó—: ¿Te casarás conmigo, Angeline?

Puede que él hubiera sido lento para sonreír, pero Angeline estalló en la sonrisa más hermosa que jamás hubiera visto ante su pregunta. Apretó su mano sobre la suya y dijo:

—Sí, sí, por supuesto, Rafe. Y aunque era algo asumido, ya que hemos hecho cosas muy traviesas, me has hecho tan feliz al pedírmelo directamente. Sí, me casaré contigo.

Rafe se puso de pie, y antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, sonrió de oreja a oreja, como si los cielos se hubieran abierto y los ángeles hubieran estallado en cánticos para felicitar a uno de los suyos. Se inclinó para besar a Angeline, pero antes de que pudiera hacerlo, ella jadeó y dejó escapar un grito de victoria.

—¡Una sonrisa! ¡Una sonrisa! —dijo, riendo—. Por fin te he hecho sonreír.

—Has hecho más que eso —dijo él—. Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Ella abrió la boca, probablemente para burlarse de él, pero él la silenció con un beso poderoso y tierno que surgió del núcleo mismo de su alma. Moldeó su boca a la de ella, bebiendo toda su luz y calidez, sintiendo como si nunca fuera a poder dejar de sonreír por el resto de su vida. Con descaro succionó su lengua en su boca y colocó sus manos posesivamente en sus costados, atrayéndola hacia él. Ella era tan libre y abierta con sus besos, y él estaba seguro de que nunca se cansaría de ellos, o de los sonidos de placer que ella hacía mientras rodeaba sus brazos alrededor de él y apoyaba su peso contra él.

—No creo que podamos salir impunes haciendo cosas muy traviesas en el laberinto de setos —dijo ella con un suspiro apasionado cuando Rafe hizo una pausa para tomar aliento.

Él se rio.

—Ciertamente no. Puede que esté dispuesto a doblar las reglas de la propiedad y anticipar nuestros votos más tarde, si lo consideras digno del riesgo...

—Lo considero, lo considero —interrumpió ella ansiosamente.

—...pero no en un laberinto de setos en medio de una mañana de miércoles.

—¿No? —La mirada de traviesa decepción que Angeline le dio fue suficiente para dejar a Rafe sonriendo aún más.

—No, mi querida —dijo, luego besó sus labios suavemente—. Principalmente porque tenemos dos obstáculos importantes que superar antes de poder correr hacia la meta final.

—Mi hermano —dijo Angeline, dando medio paso atrás.

—Y Lady Farrah —añadió Rafe arqueando una ceja—. La mujer es persistente. No, está *desesperada* —se corrigió Rafe—. Y de una manera que tiene perfecto sentido. Tiene un tiempo extremadamente limitado para cubrir el error que cometió y rescatar su reputación en la sociedad. El hecho de que yo no quiera tener nada que ver con sus maquinaciones no parece haber disminuido su entusiasmo. Ella quiere lo que quiere, y no va a aceptar un no por respuesta.

—Pero estamos en una reunión —dijo Angeline, con la luz de la inspiración brillando en sus ojos—. Lady Farrah ha venido precisamente al lugar correcto para encontrar un marido, y pronto.

Rafe frunció el ceño.

—¿Pretendes convencerla de que se case con otro?

—¿Crees que si recibiera una propuesta la aceptaría? ¿Sin importar de quién fuera? —preguntó ella a su vez.

Rafe se alejó de ella y se frotó la barbilla con la mano para pensarlo.

—Creo que podría estar en un punto en el que tendría que aceptarla —dijo—. Sin importar de quién fuera. Pero si intentas emparejarla con alguien que ella no considere digno, se resistirá a la idea.

—Rafe, he conocido a Lady Farrah durante solo cinco minutos, y creo que puedo decir con seguridad que esa mujer no piensa que *nadie* sea digno de ella. Puede resistirse todo lo que quiera, pero se ha quedado sin opciones.

—Entonces te dejo el problema de Lady Farrah a ti —dijo Rafe—. Y mientras tanto, yo me encargaré del problema de tu hermano y de conseguir su consentimiento para nuestro matrimonio.

—Sé que puedes hacerlo —dijo Angeline, agarrando sus manos y mirándolo con completa fe —. Debes ser firme, pero amable.

—Lo seré —insistió Rafe.

—Debes asegurarte de expresar cuánto me amas y que no podrás vivir sin mí —continuó ella.

—Te amo, y no puedo vivir sin ti —dijo él, atrayéndola a sus brazos de nuevo.

—Avery es un hombre, así que también querrá escuchar argumentos racionales —continuó ella—. Así que debes recordarle que eres un marqués. Recuerdo que alguien dijo que eres un hombre de medios, así que debes recordarle eso también.

La ceja de Rafe se disparó hacia arriba. ¿Había cortejado y ganado a Angeline, y ella había *olvidado* que era tan rico como Creso?

—Enumeraré todo —dijo, luego la besó, simplemente porque era demasiado encantadora para no besarla.

—Debes usar todos tus poderes de persuasión con mi hermano —ronroneó, mirando sus labios como si deseara que la besara de nuevo—. Avery se resistirá, pero debes triunfar. Dile que te amo profundamente, y si no me permite casarme contigo, nunca volveré a hablarle.

—Lo haré, mi querida. Prometo que lo haré. —Le dio el beso que ella estaba buscando, saboreando cada momento. Era difícil para él creer que hace solo unas pocas semanas, había estado deprimido en espíritu y dudoso sobre cualquier posibilidad que pudiera tener de felicidad futura. Ahora, no sabía cómo podría dejar de sentir que caminaba en las nubes.

—Debemos irnos —dijo Angeline al fin, suspirando—. Debes encontrar a Avery, y yo pondré en marcha mi plan para Lady Farrah.

—Lo que tú digas, mi corazón.

Se permitieron un beso más —que se convirtió en otro, y luego en otro— y cuando finalmente pudieron separarse el uno del otro, salieron del laberinto de setos como si tuvieran todo el derecho del mundo a estar escondidos allí juntos.

Angeline se desvió una vez que llegaron al campo de tiro con arco para hablar con Lady Farrah —a quien Rafe deliberadamente ni siquiera miró— mientras él se dirigía de vuelta a la casa en busca de Lord Carnlough. A pesar de todos los consejos y planes de Angeline, él tenía una forma mucho más simple de plantear la cuestión de su matrimonio, una que estaba seguro de que Carnlough no rechazaría.

Encontró a Carnlough con algunos de los otros caballeros en la sala de billar y pidió hablar con él a solas.

—Vaya, vaya —dijo el Sr. Howard, enderezándose y resoplando como un memo—. Sé de

qué se trata esta conversación. Te han atrapado, ¿verdad, Rothbury? —El odioso hombre se rio como si Rafe hubiera pisado excrementos de perro.

—Ya veremos —dijo Carnlough, aclarándose la garganta y entregando su taco de billar a Bygrave.

Carnlough se puso al lado de Rafe mientras salían de la habitación para buscar el salón desocupado más cercano para tener su conversación.

—Si esto es sobre mi hermana, milord, entonces ya conoce mis pensamientos al respecto.

—Los conozco —dijo Rafe. Hizo una pausa mientras encontraban una habitación adecuada y entraban, dirigiéndose a una de las ventanas para que nadie que pasara por el pasillo pudiera escucharlos.

—He oído que Lady Farrah Beauregard se ha unido a la reunión —dijo Carnlough con una mirada ligeramente hostil.

—No la invité —dijo Rafe—. Le he dicho que no estoy interesado en renovar nuestra relación. Perdóneme por ser franco, pero la mujer no significa nada para mí.

—¿Y mi hermana sí? —preguntó Carnlough.

—Su hermana lo significa *todo* para mí —dijo Rafe, juntando las manos detrás de la espalda.

—Mi opinión sobre el enlace no ha cambiado —dijo Carnlough—, me niego...

—Me acosté con su hermana anoche —interrumpió Rafe—. Y tengo la intención de hacerlo de nuevo tanto y con tanta frecuencia como sea posible.

Carnlough lo miró fijamente, con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Pero para demostrar mis honorables intenciones hacia ella —continuó Rafe—, aceptaré casarme con ella lo más rápido posible, este fin de semana, si le parece bien.

Carnlough cerró la boca y sacudió la cabeza.

—¿Cómo propone casarse con ella sin todas las licencias apropiadas o la lectura de las amonestaciones o lo que sea?

—Obtendré cualquier licencia que sea necesaria para que suceda inmediatamente —dijo Rafe, sonriendo interiormente ante lo desconcertado que estaba Carnlough, pero también sabiendo que el hombre cedería sin luchar. Para asegurarse de ello, añadió con descaro—: De esa manera, si tengo un misterioso heredero propio en nueve meses, nadie se verá obligado a organizar una reunión y molestar a sus invitados para descubrir la identidad de mi heredero. Ah, y su hermana quería que le informara que me ama, y si no le permite casarse conmigo, nunca volverá a hablarle.

Los hombros de Carnlough cayeron, y dejó escapar un profundo suspiro.

—Eso ciertamente suena como Ángel. —Entrecerró los ojos mirando a Rafe por un momento, luego se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. Ustedes dos han atado las cosas muy bien sin mi participación en absoluto —dijo—. ¿Cuál es el sentido de tener un acompañante para una reunión si me dejan fuera de todo el proceso?

—Puedes disfrutar de un verano viviendo a expensas de otra persona —dijo Rafe con una sonrisa—. Y quién sabe, si te lo propones, podrías descubrir la identidad del heredero de Carshalton, y si es una mujer, podrías casarte con ella y tener la fortuna, sin mencionar la pluma en tu gorra por resolver el misterio, tú mismo.

Carnlough sonrió a pesar de sí mismo. Rafe podía decir que había ganado al hombre, aunque tendría que poner algo de esfuerzo en solidificar la amistad en las próximas semanas.

—Entonces supongo que, como Francis, mi ayuda de cámara, me estaba diciendo el otro día, ya es hora de que me divierta un poco. —Carnlough sonrió.

Rafe levantó una ceja.

—¿Tu ayuda de cámara te dijo eso?

Carnlough se acercó, apoyando una mano en el hombro de Rafe.

—Vas a ser familia pronto, así que puedo revelarte el secreto. Frank no es solo mi ayuda de cámara, es el medio hermano mío y de Angel. La familia O'Shea ha sido perversa por generaciones, como demostró la tía Nora hace veinticinco años.

—Ya veo —Rafe se rio. No debería haberse sorprendido. Había notado que Frank Crymble hablaba con demasiada libertad con Carnlough para ser solo un ayuda de cámara, y ahora que lo pensaba, definitivamente había un parecido familiar allí.

Pero luego parpadeó y preguntó:

—¿No es él el heredero de Carshalton, verdad?

Carnlough se sonrojó ligeramente.

—Solo Frank lo sabe, pero... ¿es posible?

La boca de Rafe se abrió, pero no sabía qué decir. Parecía que el pequeño juego de la reunión de Lord y Lady Cambourne continuaría, aunque él y Angeline ya no formaran parte de la red de secretos que comenzaba a ver tejida alrededor de todo el asunto.

—Gracias por dejarme entrar en el secreto —le dijo a Carnlough con un asentimiento—. Ahora, si me disculpas, Angeline ha dicho que tiene un plan para deshacerse de Lady Farrah, y si me preguntas, ambos necesitamos prepararnos.

—Jesús, María y José —suspiró Carnlough, con su acento saliendo particularmente fuerte—. Vamos a tener que hacer más que prepararnos, vamos a tener que rezar.

Capítulo Diez

Con el fin de mantener lo que ella llamaba autenticidad —aunque Angeline tenía sus dudas al respecto—Lady Yvette había insistido en que representaran *Andria* en un teatro al aire libre construido apresuradamente en una esquina del jardín de rosas.

—Siempre he querido recrear la gloria y la grandeza del teatro de la Antigua Roma —dijo Lady Yvette mientras ella, Angeline y varias de las otras damas se dirigían hacia el jardín de rosas poco después del almuerzo del día siguiente.

—Querrás decir que siempre has querido vestirte con una toga y desfilar en un escenario —bromeó Miss Benning.

—Más bien desea ver a ciertos caballeros desfilando por el escenario en togas —se rio Miss Pennypacker.

—Señoras —Lady Yvette silenció sus risas con un gesto fingidamente solemne—. Estamos llevando a cabo esta producción por la gloria del Arte y la Historia.

—¿Y porque oíste un rumor de que el heredero de Lord Carshalton viajó una vez a Italia e hizo un estudio de los clásicos? —sugirió Lady Eleanor arqueando una ceja. Se volvió para regañar por encima del hombro a Miss Silverstone—: Mantén el paso, Silverstone. Llevas mi vestuario y no quiero que se arrugue.

Lady Yvette se encogió de hombros y le dirigió a Lady Eleanor una mirada misteriosa—. Una debe hacer lo que sea necesario para descubrir secretos.

Las otras damas estallaron en carcajadas, pero Angeline solo pudo esbozar una leve sonrisa. Aunque agradecía ser incluida en las travesuras de sus nuevas amigas, esto significaba que apenas había tenido tiempo para planear una estrategia para deshacerse de Lady Farrah.

—La mujer es mercenaria, pero está desesperada —le contó Angeline a Lady Patience mientras se aplicaban el maquillaje teatral en una tienda que habían instalado para servir como camerino de las damas detrás del escenario donde se representaría la obra—. Apenas ha hablado con nadie desde que llegó esta mañana, y se niega a marcharse a menos que Rafe se vaya con ella, lo cual él absolutamente no hará.

—¿Supongo que Lord Rothbury tiene una razón decidida para quedarse? —preguntó Miss Pennypacker, acercándose al espejo junto a ella y Lady Patience, arqueando una ceja al reflejo de Angeline.

Angeline estalló en risitas, con el rostro tan acalorado que no necesitaría colorete para la actuación. Se apartó de la mesa y se enfrentó a sus amigas—. Rafe me propuso matrimonio de la manera más romántica, gloriosa y escandalosa en el laberinto de setos esta mañana.

—Eso es maravilloso para ti —dijo Lady Patience.

Miss Pennypacker sonrió, pero se cruzó de brazos y miró fijamente a Angeline, convirtiendo

su sonrisa en una especie de mueca burlona—. Espero que no te haya hecho la propuesta de manera *demasiado* escandalosa.

—Oh, no —Angeline descartó la preocupación de su amiga con un gesto—. La parte verdaderamente escandalosa fue anoche. Y también fue la parte verdaderamente maravillosa.

—No lo hiciste —jadeó Lady Patience, con los ojos muy abiertos detrás de sus gafas.

—Por supuesto que lo hice —respondió Angeline con una altanería fingida. Luego estalló en risitas—. Y fue glorioso. Superó todas mis expectativas. Os recomiendo a cada una de vosotras que encontréis un hombre que os lleve a la cama tan pronto como sea posible.

Miss Pennypacker se rio a carcajadas, luego se tapó la boca con la mano, pareciendo particularmente culpable, y se dio la vuelta.

Por un momento, Angeline estuvo tentada de preguntar si su amiga americana ya se había metido en una situación escandalosa. No había notado que prestara especial atención a ninguno de los invitados masculinos. De hecho, creía haber visto a Miss Pennypacker hablando con Frank más a menudo que con cualquier otro. Pero los secretos de los romances de sus amigas eran menos importantes en este momento que convencer a Lady Farrah de que se marchara y nunca más volviera a aparecer en el umbral de Rafe.

—Supongo que, dado que está desesperada, la única manera efectiva de convencer a Lady Farrah de que abandone su persecución de Rafe sería si se encontrara comprometida con otra persona —dijo Angeline, volviéndose hacia el espejo para terminar su maquillaje.

—¿Pero con quién? —preguntó Lady Patience—. Si la mujer es tan arrogante como todos hemos visto, y si tiene su corazón puesto en un marqués, nadie por debajo de un duque le serviría.

Angeline se enderezó de golpe y miró de Lady Patience a Miss Pennypacker—. Lady Farrah sin duda abandonaría a Rafe por el Duque de Foxley.

—Pero tengo serias dudas de que Foxley considerara comprometerse con una mujer que acaba de llegar apenas unas horas después de conocerla —dijo Miss Pennypacker—. Nadie es tan idiota.

—Bueno, el señor Howard podría serlo —dijo Lady Patience con una sonrisa burlona.

—El señor Howard definitivamente sería lo suficientemente tonto como para comprometerse con cualquier mujer que expresara un interés real en él —coincidió Angeline—. Especialmente con una tan hermosa y bien conectada como Lady Farrah. Es una lástima que...

Angeline se detuvo, con la boca abierta. No podrían hacerle una broma tan horrible a Lady Farrah, ¿verdad? No había posibilidad de que el señor Howard pudiera desempeñar su papel, y mucho menos que aceptara el subterfugio. A menos que supiera qué premio podría ganar si colaboraba.

—¿Y si hiciéramos que el señor Howard *fingiera* ser un duque? —preguntó Angeline.

—¿Que finja? —Lady Patience miró a Angeline como si se hubiera vuelto loca.

—Está interpretando el papel de Simo en la obra —razonó Angeline—. Podríamos decirle que hemos decidido modernizar el escenario de la comedia de Terencio para reflejar nuestra situación actual y que estamos llamando a Simo un duque. El señor Howard ha estado tan enamorado de su papel que se pavoneará pretendiendo ser un duque toda la noche. Y creo que Lady Farrah sucumbiría a sus avances por pura desesperación, una vez que estos se produzcan.

—¿Pero qué pasará cuando descubra que no es un duque? —preguntó Miss Pennypacker—. Romperá el compromiso, alegando que aceptó el matrimonio bajo falsos pretextos.

—¿Lo dirá cuando se dé cuenta de que el señor Howard vale más de cien mil al año?

Las otras dos parecieron repentinamente convencidas de la idea. Las tres intercambiaron

sonrisas.

—Definitivamente vale la pena intentarlo —dijo Lady Patience. —Aunque sea un intento desesperado.

—Son tiempos desesperados —dijo Miss Pennypacker, con una expresión más que un poco reflexiva—. Cada una debe hacer lo que sea necesario para asegurar nuestros futuros.

—Entonces pongamos el plan en marcha —dijo Angeline—. Yo iré a buscar a Lady Farrah y la convenceré de que se una a la representación teatral. Vosotras dos encontrad al señor Howard y contadle la difícil situación de Lady Farrah lo más generalmente posible, y convencedlo para que le proponga matrimonio tan pronto como caiga el telón.

—Te das cuenta de que esto es pura locura —comentó Lady Eleanor, quien debía haber escuchado los planes, mientras las tres salían de la tienda de las damas para comenzar sus misiones.

—Por supuesto que lo es —sonrió Angeline—. Pero para eso son las reuniones sociales.

Angeline, Lady Patience y Miss Pennypacker compartieron una risa y luego siguieron sus caminos. Angeline no estaba segura de si debería estar vagando de vuelta a la casa vestida como una matrona romana, pero las circunstancias requerían audacia.

Apenas puso un pie en la casa cuando se encontró con Rafe. Inmediatamente, su corazón se elevó y corrió hacia él.

—Querido —dijo, casi arrojándose a sus brazos y poniéndose de puntillas para un rápido beso. El beso dejó un poco de su rouge labial en sus labios, pero eso solo calentó su corazón—. ¿Hablaste con Avery?

—Lo hice —informó Rafe con una de esas sonrisas que ella tanto se había esforzado en arrancarle—. Y me complace informar que ha dado su consentimiento.

Angeline prácticamente chilló de alegría. Echó los brazos sobre sus hombros y habría saltado a sus brazos como una niña si pensara que era capaz de hacerlo en su actual estado de vestuario.

—He insistido en que nos casemos con toda rapidez —continuó Rafe—, para demostrar mi seriedad. Tu hermano estuvo de acuerdo, y tiene planes de anunciar nuestro compromiso al final de esta ridícula comedia en la que Lady Yvette insiste en que todos hagáis el ridículo.

—Oh, Rafe, es solo una diversión inofensiva. —Angeline lo besó una vez más—. Pero debo cumplir con mi parte del trato. Debo encontrar a Lady Farrah de inmediato. Con suerte, el nuestro no será el único compromiso anunciado al final de la obra.

—¿Perdón? —Rafe la miró como si le hubiera crecido otra cabeza.

—Ya lo verás —dijo Angeline, y luego salió corriendo en busca de Lady Farrah.

Encontró a Lady Farrah instalada en el salón de los jacintos, frunciendo el ceño sobre un libro y sosteniendo una taza de té que parecía haber olvidado por completo. La mujer miró a Angeline con expresión malhumorada tan pronto como irrumpió en la habitación, pero esa mirada pronto se transformó.

—Lady Farrah, debe venir de inmediato —dijo Angeline, empleando toda su destreza actoral disponible—. Nos falta una actriz para un papel muy importante en *Andria,* y necesitamos que lo interprete.

—No lo haré —dijo Lady Farrah, levantando la barbilla y dejando el libro y la taza de té—. Las representaciones teatrales son para niños y rameras.

Angeline la ignoró, corriendo hacia el sofá y tomando la mano de Lady Farrah para ayudarla a ponerse de pie. —Debe venir —insistió—. El duque mismo solicitó que usted interprete el papel de Glycerium. —Lady Farrah no necesitaba saber que, aunque Glycerium era mencionada frecuentemente a lo largo de la obra, nunca aparecía realmente en escena.

—¿El *duque*, dices? —La actitud completa de Lady Farrah cambió en un instante—. ¿Hay un duque en esta reunión?

—Así es —dijo Angeline—. Y ha estado muy ansioso por encontrar esposa lo más rápido posible. Algo sobre las condiciones de su herencia. Necesita una esposa casi de inmediato, y un heredero aún más pronto. Todo era completa tontería, pero si eso desviaba la atención de la mujer lejos de Rafe, se tragaría su orgullo y fomentaría la farsa.

Logró llevar a Lady Farrah hasta el pasillo, y entonces decidió arriesgarse enormemente. —El duque no ha quedado satisfecho con ninguna de las damas presentes en la fiesta hasta ahora, pero la notó a usted esta mañana y declaró que era la novia perfecta para él. —Era ridículo, era extravagante, y era terriblemente improbable, pero si Lady Farrah era tan vanidosa, y tan desesperada, como Angeline pensaba, y si ella y sus amigas podían mantener a Lady Farrah aturdida hasta que fuera demasiado tarde, quizás había una posibilidad de que todo este plan descabellado pudiera funcionar.

—Oh, cielos. —Lady Farrah se llevó una mano al vientre, luego pareció darse cuenta de lo que había hecho y la levantó hacia su corazón—. Un duque que se encaprichó conmigo a primera vista. —Giraron hacia el conservatorio, dirigiéndose a las puertas que conducían al exterior. Lady Farrah parpadeó—. ¿El duque de qué? —preguntó.

Angeline sintió que su plan se desmoronaba. —Eh, ¿el Duque de Howard? —sugirió, esperando no sonar demasiado tonta.

—Howard —Lady Farrah susurró el nombre—. Howard. Howard. ¿Por qué me suena familiar ese nombre?

Angeline tragó saliva. —¿Porque pertenece a un duque?

Lady Farrah no respondió a su ridícula suposición. Angeline se aseguró de que no hubiera tiempo. Agarró la mano de Lady Farrah y la llevó corriendo a través del jardín hasta la tienda de las damas detrás del escenario. Una vez allí, ella y sus amigas se apresuraron a cambiar el vestido de tarde de la mujer por una de las togas de vestuario. Lady Farrah se quejó y frunció el ceño todo el tiempo, pero, milagrosamente, se dejó arrastrar por el drama.

—¿Cómo memorizaré mis líneas tan rápidamente? —preguntó mientras Angeline y las demás la alejaban de la mesa de maquillaje, donde había pasado una cantidad excesiva de tiempo mirando su reflejo y acicalándose, hacia la entrada de la tienda.

—Todos actuaremos con el guion en mano —le dijo Lady Yvette—. Ya que ninguno de nosotros tiene tiempo para aprender tantas líneas tan rápido.

—Oh, entiendo —Lady Farrah miró su reflejo una última vez antes de que salieran de la tienda y entraran al espacio entre la tienda de las damas y la de los caballeros detrás del escenario.

Afortunadamente para todos los interesados, el Sr. Howard acababa de salir de la tienda de los caballeros con toda su regia vestimenta romana.

—Es él —susurró Angeline a Lady Farrah.

No podría haber planeado mejor el momento ni con un mes de preparación. Lady Farrah se acercó al Sr. Howard e hizo la reverencia más elegante que Angeline había visto jamás.

—Su Excelencia —dijo Lady Farrah con la suficiente deferencia como para dirigirse al Emperador de Japón.

—Oh, vaya, sí —dijo el Sr. Howard, iluminándose con entusiasmo y admiración—. Sí, usted será perfecta. Levántese, mi querida.

Lady Farrah se levantó de su reverencia y le dio al Sr. Howard la sonrisa más encantadora que el bufón probablemente hubiera recibido jamás.

—¿Qué le dijiste? —susurró Angeline a Miss Pennypacker.

—Que Lady Farrah había oído todo sobre su destreza financiera y ha venido hasta aquí para ofrecerse en matrimonio —susurró Miss Pennypacker en respuesta.

—Y que su familia es una de las más finas de Londres, y que podrían mejorar su posición social a un grado que le daría estatus además de su riqueza —añadió Lady Patience—. Lo cual es precisamente por lo que él vino a la fiesta buscando una novia.

—Y que ella estaba ansiosa por casarse lo más rápido posible —terminó Miss Pennypacker —, así que será mejor que proponga pronto.

—A sus puestos, todos, a sus puestos —llamó Lady Yvette, marchando por el área detrás del escenario—. Tenemos una obra que representar, luego, según tengo entendido, habrá un anuncio. —Miró directamente a Angeline con una sonrisa de aprobación mientras hablaba.

—Lady Farrah, ¿verdad? —el Sr. Howard continuó con este vertiginoso cortejo mientras todos se apresuraban a tomar una copia del guion de una mesa cercana y dirigirse a los bastidores —. Pasemos tanto tiempo como sea posible entre nuestros deberes como actores discutiendo arreglos de otro tipo.

—Me encantaría, su excelencia —dijo Lady Farrah.

Por primera vez en la historia de su participación en obras teatrales, Angeline lamentó tener un papel tan grande. Por necesidad, se vio obligada a pasar la mayor parte del tiempo durante la siguiente hora en el escenario, tuviera líneas o no. Era enloquecedor solo poder vislumbrar al Sr. Howard y a Lady Farrah durante los cambios de escena y los cambios en la acción. Sin embargo, cada vez que los notaba, se habían acercado cada vez más. Tan cierto como era que todo esto era un engaño, los dos parecían llevarse bastante bien.

Aunque Angeline no era testigo de la acción que ocurría detrás del escenario, pudo mirar hacia el público y ver a Rafe durante toda la representación. Eso era todo el premio que ella necesitaba. Rafe parecía completamente divertido con la actuación. Mantuvo su mano frente a su boca durante la mayoría de sus escenas —ya fuera para evitar reírse o para ocultar su sonrisa, que parecía no poder perder ahora que ella la había ganado, no lo sabía.

Todo lo que sabía era que lo amaba. Él era la pareja perfecta para ella, y cualquier discurso que le hubiera hecho a Avery para convencerlo de permitir la unión, debió haber sido elocuente y magnífico. Avery se sentó al lado de Rafe —y por alguna razón, Frank Crymble también estaba allí en el público, mirando a Miss Pennypacker, de entre todas las personas— y aunque Avery no parecía exultante, sí parecía resignado.

Por fin, la obra terminó, y todo el elenco subió al escenario para una reverencia. Incluyendo, para el asombro y alegría de Angeline, a Lady Farrah, quien sostuvo la mano del Sr. Howard durante todo el saludo. Antes de que el elenco pudiera continuar con sus asuntos, Lady Yvette tomó el escenario.

—Gracias por asistir a la representación de esta tarde —dijo con una sonrisa radiante—. Pero antes de que se vayan, Lord Rothbury y Lord Carnlough quisieran hacer un anuncio.

La asamblea aplaudió en anticipación a ese anuncio mientras Rafe y Avery subían al escenario. Lady Farrah entrecerró los ojos hacia Rafe, luego hacia Angeline, su expresión volviéndose amarga al adivinar cuál podría ser el anuncio. Sin embargo, el Sr. Howard se inclinó y le susurró algo que pareció mejorar enormemente su semblante.

—Seré breve —dijo Avery, con un suspiro, una vez que llegó al estrado—. Lord Rothbury ha pedido la mano de mi hermana, Lady Angeline, en matrimonio, y he consentido. —Otra ronda de aplausos se elevó desde el público—. Además —continuó Avery—, he accedido a permitirles casarse este fin de semana, lo que Lord Rothbury me ha asegurado es una señal de su buena fe e

intención de seguir adelante con la boda... —miró ansiosamente a Lady Farrah, que tenía la barbilla tan alta que Angeline pensó que una fuerte lluvia la ahogaría—, y no porque signifique ninguna otra cosa —terminó Avery, mirando hacia el público, como desafiándolos a iniciar rumores sobre razones para la prisa.

Angeline se sonrojó intensamente. —Eso no era necesario —le dijo a Avery una vez que él volvió a su lado.

—Considerando la forma en que fui manipulado para aceptar esta unión, creo que sí lo era —dijo Avery, fingiendo frustración. Angeline sabía que era fingida. Los ojos de Avery brillaban demasiado para que fuera de otra manera—. ¿Y estás segura de que esto es lo que quieres? —preguntó.

—Estoy completamente segura —respondió Angeline, abrazando el brazo de Rafe.

—Entonces estoy feliz por ti —suspiró Avery—. Y a pesar de mis reservas anteriores, te doy mi bendición.

Angeline soltó el brazo de Rafe el tiempo suficiente para abrazar a su hermano. Sin embargo, la alegría que se extendía por el escenario aún no había terminado.

—Según tengo entendido, tenemos otro anuncio también —continuó Lady Yvette.

—En efecto, lo tenemos —prosiguió el Sr. Howard, dando un paso adelante y trayendo a Lady Farrah con él—. Porque acabo de proponerle matrimonio a la encantadora Lady Farrah Beauregard y, milagro de milagros, ella ha consentido en convertirse en mi esposa.

Otra ronda de aplausos siguió. Lady Farrah se pavoneó, asintió y se comportó como si pensara que era de la realeza.

—Qué maravilloso —dijo Lady Yvette—. Me gustaría ofrecer mis más profundas felicitaciones a los futuros señor y señora Howard.

—¿*Señora* Howard? —dijo Lady Farrah, con la mandíbula caída.

—Y me gustaría anunciar que planeo llevar a mi nueva novia a una lujosa gran gira alrededor del mundo, reservando todos los hoteles y resorts más lujosos y viajando en la primera de las primeras clases en cada barco —añadió el Sr. Howard.

Lady Farrah parpadeó rápidamente, con el rostro enrojeciéndose de manera precipitada. Angeline pensó que la mujer podría estar a punto de llorar, pero incluso si lo estuviera, se aferraba al brazo del Sr. Howard con tanta fuerza que, a pesar de todo, Angeline estaba segura de haber hecho lo correcto. No solo el Sr. Howard le había prometido un viaje por el mundo con estilo, sino que también le había dado una manera de tener a su hijo ilegítimo durante ese viaje, de tal forma que nadie en casa pestañearía demasiado cuando regresaran con un bebé. En lo que a Angeline concernía, Lady Farrah había tenido una suerte extraordinaria. Cuando la malhumorada mujer le lanzó una mirada mientras los aplausos disminuían, Angeline estaba convencida de que Lady Farrah sabía perfectamente qué tipo de favor le había hecho.

—¿Tiene algún otro anuncio para nosotros, Lady Yvette? —llamó Lord Theydon desde el público, dirigiéndole a Lady Yvette una sonrisa particularmente maliciosa—. ¿Ha descubierto, quizás, la identidad del misterioso heredero de Carshalton?

Algunos jadeos resonaron entre el público, y más de un par de ojos se volvieron hacia Lady Yvette.

Pero Lady Yvette simplemente se rio, como si hubiera algún tipo de broma entre ella y Lord Theydon. —No, mi lord —le respondió—. Parece que la identidad del misterioso heredero sigue siendo un secreto. Pero quizás usted sea quien finalmente lo descubra.

—Descubrirlo, desde luego —resopló Lady Eleanor desde su lugar en el escenario, varios pies detrás de Angeline.

Angeline podría haberse interesado en saber más sobre lo que Lady Eleanor sabía, pero en ese momento, Rafe se inclinó hacia ella y murmuró en su oído: —Y ahora creo que es hora de sacarte de este tonto disfraz.

—¿Piensas ser mi ayudante de cámara, Lord Rothbury? —preguntó Angeline con una sonrisa traviesa mientras le permitía conducirla fuera del escenario.

—Pienso ser quien te desvista —murmuró Rafe contra su oído—. Busca una excusa y trae tu vestido de la tienda. Llévalo a tu dormitorio para cambiarte. Te garantizo que te gustará lo que encuentres allí cuando regreses.

—¿Ah, sí? —exclamó Angeline.

La respuesta de Rafe fue un guiño malicioso antes de darse la vuelta y marcharse, dirigiéndose rápidamente hacia la casa.

—¡Oh! —rio Angeline, girándose y corriendo hacia la tienda.

Esquivó a sus compañeros actores, empujando a la gente sin preocuparse por su seguridad, para ir a buscar la ropa con la que había llegado a la tienda antes de la representación. Estaba colgada ordenadamente en un perchero atendido por una de las criadas de Nedworth Hall, pero Angeline las agarró y las apretó contra su pecho antes de esquivar y tambalearse de regreso fuera de la tienda.

—¿Y adónde vas con tanta prisa? —preguntó la Srta. Pennypacker cuando Angeline pasó zumbando junto a ella mientras conversaba con el Sr. Crymble fuera de la tienda de las damas.

—A mi habitación —dijo Angeline sin aliento—. Me han dado a entender que hay una sorpresa esperándome allí. —Siguió apresurándose, luego se detuvo y volvió, diciendo—: Podría llegar un poco tarde a la cena.

La Srta. Pennypacker se rio. —Presentaré tus disculpas.

—Te devolveré el favor, si lo necesitas —dijo Angeline antes de seguir a toda velocidad. Para eso estaban las amigas, después de todo. Se ayudaban mutuamente a meterse en problemas, y también a mantenerse fuera de ellos.

Angeline tenía una idea de lo que esperaría al regresar a su habitación, pero lo que realmente encontró fue tan glorioso que la hizo reír en voz alta. Rafe ya estaba en su cama, completamente desnudo, y estirado como una especie de dios romano recostado. Había echado hacia atrás las mantas, y cada línea de su impresionante físico estaba a la vista, incluida una línea particularmente rígida y orgullosa.

—¿Qué habrías hecho si una criada hubiera entrado en la habitación en vez de mí? —preguntó en un susurro, cerrando la puerta de su dormitorio con llave y corriendo hacia la cama. Arrojó su ropa torpemente sobre la silla junto a su chimenea, ignorándola cuando cayó al suelo, y se puso directamente a trabajar desabrochando su toga.

—Habría estado extraordinariamente avergonzado —dijo Rafe, continuando recostado mientras la observaba desvestirse, con hambre en sus ojos—. Pero aposté a que la mayoría, si no todas las criadas, estarían ocupadas ayudando a desmontar el escenario improvisado o ayudando a las damas a cambiarse de sus sábanas, y la probabilidad de que alguna de ellas estuviera en el piso de arriba era escasa.

—Creo que tienes razón —dijo Angeline, deslizándose fuera de su disfraz. Agradeció profusamente a los romanos por la simplicidad de su estilo de vestir mientras pasaba por encima de los pliegues de tela acumulados alrededor de sus pies y se lanzaba hacia la cama—. Realmente eres hermoso a la vista, ¿sabes? —jadeó, subiendo a la cama y montándose a horcajadas sobre sus muslos para poder mirarlo desde arriba.

—Estaba pensando exactamente lo mismo sobre ti —gruñó Rafe, pasando sus manos por los

muslos de ella mientras se apoyaban a ambos lados de él—. Aunque tengo una queja.

El corazón de Angeline saltó con ansiedad. —¿Oh? —preguntó, mirándose a sí misma y preguntándose dónde se había equivocado.

—Para ser una dulce, inocente y sonrojada doncella, eres increíblemente atrevida —dijo él, con fuego en sus ojos y burla en sus labios—. Ninguna virgen que pueda imaginar se apresuraría a tomar una posición como la que tienes ahora.

—Como recordarás de las actividades de anoche —dijo Angeline con fingida altivez—, ya no soy virgen.

—Lo recuerdo —dijo Rafe con un tono igualmente bromista.

—¿Y por qué debería ser tímida o reticente con el hombre al que pienso amar por el resto de mi vida? —continuó preguntando, inclinándose hacia adelante para poder acariciar su pecho, amando la forma en que el vello de su pecho le hacía cosquillas en las manos—. A menos que prefieras que tiemble y me desmaye con tu contacto. —Se inclinó completamente y cerró su boca sobre la de él en un beso.

Realmente no pensaba que supiera lo que estaba haciendo en cuanto a los besos, pero Rafe sí. Era fácil besar a un hombre que era tan bueno haciéndolo y aprender lo que necesitaba saber de él. Él pasó sus manos por su espalda de una manera que la hizo estremecerse mientras lo besaba, y cuando bajó esas manos hasta su trasero para apretarlo y amasarlo, pensó que podría derretirse de necesidad.

—Te quiero dentro de mí —murmuró, sintiéndose deliciosamente sensual y traviesa—. Como estabas anoche. Eso se sintió mucho mejor de lo que pensaba, y ahora no puedo pensar en otra cosa.

En lugar de apresurarse a hacer lo que ella quería inmediatamente, Rafe deslizó una mano entre sus piernas para provocar y complacer la parte de ella que lo anhelaba. —Ciertamente estás lo suficientemente húmeda como para desearme —dijo con una voz profunda y gutural que hizo temblar a Angeline.

O quizás fue la forma en que su mano se adentraba en ella, casi pero no del todo satisfaciendo la necesidad que pulsaba a través de su cuerpo. Nunca había soñado que el toque de un hombre de esa manera pudiera sentirse tan bien, y mientras él la exploraba, se encontró moviéndose contra él, buscando su propio placer. Intentó besarlo al mismo tiempo, pero no tenía la coordinación suficiente para lograrlo. En cambio, se concentró en frotarse contra su mano y arrullando de placer mientras lo hacía.

—Dios mío, Ángel, eres una libertina —dijo Rafe sin aliento, ayudándola—. Existiré en un estado de perpetuo agotamiento durante toda nuestra vida matrimonial.

Angeline solo pudo responder con un suspiro de necesidad mientras la espiral de placer se tensaba dentro de ella. Lo necesitaba tan desesperadamente, pero no estaba segura qué hacer al respecto. Afortunadamente, Rafe la ayudó, agarrándose a sí mismo y sosteniéndose en alto, luego guiándola para que descendiera sobre él. La sensación de introducirlo en su cuerpo por su propia elección y con su propio poder fue tan perfecta que su cuerpo estalló en orgasmo justo entonces. Sin embargo, él la animó a continuar moviéndose, y mientras lo hacía, su orgasmo se extendió y la consumió. Lo montó como si todo en el mundo dependiera de ello, gritando al ritmo de sus embestidas.

—Angeline —gimió Rafe, moviendo sus caderas hacia ella incluso después de que sus olas de placer se desvanecieran—. Angeline. —Agarró sus caderas con fuerza, luego dejó escapar un hermoso grito animal mientras la calidez se extendía a través de ella. Fue milagroso. Angeline no creía que alguna vez sentiría que su apareamiento fuera algo menos.

Había ganado. Eso era tan evidente como el calor y el sudor de sus cuerpos mientras se relajaban y se desplomaban juntos en la cama. Había ganado el mayor premio que la fiesta en la mansión —y la vida en general— podía prometerle.

—Te amo tanto —murmuró felizmente, cerrando los ojos mientras se acurrucaba contra el pecho de Rafe.

—Y yo te amo, mi ángel —dijo él—. Siempre lo haré.

* * *

¡Espero que hayas disfrutado la historia de Angeline y Rafe! Asegúrate de buscar el próximo libro de la serie, la historia de la Srta. Melanie Pennypacker y Frank Crymble, *La Heredera Sorpresa*!

Acerca del Autor

Espero que hayas disfrutado *La Heredera cautivadora*. Si deseas ser el primero en saber cuándo salen nuevos libros de la serie y más, suscríbete a mi boletín aquí: http://eepurl.com/cbaVMH ¡ Y recuerda, léelo, revísalo, ¡compártelo! Para obtener una lista completa de las obras de Merry Farmer con enlaces, visita http://wp.me/P5ttjb-14F.

La autora más vendida de USA Today, Merry Farmer, es una novelista galardonada que vive en los suburbios de Filadelfia con sus gatos, Peter y Justine. Ella ha estado escribiendo desde que tenía diez años y un día se dio cuenta de que no tenía que esperar a que el maestro asignara un proyecto de escritura creativa para escribir algo. Fue el mejor día de su vida. Luego pasó a obtener no uno, sino dos títulos en Historia para tener siempre algo sobre lo que escribir. Sus libros han alcanzado el Top 100 en Amazon, iBooks y Barnes & Noble, y han sido nombrados finalistas en los prestigiosos premios RONE y Rom Com Reader's Crown.

